

Aníbal Zaldívar

El boliche del medio

Novela

Versión completa

Prólogo a la primera edición

¿Qué vinimos a buscar, frente al mar, los que hemos venido a vivir acá, desde la ciudad o desde el campo? Y, especialmente, ¿qué hemos encontrado, de lo que queríamos encontrar?

Estas dos preguntas básicas, esenciales, recorren subterráneamente esta novela de Aníbal Zaldívar. El escenario resultará familiar para todos los que vivimos en Gesell: la playa, las dunas, los pescadores solitarios y los puesteros solitarios que cuidan los paradores. Las sudestadas y los días calmos. Pero, especialmente, la soledad.

La soledad y el mar, potenciando o aplacando aquello que tenemos dentro.

Esta novela cuenta la historia de un hombre de campo y un hombre de ciudad que se han venido al mar, cada uno por sus propios motivos. El mar los arrima, como sabe hacer el mar, pero de ellos depende entender dónde se toca la historia de uno con la del otro.

También eso resultará familiar a todos aquellos que vivimos acá: el momento en que nuestra historia se toca con la historia del otro. El momento en que creemos entender, en la historia del otro, algo que explica nuestra historia.

Para eso tenemos el mar ahí, a unos pasos. Para enseñarnos a mirar hacia adentro. Como el fuego, como las estrellas, como los médanos, eso es lo que enseña el mar, a quien quiera aprenderlo: nos enseña a mirar para adentro.

Pero saber entender no depende del mar. Depende de nosotros.

El mar hace lo suyo, nosotros tenemos que hacer lo nuestro.

Y vivir con eso.

Zaldívar dice que ésta es una historia de pescadores. Yo me animaría a decir que ésta es una historia de gente como nosotros. De los afectos que tiene la historia de los demás en nuestra historia, cuando aprendemos a escucharla, y a escucharnos.

Juan Forn

Villa Gesell, agosto de 2005

“Mil veces me ha ocurrido renegar de la gente, y luego correr tras ella”

Fedor Dostoievski: Crimen y castigo.

“Todo el pasado vuelve como una ola

Porque una mujer te ha besado”

Jorge Luis Borges; Himno

“Quien no asume un riesgo nunca ganará una partida”

Paul Keres.

Uno

Es cierto: no era el jeep que yo había soñado, pero era real, y al cabo del tiempo reemplazó al de mis sueños y lo mejoró. Montado en el legendario Willis Hurricane había entrado más de mil veces a la playa, cruzando la anteduna y ganando la orilla del mar, pero aquello no tenía sustento, era pura fascinación de niño acostumbrado a los placeres inmóviles. Esta, en cambio, era una escena verdadera, y el viejo Ika repintado de azul avanzaba copiando las formas de la playa hasta alcanzar la arena firme, al borde del agua. Y ahí estaba yo, de carne y hueso.

Mis hábitos de solitario incluían no llevar a nadie, desestimar la presencia de otros pescadores, limitarme a saludos formales. Pero cuando vi al viejo aquella mañana de invierno sentí lástima: se arrastraba con esfuerzo, como un náufrago recién llegado a tierra firme. Me acerqué y me detuve, convencido de que llevarlo no me iba a perturbar; sería como levantar uno de esos caracoles gastados por el tiempo y el agua.

El viejo no dudó en treparse al asiento del acompañante. Me sorprendió.

— ¡Eh! ¿No le tiene miedo al perro?

—No, qué va... Con tal que me lleve.

Encendió un cigarrillo y una media sonrisa dejó ver los magros dientes manchados de nicotina. Sesenta años, calculé, al observar los surcos de su cara.

—Voy al Boliche del Medio. ¿Llega hasta ahí?

En honor a la verdad, yo buscaba un buen lugar, un pozo profundo. Más acá o más allá del Boliche, me daba igual.

—Lo llevo. ¿Vive ahí? ¿Es el casero?

Preguntas obvias que no merecieron respuesta, el viejo apenas me miró de reojo y fijó la vista delante. El Boliche era una construcción sobre pilotes, ubicada a unos cien metros del agua, allí donde la arena comienza a elevarse hasta formar una franja larga y ancha de médanos vivos. Cada vez que ingresaba a la playa me sorprendía su imagen lejana, incongruente, esfumada entre ondulaciones amarillas.

— ¿Así que viene a pescar? Ayer hice unos tiros, pero tenía carnada muy vieja que me dejó un turista. Demasiado salada.

— ¿Salada? Eso ya no se usa más. Hoy se consigue carnada fresca en cualquier parte.

—Claro, es fácil decirlo, pero acá no tengo electricidad. ¿Cómo la conservo? Imagínese, ni siquiera aguanta dos días. Y usted conoce el olor a anchoíta podrida.

Sonrió, con expresión pícaro. La imagen del Boliche ganaba nitidez. Yo relojeaba el agua. El mar estaba muy calmo, alisado por la brisa suave que llegaba del noroeste. Fresca y seca, la brisa contrastaba con el aire marino y parecía barrer los aromas del campo para arrojarlos, en puñados, al mar. El oleaje manso repetía un monótono splash lento en la rompiente orillera.

—Mire amigo, ahí tiene una canaleta profunda, si quiere déjeme aquí. Ya me acercó bastante.

Miré el agua. No era un buen lugar, y el viejo me caía bien: callado y amable, intentaba no molestar y tenía gestos de respetuosa mendicidad.

—No me cuesta nada llevarlo. Además hay un pozón profundo más adelante, cerca de Nuevo Edén. ¿Qué fue a hacer al pueblo?

—Compré yerba y cigarrillos y fui hasta el hospital. Tengo que hacerme lentes nuevos. Mire lo que es esto.

Sacó un par de anteojos del bolsito que llevaba en bandolera. Marrones, de carey grueso, con las puntas de las patillas mordidas y los cristales opacados por el uso y rayados, como si los hubieran frotado en un piso de cemento.

—Con éstos ya no puedo ni leer. ¡Hasta me cuesta hacer el mantenimiento!

— ¿Mantenimiento? ¿Qué se puede hacer aquí, en medio de la nada?

—No se crea. Esto no es lo que parece. Hay que preparar todo para el verano, pintar. Imagínese, con tanto salitre la pintura no dura nada. Además siempre hay para arreglar alguna mesa, sillas, reposeras. La gente cree que acá uno está al pedo pero hay mucho que hacer. Y me está pasando que ya no veo ni los clavos, el otro día me di un martillazo en el dedo, mire, me quedó con una morcilla.

Como acordándose de algo, sacó del bolsito el atado de cigarrillos. Con gesto hábil y nervioso lo golpeó contra el canto de la mano: dos ojitos de tabaco oscuro asomaron por el borde abierto del paquete. Estiró el brazo y me ofreció uno. Lo rechacé amablemente. Ya teníamos el Boliche frente a nosotros.

— ¿Sabe una cosa, maestro? Aquí enfrente hay un pozo lindo, hondo por demás. Si quiere busco la caña y pescamos juntos. Puedo traer unos mates.

Metí segunda, pegué el volantazo y aceleré. Pasé la anteduna para ir a la parte de atrás de la construcción. Demoraba en contestarle. Simulaba estar concentrado en el manejo del jeep pero en realidad luchaba con uno de mis principios: pescar solo, rodeado de aire, arena y agua. Olaf se agitó y empezó a ladrar.

— ¿Tiene perros acá?

El viejo, con el rostro iluminado, señaló unas manchas negras que asomaron desde unos tamariscos. Movían la cola y se arrastraban hacia nosotros entre un desorden de mesas y sillas rotas, botellas y maderas. Me resigné.

—Está bien. Lo espero en la orilla. Yo tengo carnada fresca.

El viejo bajó de un salto. Olaf se tiró tras él, rozándole la espalda. Indiferente a lo que ocurría a su alrededor, estaba apremiado por comenzar el tonto ritual de ladrar a las ruedas, sin atender al viejo ni a los cachorros ni a la perra negra y regordeta, apenas más grande que sus crías. Puse primera y ubiqué el jeep contra el viento, lejos del agua. El viejo tenía razón, había un pozo profundo allí, justo delante del Boliche. Además, promediaba la mañana y la marea había empezado a crecer desde temprano: era el mejor momento para el pique. La piel del mar exhibía la efervescencia de una energía invisible, una fuerza que desde adentro la inflamaba, la empujaba a desbordarse y a trasvasar, con largas manos de espuma, sus límites. Me recosté en la butaca y dormité unos segundos, asombrado porque en ese mismo lugar, muchos años antes, había nacido mi pasión por la pesca. Una sensación ambigua, de tiempo veloz y tiempo detenido, me tomó en ese momento. Los lugares no cambian, cambia uno, pensé; a algo invariable, algo eterno late en la arena innumerable, en el oleaje siempre igual a sí mismo, y sin embargo, el paisaje es otro: hay matices en los

colores, las formas, los sonidos, que denotan el movimiento constante, la transformación... Y yo, ¿Cuánto había cambiado, realmente? ¿No seguía siendo, acaso, un niño deslumbrado por este cielo de agua, inabarcable? ¿Y no estaba, como antes, una y otra vez, deseoso de quitarle peces a este mar poderoso?

— ¡Ey, amigo!

El viejo bajaba lento por la base del médano, seguido por la dispersa caravana de peludas manchas negras. Cada tanto se daba vuelta para echar a los perritos, que se detenían ante la orden sin retroceder un centímetro, y continuaban detrás de su dueño cuando éste reanudaba la marcha. Llegó sonriente, con una caña de fibra y un reel reluciente.

—Mire, es un Michel. Me lo regaló un turista.

Sus ojos brillaron, infantiles, rodeados de cuarteada piel de tortuga. Me había sorprendido con la calidad de su equipo, y lo sabía. Comenzamos la pesca. Al rato, mientras sostenía mi caña con la mano derecha, lo observé luchar con la línea enredada.

— ¡Qué lo parió! Se me hizo galleta —murmuraba una y otra vez, con el pucho colgando del borde de la boca.

—Así que regalo de un turista. No es poca cosa. Un reel como ése no se le regala a cualquiera.

Mi comentario lo distrajo de sus penurias.

— ¿Sabe qué pasa? Los turistas no conocen. Vienen con esas camionetas doble tracción pero no saben manejar en la arena. Dos por tres se encajan y hay que ayudarlos. Algunos lo agradecen, me hacen alguna atención, otros no. Yo, por las dudas, estoy siempre atento.

Me di cuenta de que el pobre tipo no iba a pescar nada. Usaba tanza muy gruesa y no sabía lanzar. Era el compendio del mal pescador. Me miraba de reajo, inquieto, demorado en sus chances de pesca, mientras yo tenía en el agua las dos líneas. En la caña de acción nueve había puesto un anzuelo bien a fondo, encarnado con magrú, para buscar el cazón. En la de acción siete, un anzuelo chico encarnado con anchoíta.

—Este es mi equipo preferido —dije—. ¿Se fijó a qué distancia tiré? Es la ventaja de los suplementos para casting. A este lo cargué con tanza del treinta y salida trafilada de once metros.

Pero él renegaba y parecía no escucharme. Sentí dos leves toques: saqué una brótola.

—A ver, venga —dije.

—No, deje nomás. Ya casi está.

—No hay que porfiar, amigo; no hay que porfiar. Esta es una de las verdades del buen pescador. Ponga esta línea. Yo tengo equipo de sobra.

Se incorporó, derrotado. Había estado de rodillas en la arena durante veinte minutos, sin resultado alguno: la madeja de tanza, anzuelos y carnada permanecía indomable entre la arena mojada y la conchilla removida. Pasada la primera molestia se sintió aliviado y aceptó mi oferta, convencido de que su dignidad estaba a salvo. Lo había intentado, había perseverado, había sufrido lo suficiente como para tolerar la ayuda de otro pescador.

Cuando el viejo vino hacia mí, Olaf husmeó la línea que había quedado tirada en la arena y lamió un anzuelo encarnado. Alcancé a verlo y le grité con violencia, paralizándolo. Con el anzuelo en la boca, pero sin hacer presión, esperó a que yo llegara para soltarlo. Me enojé con el viejo, pero me mantuve calmo.

—Tenga cuidado. Nunca deje anzuelos encarnados al alcance del perro. Le apasiona la carnada, en especial la anchoa y el calamar.

Se disculpó y miró a Olaf con curiosidad.

—¿Un perro que come pescado?

—Sí, y además selectivo: al file de pejerrey ni lo toca. También le gusta el magrú, pero bien podrido.

—Rico aliento le ha de quedar.

Me reí. Él sonrió, pero enseguida se concentró en la pesca. Parado frente a la caña, con la vista fija en el agua, fumaba un cigarrillo tras otro. Cada tanto miraba hacia el Boliche. Yo saqué mi cuarta brótola, la más grande. Apenas sentí su peso en la caña, y sacarla fue un trámite simple, pero me movió las entrañas recordar el sabor de su carne, un placer que compensa largamente las deficiencias deportivas de esta especie. El viejo no estaba enojado conmigo, al contrario: parecía disfrutar de mi compañía o de la novedad de no estar solo. Pero su impaciencia iba en aumento. Susurraba maldiciones y sólo parecía aliviarse fumando. Guiado por un entusiasmo mágico, iniciaba una secuencia con cada cigarrillo. Encenderlo estaba ligado a la expectativa de que algo iba a suceder. Caminaba unos pasos

para conversar conmigo mientras espiaba su caña, convencido de que en el transcurso del breve ritual tenía que producirse el pique. Pero mientras el cigarrillo se consumía también menguaba la esperanza que había crecido por unos minutos. Entonces tiraba el pucho con desdén y volvía a la caña, a la espera, a la resignación. Hay momentos en que un pescador no distingue el placer de pescar de la piedad que le inspira un colega que fracasa a pocos metros. Así de confundido me sentí. La alternativa era conversar.

—Debe ser duro pasar aquí el invierno —El viejo encendió un cigarrillo, se acercó—. Digo que debe ser duro el invierno a tres kilómetros del pueblo, en medio de toda esta arena, frente a la inmensidad del mar.

— ¿Quiere que le diga la verdad? No tanto como parece. Estoy acostumbrado a andar solo. Fui puestero en el campo. No siempre. Antes tenía un pedazo de tierra propio, quiero decir, de mi padre. Después lo perdimos, por esas cosas.

Saqué de mi caja un batallador Escualo con suplemento para casting, tanza del treinta y cinco y salida del sesenta. Se lo ofrecí. Se negó. Insistí.

—Vamos, no sea porfiado.

Tomó el reel con aire distraído.

—La verdad es que fue una pena perder ese campo, pero ¿vivo?, cuando la gente no se lleva bien, no hay caso. Mi padre se endeudó y me echó la culpa a mí. Al final nos sacaron todo.

Me levanté y fui hasta su caña. El viejo me siguió. Recogió y lo ayudé a cambiar el reel. Busqué la línea de tres anzuelos chicos. *Es antideportivo*, me había dicho Pablo más de una vez. *Para el buen pescador un anzuelo es suficiente. También podés poner un espinel de*

veinte, agregaba, burlándose. Pero ahora estábamos, el viejo y yo, en una emergencia. ¿Qué importaba la opinión de mi amigo? Así que busqué la línea y encarné con todo el arte posible, usando colitas de anchoa y tentáculos de calamar. El viejo fumaba en silencio. Le di la caña. El tiro fue torpe pero superó la rompiente. El plomo se hundió a más de cincuenta metros de la orilla. Sin embargo, el pique tardó en llegar. Yo iba por la quinta brótola y aún esperaba la gloria del cazón; me incomodaba ver al viejo ahí, sufriendo. Mi fiesta se arruinaba por mi propia culpa. ¿Qué puedo hacer ahora?, pensé. El boludo soy yo. Yo me metí, solito, en este quilombo. ¿Con qué necesidad? Ahora me tengo que bancar como sea este malestar, esta situación con un tipo que no sé ni cómo se llama. Tuve un momento de debilidad, lo admito. ¿Cuándo? Allá arriba, cuando vi los perritos, la soledad del hombre, la precariedad en que vive. Olaf me mira, me entiende. Podríamos estar solos, rodeados de brótolas, disfrutando de cada captura. Me gusta observarlo cuando se acerca al agua, expectante. Sabe muy bien cuando traigo un pez. No sé por qué, pero sabe. Tal vez reconoce mis gestos, mis movimientos. Después olfatea la presa y cuando el pescado colea, se asusta, se excita, para las orejas, chumba. Solamente lo cuido del aguijón de los chuchos. Estaría tranquilo, y solo. No me interesa que me miren, ni compartir estos placeres deportivos. Lo único que me interesa es, a lo sumo, contarle a Pablo. Pero bueno, ya está.

El viejo dio un cañazo como para clavar un cachalote.

— ¡Picó algo!

Al gritar, se le cayó el pucho de la boca. Se agachó a levantarlo, pero ya estaba estropeado por el agua. Me miró mientras comenzaba a recoger. Me miró con cara de niño, tanto lo

había hecho rejuvenecer la emoción del pique. Unos minutos más tarde nos sentamos sobre la arena.

— ¿Así que la vida de puestero es parecida a ésta?

Acomodó su brótola a cierta distancia de las mías, suspiró, encendió un cigarrillo, y comenzó a hablar sin sacar la vista del pez recién capturado, que esporádicamente se sacudía con temblores agónicos.

—Sí, bastante parecida. En los puestos se está siempre solo, salvo que uno tenga una mujer que lo aguante, pero no fue mi caso, la mía me duró poco... Acá por lo menos todo cambia cuando viene el turismo; allá en el campo es siempre más o menos igual. Yo trabajé en varias estancias de la zona, por eso esta gente del Boliche me buscó. Estaba muy recomendado. Está linda la brótola. ¿Vio cómo se notó el pique, qué claritos los cabezazos? La verdad es que esta caña es de buena calidad, muy sensible...

Le había cambiado la voz. Se le había limpiado de mufa, de pesadumbre. Se apuró a tirar otra vez, haciéndose cargo de encarnar como si nunca nadie lo hubiera ayudado, apropiándose de su éxito. Está bien, pensé: es lo que corresponde a un buen aprendiz. Me puse a limpiar el pescado, pensando en el regreso. Las brótolas de mínimas escamas yacían inmóviles, mirándome con ojos neutros, de superficie, de olvido, de vidrio enlutado. El viejo se acercó con un cuchillo.

— ¿Quiere usar éste?

—No gracias, me arreglo. Traiga la suya si quiere, así se la lleva limpia.

— ¿Cómo las prepara?

—Fileteadas, a la plancha, con sal, limón y pimienta.

—Yo las hago con aceite y sal, pero las pongo enteras. Una vez cocidas las abro al medio y les saco el espinazo. Sale enterito.

— ¿Tiene cocina?

—Sí, pero justo ayer se me terminó el gas, así que a ésta la voy a hacer al fuego, nomás. Mientras yo terminaba de limpiar los pescados subió hasta el Boliche a buscar unas galletas. Contra el sol de la tarde, el viejo era una sombra hundiéndose en la nube violeta del horizonte. La brisa había vuelto a crecer, movida por un motor secreto. Nos acomodamos detrás del jeep, mirando al este.

—Mañana tengo pensado volver por aquí. ¿Por qué no me da la garrafa y le traigo una llena?

—No se moleste. Tal vez el patrón venga el fin de semana con una nueva.

— ¿Y si no viene?

—Que es lo más probable, dicho sea de paso: hace dos semanas que lo espero. Pero no se preocupe, ya me las arreglo, amigo, estoy acostumbrado.

—Por favor, hagamos esto: le dejo mi garrafita de camping. La usa esta noche, mañana paso y me la llevo.

—Como usted diga, pero no quiero que se moleste.

Olaf se apuró a comer los restos de pescado y la carnada que había sobrado. Las cabezas y las colas de brótola crujían entre sus dientes. Entonces hubo un alboroto, un ladrido

violento y gutural, luego otros más débiles y un aullido largo, penoso, que se fue apagando hasta acabar. Entre las gaviotas y el mar sosegado, al lado de la figura alta de mi perro, una mancha negra se confundía con la arena. Era uno de los cachorros, que se había acercado a husmear la carnada. En estos casos Olaf es implacable: ataca y mata. No supe cómo consolar al viejo, que lagrimeaba con el perrito muerto en los brazos. Bajé la garrafitita de la caja del jeep, la apoyé en la arena y me fui sin despedirme.

Al día siguiente volví temprano al Boliche, por la parte alta de la playa, para llegar más rápido. El viejo no estaba. Supuse que había salido de recorrida por el predio, como hacen en el campo. Pensamiento absurdo: esa tarea, en ese desierto, no tenía sentido. Subí a la terraza. El mar flotaba en la primera luz. Recortadas contra el sol, bandadas de gaviotas sobrevolaban la orilla. Hacia el oeste los médanos despertaban, como animales recostados; sus lomos resplandecientes respiraban todavía bajo el sopor del sueño, y disminuían progresivamente su altura hasta fundirse, lejos, con la llanura. Cuando bajé, los perritos habían salido de su agujero secreto. Enseguida me rodearon mendigando afecto. Los acaricé un momento, los aparté bruscamente. Subí al jeep, decidido a irme, a dejar atrás la circunstancial atadura a ese mundo ajeno, pero entonces descubrí las huellas de un vehículo. Eran recientes y llegaban hasta la puerta trasera de la construcción, luego volvían sobre sí mismas y tomaban rumbo norte, hacia Nuevo Edén. A pocos metros noté que algo

brillaba, a medias hundido en la arena. Era una hoja plegada en cuatro, limpia y nueva. Al tocarla reconocí la textura rugosa de la papelería judicial.

Era una citación para el ciudadano Néstor Aguinaga, nacido el 2 de junio de 1924, con domicilio en la calle Mitre 4568 de Invernadas. La plegué tal como la había encontrado y la introduje de canto entre el marco y el vidrio de la puerta. Para ajustarla lo suficiente tuve que llevarla bien arriba, donde el espacio se afinaba hasta cerrarse. Por el vidrio empañado, salpicado de arena, miré hacia el interior del Boliche y distinguí la garrafita, apoyada sobre una mesa. No había pensado en ella y la necesitaba. ¿Quién sabe qué habría pasado con el viejo, cuánto tiempo tardaría en volver? Primero el cachorro muerto, ahora esto... ¿Para qué me involucré? ¿Con qué necesidad? ¿Tengo que entrar como un ladrón en este bar perdido en medio del desierto, para recuperar lo que es mío?

Definitivamente molesto arranqué para el norte, pero al llegar a la playa firme pegué el volantazo y subí otra vez. Me bajé, levanté una piedra y reventé el vidrio de una de las ventanas; metí la mano, moví la traba y entré; pasé por el costado de la barra y de la primera mesa recogí la garrafa. Sobre una estantería había unos libros y una caja de madera. La abrí, buscando algo en que anotar un mensaje. Era un juego de ajedrez. El reverso de la tapa tenía escrito, en letra de imprenta: *“En el ajedrez, como en la vida, el principal adversario es uno mismo” (Smislov)*. Suelto entre las piezas, había un marcador grueso, pero no encontré papel. Busqué una servilleta y escribí una nota, que dejé sobre la mesa, junto con una cantidad de dinero que alcanzaba y aún sobraba para el vidrio. Que se quede con el vuelto, pensé; que se compre puchos.

Bajé rápido a la orilla y busqué el pozón profundo que había marcado, quinientos metros al norte. Decidí renunciar a la cazonera y apostar todo a la variada, por una razón práctica, de necesidad: mi dieta me exigía hacer una reserva. Estaba comiendo, con un esfuerzo de austeridad, seis filetes diarios, y me quedaban veinticuatro, todos de brótola. Tal vez hoy logre alguna corvina, pensé, ilusionado. Una que pese como mínimo un kilo, porque más chica es una masa de espinas, de cuerpo magro, pura cabeza. Esa mañana pude sentir una grande. La delató enseguida la firmeza del doble cabezazo, que se repetía una y otra vez cuando empujaba la caña para acercarla a la orilla. Sentía su resistencia en el pulso y, a través del brazo, en todo el torrente sanguíneo, el corazón, el cerebro. Pesaba más de dos kilos, seguro. Olaf la esperó en la orilla y se acercó a olfatearla cuando quedó afuera del espumón. La había enganchado del labio, como corresponde, y no fue difícil sacarle el anzuelo. Con un trapo la agarré de la cola y le golpeé la cabeza contra el paragolpes del jeep, para que muriera rápido, para que no sufriera. Lancé de nuevo y me senté en medio de las dos cañas. Ahora sí estaba en un buen lugar, mucho mejor que frente al Boliche. Me sentí en estado de gracia, aunque no podía no pensar en el viejo, el cachorro, la cédula judicial, el vidrio roto... ¿Fue un sueño, o le rompí realmente un vidrio de un pedrazo? ¿Me volví loco, estoy más enfermo de lo que creo?

Contemplé el fragmento de mar que tenía enfrente. La brisa de tierra peinaba la rompiente orillera y levantaba una cortina de gotas que estallaba contra el cielo, encendida de sol. Después, enseguida, el agua entraba en un remanso profundo, libre de olas. Había aprendido de chico a distinguir un pozón. De un golpe de vista se puede apreciar que la rompiente pierde continuidad y vuelve a surgir a unos cincuenta o cien metros. Este accidente indica la presencia de un chupón que se interna mar adentro generando una fuerte

correntada. Con marea alta los peces ingresan por el chupón al pozo que formó cerca de la orilla en busca de almejas, berberechos, caracoles o cualquier otro alimento.

Ahora, con los ojos entrecerrados hacia el cielo claro, el paisaje es un reflujó de ola que deja un manto de caparazones amarillos. Todavía no les llega la luz del amanecer sino el azulado velo que precede al sol. Las almejas quedan recostadas sobre la arena húmeda y en pocos segundos comienzan a hundirse con la potencia de sus lenguas dilatadas. Es un movimiento poderoso realizado por una materia delicada, de un amarillo casi blanco, que se alarga con asombrosa elasticidad y con la punta triangular abre una grieta en la arena. El cuerpo robusto, enorme en proporción a la lengua, se levanta en tres o cuatro tiempos y se pierde de vista rápidamente. En la superficie quedan dos agujeros redondos, de diámetro equivalente al orificio de sus cuernos oscuros, con los que respira desde su nido enterrado. Mi función, de chico, era capturarlas, sacarles las lenguas y cortarlas en tiritas: la mejor carnada para el pejerrey. Una mañana las olas trajeron una cantidad mayor y tras ellas nadaron las corvinas, arriesgándose a quedar varadas en la arena. Corrí, deslumbrado, pero me frenó la voz enérgica de mi tío Bento: *¡Sólo pejerreyes, venimos a pescar sólo pejerreyes!* Acaté la orden pero con la molestia de no comprenderla. Allí estaban esos peces grandes, dorados, cuyas escamas reverberaban en el agua espumosa, y nosotros, pescadores, no hacíamos nada por capturarlos. Ahora pienso que mi tío no había previsto la posibilidad de las corvinas, no tenía equipo para pescarlas y, obcecado y orgulloso, prefería negar que estuvieran allí.

Me desperté sobresaltado. Olaf ladraba y miraba fijamente al sur: remolinos de arena agitaban la playa. La sudestada no era muy fuerte y venía sin lluvia, pero obligaba a la retirada urgente. Cargué todo a las apuradas. Pasé por el Boliche, pero el viejo no había

vuelto. Unos días después, cuando cambió el viento, volví a encontrarlo en la misma quietud. Entonces tuve la sospecha de que el viejo, Néstor Aguinaga, había enfermado o había muerto.

El bigote del bagre surgió lentamente del agua en forma de rulo; sensible y móvil, como las puntas de los juncos que crecen en las zonas bajas de los médanos. La superficie quieta se conmovió por la aparición repentina y enseguida una mancha oscura emergió como un mínimo submarino. La piel tersa y verdosa brilló en la luz y mostró su forma chata, apenas cóncava, rematada por el espinazo que corría de largo a largo hasta la cola. Se llamaba Caupolicán. El viejo lo había bautizado Martín Fierro pero el patrón le dijo que Caupolicán era más apropiado, porque ese pez *lo había resistido todo*. El viejo lo llamaba y el bagre acudía. Se comportaba igual que los perritos negros: sumiso, silencioso, obediente. Vivía en un antiguo piletón.

—Lo trajimos del campo hace unos meses. El patrón vino con un amigo y fuimos a pescar tarariras; por acá cerca, a una legua más o menos, en unos charcos que hay por ahí. Como si dijéramos en este mismo lote pero del otro lado de la ruta. Porque ¿vivo? esto es todo un lote que llega hasta Invernadas. Bueno, estábamos ahí. Yo pescaba con una caña chiquita y línea de fondo; ellos con señuelo. El patrón tenía uno de ranita y las taruchas ¡qué mierda!, a la segunda o tercera pasada trrassk, aparecían de costado y le metían un tarascón tremendo. Era impresionante ver cómo el agua mansa reventaba de golpe. Pero mire que hablo de una

agüita así de bajita. Yo calculo que ahí no había más de medio metro —Encendió un cigarrillo mientras le acercaba despacio una tirita de calamar a Caupolicán. El bagre se ponía de frente con la boca ancha levemente abierta, como ranura de alcancía, y recibía el alimento—. Bueno, estábamos en eso, ahí en el charco. Yo cebaba mate y tenía la línea encarnada con un pedazo de corazón. Mientras tanto miraba cómo se divertían ellos con las tarariras, que salían del letargo del invierno con un hambre terrible y atacaban todo lo que se movía. De repente tuve un pique. Recogí y saqué el bagre. Usted sabe: es como sacar una piedra, apenas dan unos tirones como de compromiso. Claro, habíamos ido a pescar tarariras y entre esta porquería y las taruchas, más vale que al pobre bicho no le dimos pelota. Además, el amigo del patrón cortó la tanza. Así que tuve que meterme al agua para rescatar el señuelo, porque son caros, ¿vivo?, cuestan mucho y no es cuestión de perderlos. La cosa es que entre todo el despelote me olvidé del bagre, porque yo había pensado volverlo al agua. ¿Para qué lo iba a dejar morir ahí? Me olvidé y quedó entre los pastos, medio embarrado. Cuando ya estaba atardeciendo y juntamos todo para volver, alcancé a verlo. Todavía se movía. El patrón me dijo: *Tráigalo. ¡Mire que son ricos!* Yo pensé que me estaba cargando. Estos bagres barreros, de panza amarilla, no dan muchas ganas de comerlos, salvo que uno ande muy atrasado y no tenga ni un pedazo de carne para poner en la parrilla —El viejo sonrió. Caupolicán se había sumergido—. Cuando volvimos me puse a limpiar las tarariras para entregárselas al patrón. Yo no me quedé con ninguna. Primero, porque no sé cómo cocinarlas; segundo, porque tienen un montón de espinas chiquitas y ese gusto a barro que no se les saca con nada. En cambio al patrón le encantan: las prepara con vinagre, las deja varios días hasta que las espinas se disuelven. Así que yo estaba limpiando y noto que la bolsa se mueve. ¡Era el bagre! Todavía coleteaba en el fondo, donde había estado durante todo el recorrido, debajo de las tarariras que lo aplastaban.

—Bueno, es sabido que los bagres aguantan mucho fuera del agua, con los de mar pasa lo mismo. ¿Entonces?

—Entonces me dio lástima y se me ocurrió meterlo en una pileta. No ésta, sino una más chica. El bagre no tenía mucho espacio y yo, le digo la verdad, pensé que no iba a sobrevivir. Pero sobrevivió. Estuvo toda esa noche medio aletargado pero se recuperó y al día siguiente empezó a comer. Desde entonces, cada mañana, cuando preparo el mate, me acerco hasta la pileta y le doy algo. Lo empecé a llamar, como le dije, Martín Fierro; después Caupolicán. Este nombre le cuadra mejor. Le juro que una mañana me senté en un tronco y esperé. El bagre no salía. Moví la pileta y tampoco. Entonces lo llamé: Caupolicán, Caupolicán. Así, medio suave, como para no asustarlo. De pronto apareció en la superficie. Como una isla se quedó en el medio de la pileta. Yo lo miraba. ¿Qué carajo me pasa?, pensaba para mis adentros. ¿Estoy soñando o el bagre entiende su nombre? Fui a buscar un pedacito de carnada y se la acerqué. ¿Puede creer que el tipo no se hizo ningún problema? No se asustó ni nada. Se la metió en la boca y se fue para el fondo. Desde entonces hace siempre lo mismo, y me paso acá un rato largo. Creo que hasta éstos se pusieron celosos.

Señaló los cachorros, que dormían al sol, amontonados. El calor levantaba humito de la mata de pelo negro. El viejo los contemplaba con una sonrisa que no terminaba de expresar alegría: se abría paso desde algún lugar de su interior y le subía al rostro, pero se cortaba de inmediato, antes de desplegarse completamente, como si un instinto de tristeza se interpusiera, implacable. Entonces recuperaba una expresión ambigua.

— ¡Qué bárbaro! Nunca me imaginé que se podían domesticar.

— ¿Se da cuenta? Pero espere: la cosa no termina ahí.

Encendió un cigarrillo y pitó hondo. Levantó la cabeza y dejó ver, en la delgadez del cuello, la nuez pronunciada y las líneas blancas de profundas arrugas, remarcadas por el esfuerzo de la aspiración.

—Una mañana muy temprano vino el patrón y yo andaba por la playa, así que no me encontró. Cuando subí había vaciado la pileta porque tenía que usarla en una obra que estaba haciendo en la ciudad. Le juro que se me paró el corazón. Mire que soy un tipo fuerte, pero me agarró una cosa, una desesperación. Le grité: ¿Qué hizo con el agua, qué hizo con el agua? El patrón se asustó porque yo estaba muy agitado, me sofocaba y había empezado a ahogarme. Pobre, no sabe el susto que se pegó. Claro, no se había acordado del bagre. Alcancé a decirle: ¡Tiró a Caupolicán! Entonces reaccionó y fuimos a ver allá, por atrás de los juncos donde había vaciado la pileta. Ahí lo encontramos. Parecía muerto, pero por suerte estaba en la sombra. La perrita, que se había adelantado, se acercó y le puso la pata encima. El bagre se movió y la pinchó con la chuza. Así nos dimos cuenta de que estaba vivo. El patrón buscó esta pileta, más grande. Lo metimos aquí y ahí lo tiene, vivito y coleando.

Me levanté del tronquito en el que estaba sentado y sentí el dolor de las piernas entumecidas. Mientras me estiraba, me sorprendió la construcción llena de luz. No estaba

así cuando la vi desde el jeep, a primera hora de esa mañana. Entonces era una masa tenue, difusa, nube oscura en la niebla del alba. Había cruzado, como siempre, la anteduna, hasta alcanzar la arena firme de la orilla. Desde allí, bordeando la línea de espuma, tomé rumbo norte, mientras el sol empezaba a mostrar su lomo anaranjado. Cuando llegué al Boliche las sombras se habían desvanecido, y la luz recién nacida chispeaba en las ventanas. Subí, tratando de que el motor no hiciera mucho ruido. Las cosas, quietas en el desorden del patio trasero, conservaban la humedad de la noche. Los perritos dormían. El viejo, silencioso como animal del desierto, ya estaba levantado y preparaba mate. Me recibió como si hubiera estado esperándome, como si hubiéramos acordado un encuentro. El vidrio de la ventana había sido cambiado y resaltaba entre los demás por su limpidez. Por esa transparencia lo vi acercarse, con su sonrisa sin asombro, a paso lento.

—Qué sudestada larga —dije—. ¿Se fue para zafar de la tormenta?

—No, para nada. A mí una sudestada no me asusta. Tuve que salir de raje para ocuparme de cuestiones de familia. Bueno, si se puede llamar familia a un hermano que anda por ahí, al que no veo nunca.

—No se queje, amigo. Familia es familia. Tener un hermano ya es algo.

Hizo un gesto de fastidio; salió con la pava y el mate; nos sentamos en la terraza. Un grupo de gaviotas posadas sobre el agua formaba un círculo detrás de la rompiente. Una de ellas levantó vuelo y las demás la siguieron en tandas de dos o tres, dejando el espacio libre para la fiesta de las lisas, que empezaron a saltar con el alboroto que suponía un juego tumultuoso encima y debajo del agua.

—Cuando se acerquen a la orilla las vamos a sacar con el trasmallo. El patrón prometió traer uno.

—No es una pesca muy deportiva, pero de otro modo es casi imposible pescarlas.

— ¡Si serán mañeras! En el campo usan brazoladas de cinco centímetros, con un trapito rojo en el anzuelo. ¡Mierda que son jodidas para picar! Pero hay cantidad: en los arroyos, en las lagunas y hasta en los charcos, mezcladas con las tarariras.

Mientras le explicaba que el médico me había prohibido tomar mate, recordé la temible bestia de agua dulce: tararira, taralila, tarucha. Cuerpo robusto, tubular, pétreo y denso, boca excesiva, dientes repartidos hasta el paladar, ojos que son, sobre la materia verdosa y negra, dos marcas siniestras.

—Le preparé un té.

La voz del viejo me sacó de mis desvaríos. Su gentileza me reconfortó. Se sentó y los dos disfrutamos de la tibieza del sol.

— ¡Ojalá podamos pescar alguna lisa! Ese sí que es un pescado rico —dijo.

—Qué bicho hermoso, ¿no? Tiene esa carita angelical... ¿Las miró bien? Plateadas, rematadas en esa cabecita redonda, boca fina, y ojos grandes, buenos, inocentes.

— ¿Sabe una cosa? La lisa y la tararira son de la misma familia —comentó.

— ¿No me diga?

—Sí, lo leí en un libro. Aunque para mí, son lo mismo. Son peces, y punto.

—Hay una gran diferencia, viejo: la lisa es más sabrosa.

— ¡Ni hablar! Ojalá que el patrón se acuerde. ¿Va a venir a comer si pescó alguna? Las preparamos aquí abajo, a la parrilla. ¿Qué le parece?

No le contesté. No quería comprometerme. A eso de las nueve bajamos a pescar. La luz caía del cielo, en diagonal, como una serpiente de fuego. A los pocos minutos la caña ubicada al sur se arqueó violentamente. Por la corrida firme y continua me di cuenta de que era un chucho. Uno grande. Corrí. Cuando llegué a la caña la tanza se había aflojado. Ajusté la estrella, convencido del corte, pero el hilo volvió a tensarse y arqueó la caña de forma violenta y continua. Me afirmé y aflojé la estrella hasta el punto que exigía al pez un gran esfuerzo para sacar hilo. Ahora que había zafado del corte debía mantener la mente fría, y mucha paciencia. Había que cansarlo y hacerlo entrar en la canaleta de adelante para mantenerlo atrapado entre el banco de arena y la orilla. Esperaba el auxilio del viejo porque iba a ser necesario utilizar el bichero. Calculaba que superaba los diez kilos y estaba usando tanza del treinta: cualquier descuido iba a provocar el corte. Pero el viejo no estaba; ¿dónde se había metido? Cuando pude ingresar al chucho en la canaleta miré hacia el Boliche y lo vi, parado al lado de una camioneta. Charlaba con el conductor y hacía gestos con las manos. Cuando se dio vuelta le hice señas desesperadas para que viniera y me seguí ocupando del chucho, que ahora estaba a metros de la orilla pero no me dejaba traerlo más cerca. Trataba de concentrarme en no cometer ninguna torpeza; ya sabía, porque me había ocurrido, que un apuro o un tirón excesivo significaba perder la presa. Por suerte el viejo llegó justo a tiempo para clavar el bichero en la aleta derecha, tomando precauciones para no ser víctima del peligroso aguijón. Con un gran esfuerzo arrojó la línea y el pez delante de mí. Luego miró hacia el Boliche, como excusándose.

—Es el apoderado. Trajo unos papeles y tiene que volver más tarde.

—No llegó en el momento oportuno.

—Mi hermano me había avisado que iba a venir —Miró al chucho, que aleteaba como un pájaro de alas pesadas, torpe en el aire, ahogándose—. ¿Cuánto pesa?

— Para mí ronda los diez kilos.

—Ya lo estamos comiendo... Perdón, hablo como si fuera mío.

Me reí.

—Consideremos que es de los dos. Su ayuda fue imprescindible.

—Bueno, se agradece. Aquí tiene carne de sobra. ¿Lo hace en milanesa?

—No, prefiero hervirlo y sacarle la carne, separándola bien de los cartílagos. Queda una masa blanca, muy sabrosa, aunque es muy fuerte para mi dieta, la tengo que rebajar

—Todavía no era el mediodía pero suspendimos la pesca, cargamos todo y subimos al Boliche—. Así que el Apoderado...

—Sí, cosas de mi hermano, asuntos pendientes. En cualquier momento vuelve.

— ¿Es abogado?

—Sí. Está llevando los papeles de la sucesión de mi padre. Yo no les doy pelota. La verdad es que no quiero saber nada. Firmo lo que sea y chau. A mí que no me jodan.

—Cuando vine esta mañana, le digo la verdad, estaba preocupado. Pensé que se había muerto.

—No. ¡Qué me voy a morir! Hasta sobreviví a un atentado. ¿No se dio cuenta? Me rompieron un vidrio de la puerta para llevarse una garrafita. Ha de haber sido un hombre muy impulsivo, de esos que agarran el sulky a patadas.

Se rió y acomodó las aletas del chucho en una mesada. Sujetó una con la palma de la mano y con el cuchillo cortó una tira finita. La trozó en pedacitos, me palmeó el brazo y me invitó a ir al patio de atrás.

—Venga —dijo—. Quiero presentarle a Caupolicán.

Ya se me había pasado el dolor de piernas; volví a sentarme en el banquito, como para tomar impulso y salir caminando. Entonces oí el ruido del motor y vi llegar desde Nuevo Edén la camioneta del apoderado. Molesto, me preparé para irme, pero no hice a tiempo. El tipo llegó, para aumentar mi sentimiento de estupidez. Debía estar sólo, pescando tranquilo... Vino directamente hacia mí.

—Buenas tardes, qué sorpresa me da que Néstor tenga un amigo. Era hora de que este ermitaño se juntara con alguien.

—Ahora somos dos ermitaños que a veces andan juntos. Pero ya me iba: me esperan las corvinas y se ponen nerviosas si llego tarde a la cita.

— ¡Así que pescador! ¿Es de por aquí?

—Estoy de vuelta en Villa Idaho, después de muchos años. Y tengo algunos conocidos en Nuevo Edén. Son como dos caras de una misma moneda, después de todo: dos pueblos hermanados por la historia, como dicen...

—Hermanados y separados por la historia, como decimos nosotros. Pero venga, quédese, traje algo para picar: salamines, queso, aceitunas y otras cositas que le manda el hermano a este viejo renegado. ¡Para que se acuerde de los placeres de la vida!

—Le agradezco, pero paso, tengo una dieta estricta que observar.

—Al menos venga a tomarse un vinito del bueno. No desaproveche esta ocasión.

—Le digo de verdad: mi dieta es estricta. Por otra parte, conozco los mejores vinos del país. Cuando ejercía como abogado me dediqué mucho a los placeres gastronómicos —Me miró seriamente, me examinó como un científico a una pieza rara. Era el momento justo para presentarme—. Dr. Valerio Ramos. A sus órdenes.

Sabía que lo iba a sorprender. Lo tenía ahí, merodeando la carnada y lo clavé con elegancia, con precisión. Y ahí estaba, perplejo y silencioso, colgando con su pesada humanidad del anzuelo invisible. Me tendió la mano.

—Dr. Julio Delmonte, encantado. Me impresiona que este ermitaño cultive la amistad de un abogado de tan prestigioso estudio.

—Así son las cosas. Tal vez este viejito tenga algunas virtudes, aunque las disimule bien.

Puse en marcha el motor del jeep y bajé la playa. Villa Idaho apareció entonces, a lo lejos, como una escenografía, con sus líneas de árboles y edificios formando un único bloque inmóvil, al que el océano en movimiento lamía con sus olas. Tuve que frenar: mi estómago

ardía. Doblado sobre el volante, recordé la última charla con mis hermanos, la áspera despedida, mi renuncia al estudio familiar, el certificado médico que justificaba mi decisión de abandonar la profesión y huir con los peces. Pasado el sofocón, respiré profundo, pausado, hasta recibir el alivio del aire. Volví al Boliche. Cuando subí, despacio, por la ladera sur, la camioneta del apoderado era un punto negro hundiéndose en los bosques de Nuevo Edén. Me detuve en el umbral del patio trasero. Me sentía mejor.

—Me olvidé la caja de pesca, con la llave de mi casa —dije.

El viejo me miró, asombrado.

—Y las cañas, ¿las dejó a propósito, o también se las olvidó? Parece que hubiera salido asustado por un fantasma.

Sonreí. Busqué la caña más larga y le coloqué el reel con tanza del veinticinco. Le colgué una plomada de cien gramos y me dispuse a lanzar hacia el oeste, al mar de médanos. El viejo siguió mis movimientos, intrigado.

—Interesante esta forma de pescar —me dijo—. ¿Y si engancha un tero, o una mulita?

— ¿No ve que no le puse anzuelos? Escuche, le voy a dar las instrucciones de mi amigo Pablo para lanzar correctamente. Le conviene practicarlas, ya que tiene aquí adelante esta inmensidad sin obstáculos.

El viejo miró hacia los médanos. Encendió un cigarrillo.

—Atención: ante todo, necesitamos espacio, estar cómodos. Después soltamos tanza hasta ubicar la plomada a la altura del reel. Nos ponemos de costado, con el pie de adelante apuntando en dirección al tiro, y alineamos la caña con el cuerpo. ¿Se da cuenta? Queda

formado un triángulo: la punta de la caña es el vértice de atrás, nuestro pie el de adelante, la plomada el tercero.

—Un triángulo con los lados iguales —dijo.

—Claro. Pero no me interrumpa, que me cuesta sostener esta posición... Sigo. Para lanzar damos dos pasos hacia delante.

—Perdón, maestro. ¿Cómo se llama ese triángulo?

—No me joda. ¿Qué importa eso ahora?

—Un profesional debe saberlo. Es algo que se aprende en la escuela primaria.

—Equilátero. Se llama equilátero porque tiene los tres lados iguales. ¿Conforme? —El viejo sonrió, sin contestarme—. Escuche, Néstor. ¿Quiere aprender a lanzar, o no le interesa?

—Siga, maestro, siga.

—Dije que había que dar dos pasos, pero empezando por el pie de atrás. Lanzamos deslizando la caña por una diagonal imaginaria, en un ángulo de cuarenta y cinco grados. El chicotazo se siente fuerte en el dedo índice, el plomo sale impulsado hacia delante y hacia arriba. Hay que tener cuidado de que no se vaya demasiado arriba. Es decir: no como una catapulta, sino como una lanza. Por último: conviene sostener la caña en alto y en diagonal para facilitar la salida del hilo.

—A ver, muéstreme —Lancé y casi agoté la carga de ciento cincuenta metros. Recogí y le pasé la caña. Lanzó bastante bien, pero sobre todo con desinterés. Dejó la caña apoyada, sin

recoger el hilo, y con la brasa del cigarrillo que había terminado, encendió otro—. No me dijo que era abogado. ¿Por qué dejó? Todavía es joven para jubilarse.

Le indiqué al viejo que se acercara, mientras yo recogía la tanza.

—Dejé por prescripción médica, pero en realidad quería quedarme acá: mi sueño fue siempre la pesca deportiva. Tener un bote, llevar a los turistas a pescar mar adentro, hacer excursiones en jeep a la zona del Faro de los Cangrejos, y para el sur, al Cementerio de Caracoles. Pero seguí la tradición familiar. Imagínese: el mayor de los Ramos convertido en un simple pescador. *No podés ser tan mediocre*, me decían, y ahí estaba el estudio esperándome, servido en bandeja. No resistí. Y terminé así: con el estómago hecho mierda.

Me miró, intrigado. Luego me dijo, en tono reflexivo:

—No está mal dedicarse a la justicia.

—Así como lo dice, suena lindo, pero uno se enreda tanto con los pleitos que pierde la noción de los límites. Hay que atacar inocentes, defender culpables, se mezclan amigos y enemigos. Todo es posible, mientras se cumpla la ley. El código es la medida de todas las cosas, no el hombre.

Los perritos se alborotaron. El viejo saltó de la silla y pisó algo gris.

— ¡Carajo con estos bichos! Siempre salen del mismo lugar, de abajo de esas matas. —El animalito corrió en zigzag hasta perderse en la arena, detrás de los pastos. El viejo levantó el pie y descubrió una ramita plateada, sedosa, tornasolada. La tomó con delicadeza y la apoyó en la palma de la mano. La suave materia parecía moverse todavía—. Mire qué

belleza... ¿Sabe una cosa? Por más que se las corten, las colas les vuelven a crecer, una y otra vez.

Me muero por tomar un mate, pensé, mientras acomodaba el equipo y con una palmada le anunciaba a Olaf que esta vez lo iba a dejar en casa. Leche descremada, ¡qué miseria! Ya no me alcanza con mezclar mate y antiácidos. *Estás condenado a tomar leche como un bebé*, me decía Pablo, mientras cebaba para él solo, en el bote. Ahora espero disfrutar de una pequeña venganza. ¿Qué cara pondrá cuando se encuentre con el viejo Aguinaga? Salí al jardín y ausculté el cielo: estaba límpido, estrellado; las ramas de los pinos lo arañaban con sus agujas. El mismo cielo de mi infancia...

El niño se despierta a las cinco sin necesidad de usar despertador. *Hay una línea que sale del corazón y te conecta con el mar*, le había dicho Bento, y él sabía que esa fuerza invisible lo despertaba. Era como un pique al revés: algo tiraba desde el fondo del mar, él lo sentía y abría los ojos. A las cinco en punto. Entonces se encontraba con la respiración de los que dormían, formas de la vida en reposo que habitaban el aire y lo obligaban a levantarse sin hacer ruido, a caminar con cautela y a salir al parque para recién entonces separarse del sueño. El aire de afuera, en verano, era tibio, íntimo, acariciador. Y ahí estaba el cielo, partido entre las ramas. Despertaba al tío y después de un desayuno abundante caminaban hacia el mar.

La claridad venía del este. Cerca de la anteduna ya se percibía el olor a sal marina, el sonido regular de la rompiente, la frescura de la brisa libre de vegetación y de construcciones. Bajaban hasta la orilla y caminaban hacia el norte, cargados con los equipos, envueltos en la luz opaca, levemente rosada, del alba. Cuando el sol se despejaba del horizonte se detenían y organizaban la pesca. Bento preparaba las cañas: una de coihue, color natural, barnizada, de dos tramos, y otra de bambú, pintada de blanco, de un solo tramo y cuatro metros de largo. Usaban líneas caseras, de diez anzuelos, con corchos en lugar de boyas. Bento enhebraba los corchos con una aguja de colchonero, con tanza del cincuenta, madre de tres metros de largo, y brazoladas de distintas longitudes. Encarnaba con tiritas de almeja. En la primera canaleta, muy cerca de la orilla, el agua hervía de pejerreyes. A veces sacaba tres, cuatro y hasta seis a la vez. Al mediodía volvían con las gancheras repletas y casi siempre se cruzaban con los tanos, que a esa hora descansaban recostados en la sombra, mientras los niños jugaban en el agua, reprimiendo gritos y risas. Las redes colgaban de dos jeeps Hurricane amarillos, gemelos como sus dueños, los hermanos Casaroli. A veces los oían pasar y los saludaban agitando los brazos. Si se detenían a charlar era porque los tanos ya habían dormido la siesta y se disponían a limpiar los pescados. Entonces comentaban la jornada y compartían algunas recetas. A él le hubiera gustado que lo invitaran a pescar con ellos, pero eso no sucedió nunca. Eran dos familias con varios hijos, y no había lugar para nadie más. Con Pablo, el mayor de Eugenio Casaroli, se conocían del colegio y eran amigos. Esto le permitía, algunas veces, quedarse a jugar un rato, bañarse con ellos, y observar, fascinado, la tarea intensa y organizada en la que cada uno tenía definido su trabajo. Las mujeres no se limitaban a cebar mate y servir la comida, también asistían a los hombres con la carnada, los acompañaban con los baldes en cada pasada de red y recogían el botín, esforzándose por no perder ni el más pequeño de los

cornalitos. A una hora determinada, no del todo precisa, pelaban almejas y las comían crudas, rociadas con jugo de limón. Sentados en ronda, hacían silencio, y se oía solamente el crujir de los caparazones y el sorber de las bocas. Descansaban y se distendían durante unos minutos, radiantes, con una felicidad que provenía de la fatiga misma y del éxito logrado. La madre de Pablo una vez le dio a probar un puñado de lenguas de almeja. Todos lo miraban, expectantes, y él no dudó: comió la materia blanca, empapada en limón, sintiendo la consistencia gomosa y un intenso olor a mar, a un mar lejano. Un paisaje de islas se le dibujó en la boca, un gusto que nunca olvidó.

La leche me revolvió el estómago. La compensé con un buen pedazo de pan, untado con queso magro y miel. Olaf se quedó bajo protesta. Los ladridos mezclados con el ruido del motor fueron menguando a medida que avancé por las calles solitarias. En la orilla distinguí al viejo, extático, con el bolsito en la mano, a pocos metros del gomón. Pablo se movía con gestos calculados, de nervioso ritual, cargado de tensión.

—Llegás tarde.

—Dijimos a esta hora.

—No, habíamos quedado a las cinco, para preparar todo.

—Me dijiste que tenías todo listo.

—Ahora, que ya me ocupé, está todo listo. ¿Y el amigo que ibas a traer?

—Ahí lo tenés.

— ¿El viejo del Boliche? ¿Trajiste al viejo del Boliche? No lo puedo creer. Pensé que estaba curioseando.

— ¿Lo conocés?

— ¿Cómo no voy a conocer a don Aguinaga?

— ¿Te parece que se lo va a bancar?

—A la gente de campo no le gusta el agua, ya lo sabés. Pero si aceptó venir, problema tuyo.

—Es un sueño que siempre tuvo: mirar la costa desde allá adentro.

—Ya sabés las reglas: que no joda y que no se descomponga.

Me miró, con la sonrisa sarcástica que tanto le conocía. Se había puesto el wader verde, sobre una camisa marrón, de trabajo. Su figura alta, flaca, huesuda, seguía transmitiendo la misma fuerza concentrada de cuando era joven. La única diferencia eran las entradas en la frente, las canas entremezcladas con el pelo oscuro, unas pocas arrugas en la cara curtida y áspera.

Ubicamos al viejo en la proa, a resguardo de las salpicaduras. Apoyamos las manos en los pontones y empujamos el gomón hasta que empezó a flotar. Subimos de un salto. Pablo encendió el motor, esperó que pasara la serie de olas y entró en diagonal. La embarcación se deslizó rugiendo por el agua gris, alzando cada tanto la proa como un caballo encabritado. En menos de una hora teníamos las líneas en el agua y esperábamos los primeros piques. Le aconsejé al viejo que mantuviera la vista en el horizonte, que evitara mirar hacia abajo al encarnar o manipular la línea. Algo resopló cerca del bote y se oyó un golpe en el agua, como el de un cuerpo al caer. Era un lobito que se había acercado a buscar

comida. Levantamos el ancla y nos corrimos unos mil metros. Al rato comenzó el pique de corvinas rubias y pescadillas. Cuando habían pasado unos veinte minutos, el viejo sacó su tercera corvina y simultáneamente se arrimó al borde, acercó la cabeza al agua y vomitó. Pablo me miró serio pero no dijo palabra. No hacía falta. Los dos sabíamos que el viejo iba a descomponerse. Lo evidenciaba la rigidez de su cara, el mutismo que mantuvo desde que llegó.

La masa de agua, ahora de un gris verdoso, nos rodeaba pacífica, imponente. Su movimiento acompasado, amplio, regular, poco a poco se nos metía en el cuerpo, nos integraba a su ritmo. Pablo se había desentendido de la situación y pescaba sin mirarnos. El pique se daba constantemente: corvinas que pasaban los dos kilos, pescadillas de un kilo. El viejo no pudo pescar más. Se quedó sentado, refrescándose cada tanto con agua de mar. Sentí que mi tanza se había aflojado por completo. Podía ser algo grande. Recogí unos metros, a la espera de que se definiera el pique. Cuando llegué al punto de tensión la caña bajó violentamente, el carretel emitió un chirrido largo y la tanza salió a gran velocidad. Pablo levantó su línea y se dispuso a ayudarme.

Hubo varias secuencias similares: el pez hacía corridas de unos cien metros, se detenía y se acercaba al bote. Miré de reojo al viejo: estaba lívido, recostado sobre la popa con los ojos cerrados. Pablo levantó el ancla, yo ajusté la estrella. Cuando el hilo se tensó completamente el pez empezó a arrastrarnos a velocidad constante. Era un tiburón grande,

sin dudas. Nos remolcó durante veinte minutos y parecía que iba a seguir mucho tiempo más. Su fuerza no menguaba. Mientras, la piel del viejo iba adquiriendo una tonalidad azulina; parecía muerto. Mi amigo tomó la decisión sin consultarme: encendió el motor y dirigió el bote hacia el tiburón, obligándome a recoger a toda velocidad. Cuando lo tuvimos adelante, a pocos metros, sentí un tirón fuerte. Aflojé la estrella, el tiburón sacó hilo y buscó profundidad. Cuando terminó la corrida empecé otra vez a recoger, pero Pablo se envolvió la mano con un trapo y empezó a tirar de la tanza hundida verticalmente. Al segundo intento de acercarlo el hilo se cortó. Vimos, frente a nosotros, una gran aleta que rasgó la superficie y se hundió enseguida. Pablo me miró, resignado pero convencido de lo que había hecho.

—Era esto, o la vida del viejo —Lo miré, con ganas de putearlo—. ¿Te fijaste cómo está? Por lo menos necesitábamos una hora más para cansar al tiburón.

—Andate a cagar, Pablo. Si el tiburón hubiera picado en tu caña, al viejo lo dejabas morir —Pablo sonrió—. ¿Sí o no?

—No seas inhumano, Valerio —dijo, ya divirtiéndose.

Cuando me agaché para cambiar la línea sentí un mareo, una flojera en el estómago. No puede ser, pensé. Me saqué la ropa y me tiré al agua. Sin darme tiempo a volver al bote, Pablo me tiró el chaleco salvavidas, encendió el motor y se fue. Sobre la estela blanca perduró un olor a combustible que me asqueó. Me coloqué el chaleco y quedé flotando. Trataba de controlar el terror que me daba la inmensidad. Pensaba en el tiburón que había estado minutos antes nadando en esa misma agua, intentando zafarse del anzuelo. Pensaba en los innumerables tiburones que recorrían, voraces, el frío, ciego, infinito espacio que se

extendía allá abajo. Los imaginaba observando con sus ojos ladinos mis insignificantes y frágiles pies perdidos, desprotegidos en ese universo extraño. Empecé a sentir ruidos por todas partes: borbotones, salpicaduras, chapoteos, rugidos. Tenía frío y sudaba, trataba de calmarme, de hablarme a mí mismo como se le habla a un perro asustado para serenarlo. No había más de diez metros de profundidad y la orilla estaba a cinco kilómetros. No me podía considerar un náufrago y esta broma macabra no podía durar más que unos minutos. Hice la plancha y empecé a sentir la tibieza del sol en el rostro. *No hay antecedentes de ataques de tiburones en esta costa*, decía Pablo. Pero el que estaba flotando ahí era yo y no él. Me acordé del lobo marino y me aterroricé: me puede confundir con un pez, se puede asustar y morderme... Pero no, eso no va a ocurrir, el instinto no los traiciona. Me abandoné a la flotación, intenté perder la conciencia, y busqué la línea del corazón que me unía con el mar: pensé solamente en ella, en ese contacto secreto que había descubierto desde chico. Empecé a sentir el pulso constante, regular, del agua, su música monótona, como el latido de un corazón omnipresente en el que yo me disolvía, gota de lluvia en el océano... No sé cuánto tiempo estuve así, tal vez segundos, o minutos, hasta que volví a escuchar el ruido del motor. Parecía venir de lejos pero ya estaba muy cerca cuando levanté la cabeza. Pablo me dio la mano y me ayudó a subir.

—Linda venganza.

— ¿Sobreviviste? Tengo buenas noticias: tu invitado se recuperó y nos va a esperar con unas corvinas a la parrilla—. Me paré en el bote, me sequé con la toalla y me vestí—. Es tiempo de pescar, amigo. Le dije al viejo que en un par de horas tuviera listas las corvinas.

—Ya no tenemos quince años, boludo.

—Te hubieras ahogado entonces.

—Pero se ahogaba ella también.

—Sí, me hago cargo.

—Pasaron treinta años, che, es hora de olvidar eso.

— Dale, dale, sigamos jugando. Está claro que el mar a nosotros nos protege.

Tuve que sonreír. Sabía que estaba hablando de nuestro bautismo, con el gomón usado que compramos por poca plata. Entramos una tarde de marzo, al salir del colegio. El agua había empezado a enfriarse y el mar estaba picado. A pesar de las advertencias no llevamos radio ni chalecos salvavidas. El entusiasmo nos cegaba, ocupaba todo nuestro espacio mental, no podíamos pensar en precauciones. Nunca pude olvidar la sensación de irme hacia abajo y desaparecer en un instante tragado por un torbellino. Estábamos eufóricos subiendo un bakota que pasaba los cincuenta kilos. Aturdidos por la excitación lo arrimamos para controlarlo con el bichero largo y rematarlo con el garrote. Después de una hora de lucha, el tiburón quedó flotando como una canoa a la deriva. Se había puesto de costado, parecía muerto pero igual fuimos precavidos: le clavamos el bichero en la comisura de la boca, justo al lado del anzuelo y lo acercamos al bote, donde yo esperaba con el garrote en alto. Entonces, con un solo movimiento preciso, el tiburón clavó una mordida lateral. Alcancé a ver la boca abierta con la triple hilera de dientes, la furia desplegada en menos de un segundo y me aparté, aterrorizado. Pablo se tiró hacia atrás. Fue un centelleo. Después todo se nubló y desaparecimos, chupados por un desagote inmenso. Quedamos ahí enredados, con el gomón sumido como un hollejo de uva, hundido en el agua. Nunca pude olvidar la incertidumbre de encontrarme rodeado de corvinas muertas, remos, cajas, y el tanque de la

nafta, que flotaba como una boya. Aferrados a él nadamos despacio hasta la costa, dándonos mutuamente aliento y esperanza. Llegamos de noche, agarrotados de frío y de terror. Desde entonces tuvimos la certeza de haber sido bautizados contra los peligros del mar. *Una lección del maestro*, dijimos, señalando la imagen de Neptuno, que vigilaba, magnífico, imponente, desde la terraza del hotel más antiguo de Villa Idaho.

Ahora estábamos con el bote cargado de corvinas y pescadillas, deseosos de comer la parrillada marina. Mientras Pablo levantaba el ancla, me recosté en el pontón y miré el cielo, pleno de la luz que se despedía de la primavera y anunciaba el verano. Antes de que mi amigo pusiera en marcha el motor, comenté:

—Otra vez dejamos un tiburón en el mar, otra vez el maestro nos dio una lección.

— Yo vengo a pescar, no a tomar clases.

—La lección es ésta: nuestra vida es tantálica.

—Me suena a Tante Látigo; así le decíamos a una tía de Úrsula, una alemana mal llevada.

— ¿Conocés el mito de Tántalo?

—No hace falta, amigo.

—Voy a la conclusión, entonces: pescamos mucho, pero perdimos el tiburón. La verdad de la vida es ésta: siempre queda el deseo de algo más.

Pablo se acomodó en la popa como para encender el motor, pero se detuvo. Estaba pensando. Lo supe porque lo conocía bien. Una idea había contaminado el sarcasmo llano, habitual, de su mente, y este proceso intelectual matizaba de gravedad su desdeñosa sonrisa.

—Para mí es más simple —dijo—. Mirá tu línea: usás brazoladas de acero. ¿Por qué? Porque esperás sacar un tiburón. Yo uso tanza, la simple tanza del 60. Si pica un tiburón grande, se corta y a otra cosa. No tengo esas expectativas porque no corresponde pescar tiburones con estos gomones. Ya lo aprendimos una vez. ¿Por qué insistir en algo que no es ni adecuado ni sensato? El mundo va a dejar de ser tantálico cuando dejemos de pensar y hacer boludeces.

—Suená lógico, sensato —dije rápido, porque su reflexión me había sorprendido y no quería dejarla crecer—. Pero acordate del tiburón que sacamos con un reel para pejerrey, el escualo guazú.

—Fue una excepción: primero, lo sacamos desde la costa; segundo, no pesaba cincuenta kilos sino quince; tercero, se enganchó por la comisura de la boca y no mordió la tanza. Tuvimos un orto así de grande.

—Pero estas excepciones suceden todo el tiempo. Tanta lógica mata las ilusiones. Al final, sos un tipo resignado.

—Esta es mi resignación. Fijate.

Sacó el termo y el mate y se puso a cebar para él solo, sonriendo. Después peló un salami y lo cortó en rodajas. Comía y me miraba, disfrutando. Después dijo:

— ¿Trajiste tu leche descremada?

—No seas hijo de puta. Admití que podés comer esas cosas cuando la alemana no te ve.

¿No te deja dormir en su cama todavía?

—No, prefiere roncar. Eso es sagrado.

— ¡Miren al macho reducido a cenizas! Desde el primer año de casado durmiendo en camas separadas. ¿Dónde se ha visto?

—Yo quiero dormir, no escucharla roncar. Para coger nos citamos: día y hora, como amantes. Te digo que funciona muy bien. Vos te la perdés.

—Hago lo que puedo, amigo.

Pablo hizo una mueca de fastidio, se puso de pie y miró hacia la playa.

—Mejor vamos, che, que empieza a hacer frío...

Salimos a toda velocidad. Montado a lomos de una ola, el bote golpeó contra el suelo de arena y se detuvo luego de arrastrarse unos metros. El viejo fumaba y nos miraba con su sonrisa triste, pero con aire de suficiencia, como quien pasó una prueba y terminó de hacer bien los deberes. Dejamos todo en el bote y nos fuimos a la casilla de El Refugio, el último parador de las playas del norte, que usábamos como base de operaciones. Atrás había un patio rodeado de tamariscos con una parrilla, una larga mesa de madera y algunas sillas de mimbre. Las corvinas estaban a punto y las comimos en silencio, disfrutándolas entre suspiros. Abiertas en mariposa y asadas sobre sus propias escamas, sólo había que rascar con un tenedor y levantar la carne blanca, tiernísima, condimentarla con sal y limón.

A las dos de la tarde se levantó viento norte. Con el cuerpo sumido en un cansancio completo me desparramé sobre la silla. Pablo me tocó el hombro y señaló al viejo.

— ¡Un aplauso para el asador! —El viejo agradeció, mientras limpiaba la parrilla con hojas de diario—. Cocinó muy bien las corvinas pero es evidente, paisano, que usted no es hombre de mar.

El viejo balbuceó algo, avergonzado. Entonces la camioneta apareció en la orilla, dio una vuelta al bote y se acercó. Julio Delmonte, sin bajarse, saludó con la mano en alto y esto fue suficiente para que el viejo preparara sus cosas y se fuera con él. Pablo frunció el ceño.

— ¿Qué tiene que ver ese tipo con Aguinaga?

—Es el abogado de la familia. Tiene algo con el hermano: una herencia, un juicio, no sé. Ya una vez vino a buscarlo para hacer unos trámites.

—Algo turbio debe ser.

— ¿Qué cosa turbia puede haber con un viejo pobre como éste?

—Aguinaga no fue siempre pobre. La familia tenía campo. No gran cosa, pero en una época andaban bien. Después algo pasó y se quedaron en bolas.

—Sí, me insinuó que hubo un problema con el padre, pero no quiere saber nada, dejó todo en manos del hermano y de este abogado.

—Además Aguinaga no es ningún boludo: lo ves así, como un linyera, pero es un tipo inteligente. Fue un buen ajedrecista, llegó a jugar algunos torneos.

— ¿En serio? ¡Me estuvo jodiendo!

— No me digas que jugaste con él.

— Sí, ¿por qué no?

— Viejo pícaro, te hizo entrar como un caballo.

Me quedé callado, para no dar espacio a que Pablo me cargara, pero mientras volvía a mi casa, recordé al viejo sentado frente al tablero, acomodando las piezas.

— ¿Usted sabe de esto? —le pregunté.

—Algo. El patrón me estuvo enseñando. ¿Jugamos?

Esa mañana yo quería bajar a pescar enseguida porque era el momento de la pleamar, pero acepté con displicencia. Sin embargo, su forma de acomodar las piezas me llamó la atención: las metía entre sus dedos, las levantaba y las hacía caer en el lugar correspondiente a cada una. También me llamó la atención otro gesto: antes de cada jugada se frotaba nerviosamente las yemas de los dedos, como si toda la concentración y el conocimiento tuvieran allí una conexión sutil. Me ganó dos o tres partidas cortas. Yo no soy un buen jugador, pero me costaba aceptar que pudiera ganarme con tanta facilidad.

—Usted sabe mucho de este juego —dije.

—No, qué va. El que sabe es el patrón.

—Veo que le ha enseñado muy bien.

— ¿Le parece? Igual que en la pesca, soy un buen alumno.

Después de ganarme varias partidas, juntó las piezas en el centro del tablero, con las manos abiertas las levantó en racimo y las metió en la caja.

Dos

El motor eléctrico emitía un zumbido constante y abría un surco espumoso que duraba un momento: el cuerpo blando se restauraba enseguida y volvía a lucir como una piedra verde, con una veta diamantina en sus entrañas. Nos fuimos alejando de la sede del Club, y en media hora llegamos frente al molino. Apagué el motor y solté el ancla. El bote se acomodó

con la popa hacia el sudeste. Quedamos frente a la línea oscura de los acantilados que marcaban el límite de la laguna. Hice un tajo en la bolsa y las morenitas cayeron en un tobogán de agua. Cautivas en el balde, esperarían su turno para morir enhebradas en los anzuelos o en la boca de algún pez. Ni bien lanzamos, empezamos a sacar pejerreyes que promediaban los trescientos gramos. El viejo pescaba con una línea de tres anzuelos con paternóster, yo con la de tres boyas rojas de madera balsa, sin puntero. Cada tanto salía algún dientudo que reservábamos para filetear y usar como carnada por si llegara a hacer falta. Ocasionalmente, un bagre se prendía del último anzuelo o una tararira alborotaba la línea y cortaba una brazolada. Entre los dos puse la cañita para spinning, de dos tramos, con línea de un anzuelo, a la que bauticé La Perfección. Sin peso, salvo la carnada, estaba ahí para darnos el absoluto disfrute de la pesca. Cuando la boyita blanca desaparecía de la superficie, nos turnábamos para recoger. La caña se doblaba y se sacudía como si tuviera enganchado un pez enorme. El viejo estaba muy callado y participaba a medias de mi entusiasmo. Dejé de pescar y me recosté en el fondo del bote. Desde ahí podía ver, recortadas del cielo, las bandadas de patos que pasaban como nubes disciplinadas. Cerré los ojos para escuchar el gorgoteo del agua al rozar el bote: una música regular, acompasada.

— Pensé que pescaba solamente en el mar...

—No... el mar es la cortina de humo, la verdad está aquí. Estos pejerreyes medianos, alimentados a camarón, son la dieta sanadora para mí. Y el pescado más sabroso que existe.

—Gracias por traerme, Valerio, hace tantos años que no vengo...

—¿Así que su familia era dueña de un campo?

Demoró la respuesta. Después dijo, señalando vagamente al norte:

—Un campo chico, acá nomás, por Dorrego —Se acomodó en el bote y se olvidó de la caña—. Resulta que ahora, según dicen, apareció un testamento de mi padre. Nos enteramos que tenía otro campo, por esta zona.

— ¿Un campo grande?

—Ah, no sé, ni idea. La verdad es que no me ocupé de averiguar. Ese tema lo maneja mi hermano. Lo único que sé es que, en el testamento, yo no figuro. Corté hace mucho con mi familia. Ni siquiera me avisaron cuando murió mi padre. Ni al entierro pude ir. Con eso le digo todo.

— ¿Y su hermano apareció ahora?

—Sí, para que le firme unos papeles.

Su voz sonaba cargada, dolorida, desmentía su desinterés. El bote hizo un vaivén pronunciado cuando el viejo se levantó a buscar el bolso estibado en la proa y se dispuso a preparar el mate. Lo acompañé con agua mineral. ¡Qué vida de mierda la de un estómago destruido!, pensé, suspirando. El viejo, con los mates, soltó la lengua.

—Fue por un arriendo a gente que yo conocía. Por confianza no hicimos contrato ni nada. Y los tipos no pagaron. Como nosotros teníamos una hipoteca, perdimos el campo. Me echaron la culpa a mí pero la hipoteca la había sacado mi padre. Y además él tenía otras deudas... ¡Cada despelote armaba con la guita! El juego, ¿sabe? En el bar del pueblo se juntaban, al fondo, y ahí lo pelaron, al truco jugaba, y al póker. Aunque lo disimulaba bien, yo sé que jugaba. Pero... ni se hablaba el tema. Se ponía como loco si le decíamos algo.

Cuestión que nos peleamos, no nos hablamos más, al tiempo murió y chau, se acabó la historia.

—Usted tendría que ver ese testamento —dije.

De inmediato me arrepentí. ¿Qué tenía que hacer yo en medio de esas cuestiones de familia, siempre complicadas y confusas? Estaba pescando, libre de preocupaciones, y había invitado al viejo, porque sabía que él conocía esta laguna y hacía años que no venía. Suficiente. ¿Qué otra cosa podía hacer por él, un tipo con la vida ya hecha, o más bien deshecha? Sin embargo, lo había inducido, por curiosidad o por vicio profesional, a que me contara sus miserias. Cambié de tema.

— ¿Se da cuenta por qué me gusta pescar? Estos animalitos no hablan, no se quejan, no discuten. Van hacia la carnada con una ceguera instintiva y así será por los siglos de los siglos.

Amén, pensé, y miré la flechas de plata que se amontonaban en el balde, siempre silenciosas, peleando unos instantes para sobrevivir, en una lucha completamente desigual. El viejo estaba ensimismado. Los ojos achinados hacían más notorias las entradas de la frente y las matas de pelo duro de los costados de la cabeza. Así, quieto, mantenía el termo abrazado contra el pecho mientras el mate colgaba, desdeñado, de la mano izquierda.

—De verdad le digo que un poco me jode todo esto. Tener la culpa de haber perdido el campo, la actitud de mi padre de no incluirme en la herencia. Por eso prefiero no saber nada, allá ellos. Es como dice usted: más vale ser pobre pero no tener conflictos.

Yo no había dicho nunca esa linda frase pero me callé, porque no quería seguir la penosa conversación. Hacía rato que la boyita de La Perfección se hundía por aquí y aparecía por allá, volvía a hundirse y asomaba otra vez para pasear de costado, como haciendo una danza. Ninguno de los dos se decidía a recogerla. La actitud de abandonar la caña, no tener ganas de levantar la línea sabiendo con total certeza que un pejerrey estaba con el anzuelo en la boca, o tal vez agarrado de las agallas (que era lo más probable, porque de lo contrario debería haberse liberado) demostraba que las ganas de pescar habían terminado. Había llegado el momento del cansancio feliz, asociado al deseo de reponer fuerzas, mear desde un piso que no sea peligrosamente inestable, y comer. Mi línea también estaba sumergida. Se veían nada más que la guía verde y la primera boya. Saqué dos, los subí al bote y los desenganché con dificultad. Se habían tragado el anzuelo hasta el estómago. Los sujeté con la mano izquierda y con la derecha les doblé la cabeza hacia atrás hasta sentir el ruido de la rotura del espinazo, también llamado por los pescadores locales, *música celestial*. Levanté el ancla, encendí el motor y encaré hacia el amarradero. Al salir de la bahía vimos un ciervito que cruzaba la laguna por la zona más angosta. No nos había visto y lo sorprendimos en el momento en que daba vuelta la cabeza para comprobar que los perros que lo perseguían se habían detenido. Fue un segundo luminoso, luego avanzó y la profundidad lo obligó a nadar hasta la otra orilla, donde más tranquilo, pero siempre atento, comenzó a trotar, se metió en el monte de talas y se perdió de vista.

En la confitería del club sufrí viendo al viejo devorar un sandwich de jamón crudo mientras yo me limitaba a digerir galletitas con queso. Solitario, con una botella de cerveza a medio consumir, un paisano miraba constantemente hacia nuestra mesa. Me alarmé al darme cuenta de que en cualquier momento se largaría a hablar. Era el típico hablador al acecho y

en el momento en que Néstor lo miró sentí que había mordido el anzuelo. No hay que mirarlo, no hay que mirarlo, pensé con fuerza para contagiar al viejo, pero ya era tarde y me resigné. El paisano levantó la boina, en señal de saludo, y sin preguntar si habíamos pescado mucho o poco comenzó a desplegar su teoría en defensa de los dientudos. Dijo que son un manjar olvidado, que sólo con sacarles el triperío se los podía freír como si fueran cornalitos... Antes de tomar otro sorbo dejaba pendiente una frase, para que nadie lo interrumpiera y continuar enseguida con el relato. Me pareció el discurso de un borrachín que, sensibilizado por el alcohol, asumía el inverosímil papel de reivindicador de la masa marginal y discriminada de los dientudos, criaturas despreciadas por los pescadores que únicamente festejan su captura cuando necesitan carnada. En ese caso, cuando los ven colgando del anzuelo, miden su valor por la cantidad de tiritas a que se pueden reducir sus hermosos cuerpos de tornasolados tonos verdes y plateados.

—Una vuelta sacamos trescientos cincuenta y comimos durante una semana —dijo el paisano—. Algunos eran de este tamaño... Nada que envidiar a los pejerreyes.

Hicimos lo que debíamos hacer: asentir vagamente y dejar al hombre hablando solo. En algún momento llegaría otro pescador desprevenido y se apoyaría con todo su cansancio en una de las sillas para tomar unos mates, saludando con un breve e ingenuo *buenas tardes* al paisano que esperaba, paciente, la oportunidad de reiterar su discurso.

—Ese hombre pasó hambre —dijo Néstor, mientras regresábamos. Su conclusión simple me gustó, me pareció sabia, justa, suficiente. Atardecía y en el aire cálido vibraba una música dispersa de grillos y ranas, continua y más sutil que el ruido de los autos que rodaban hacia la costa. Cuando ingresamos a la playa ya estaba oscuro. Elegí circular por la

base de los médanos porque a esa hora, lejos de la orilla, el recorrido es más seguro. Las luces daban contra una pared de aire cargado de humedad y descubrían, de a ratos, grupos de gaviotas inmóviles y ostreros de largos picos rojos que caminaban inclinados hacia delante, huyendo de la luz. El Boliche apareció de repente, recortado entre las siluetas fantasmales de los médanos. El viejo tanteó en la oscuridad hasta encontrar la puerta y encendió un farol. Subí para despedirme, pero antes dije:

—Tendría que ver ese testamento.

Simuló no escuchar. Cuando ya estaba adentro, se volvió y dijo, en voz alta:

—Está en el juzgado. Si quiere ir en nombre mío, no tengo problema. El abogado es usted.

Siguieron varios días de mar picado. Volví dos veces a la laguna, distendido porque ya tenía en el freezer cincuenta filetes de pejerrey, más dos corvinas y una pescadilla. Por fin una noche el viento viró al noroeste, atemperando por completo el oleaje del mar. Arranqué con la primera luz del amanecer. Divisé al viejo, quieto en la orilla. Tenía la caña en la mano izquierda y en la derecha una brasita despedía un hilo de humo. Lo saludé y preparé una línea para tiburón. Con un globo grande la dejé llevar impulsada por el viento, que aumentaba progresivamente su empuje. Calculé una distancia de doscientos metros y trabé el reel, apoyé el equipo en el posacañas y aflojé la estrella. Me acerqué al viejo, que continuaba rígido con la caña en la mano.

— ¿Por qué no se relaja, amigo? Deje un rato la caña y despreocúpese. Las cosas suceden a su debido tiempo o no suceden nunca. Nuestra ansiedad no va a cambiarlas.

—Pero usted me dijo que hay que estar atento para clavar el pique. ¿En qué quedamos?

—Está bien, pero no hay que exagerar. Además, la clavada es más importante en la laguna. Acá el mar es el que manda. A veces ni se sienten los piques.

—En eso tiene razón. Por eso yo le pido. ¿Usted le pide?

—Sí, a veces, cuando el pique no llega. ¿Usted qué le dice?

—Que me dé algún pescado, que no sea mezquino. Mire la fábrica que hay ahí, millones y millones de pescados, de todas formas y colores. Uno quiere uno o dos, nomás. No es mucho, creo yo.

—Ajá. Yo pido más o menos lo mismo.

No le iba a confesar que mi mente es más retorcida y que mis pedidos al mar también lo son. Al estilo de: *no te estoy sacando nada, mar; no te estoy robando, o: no hay muerte en ese pez que me das, es nada más que una materia que se convierte en otra, una forma deshecha pero viviente, que correrá por mis venas, en mi sangre*. Esto le decía algunas veces, con el pensamiento, y lo miraba fijo, como si esperara una respuesta.

—Claro que a veces no funciona, no alcanza con pedirle —dijo Néstor, en tono reflexivo.

—Eso es verdad. A veces no alcanza con nada.

—Y en ese caso, sólo queda mandarlo a la reputa madre que lo parió —Reímos. Qué bien puesta la puteada, pensé. Es todo un arte putear en el momento justo—. Mire doctor: tanto que hablamos de él que nos escuchó.

Señaló mi caña: se había inclinado hacia delante y la tanza salía del carretel con un chirrido fuerte. Cuando llegué el hilo ya se había aflojado del todo y se apoyaba en el agua. Mientras recogía, desplazándome de costado, me costó ubicar el globo. Al fin lo vi. El tiburón lo arrastraba hacia la costa. El peso del globo ayudaba a cansarlo pero yo estaba seguro de que en cualquier momento se reventaría. Siguiéron varias corridas laterales, de unos cincuenta metros. En una de las pausas le pedí al viejo un poco de agua y me metí en el mar hasta la cintura, agachándome para sumergir la cabeza. No podía determinar cuánto tiempo había pasado desde el pique, pero cuando salí del agua había perdido de vista el globo y la tanza estaba floja. Empecé a recoger con furia, temiendo que se hubiera cortado con el roce de la piel áspera del tiburón. Recuperé parte de la carga del reel, que era de cuatrocientos metros, y miré al viejo con resignación.

—Tantálico y la puta que lo parió.

— ¿Qué?

—Nada, nada, creo que lo perdí.

No alcancé a formular la maldición siguiente porque un sacudón me arrancó la caña de las manos. La vi perderse en el agua después de dejar en la arena una huella fina y otra, más gruesa y profunda. Para recuperarla tuve que nadar y cruzar el cuerpo por encima de la tanza. Sentí en las costillas el golpe de la caña y luego de unos segundos, el sordo latigazo del corte. Quedé aferrado al equipo, perplejo y metido hasta el cuello en el agua fría. El

viejo, más pasmado que yo, permanecía quieto en la orilla con el bichero en la mano. Me sequé, me cambié de ropa; nos sentamos en la arena. El viejo tomaba mate y yo buscaba en la piel del mar algún rastro de lo que había pasado, pero no encontraba más que agua y silencio. Encendió un cigarrillo. Le apoyé la mano en el hombro.

—Le pido un favor. No le cuente esto a Pablo. Haga de cuenta que este episodio no existió.

—Quédese tranquilo, soy una tumba. Aunque no veo qué puede haber de malo en que a uno se le escape un tiburón. ¿Acaso no somos pescadores? Esto puede pasar. Yo no soy un experto, pero más de una vez perdí una presa, aquí mismo, frente al Boliche.

Respiré hondo y lo miré. Entendió que su comentario no hacía más que salar mis heridas. Se calló la boca y fue hacia su caña. Me acordé del gordo Miguelez. Acodado en el mostrador de La Cueva del Pescador, comentaba la captura de tiburones en la zona del Faro de los Cangrejos. *Todavía te falta, pibe*, me decía, mientras armaba una línea poderosa, rematada con un enorme anzuelo. *Con éste saqué uno de sesenta kilos*, contaba, con más vena de cazador que de hombre de mar. Derrotado, nostálgico, comencé a contarle al viejo anécdotas de pesca que había compartido con Miguelez en la secundaria. Y así descargaba la mufa, hablando sin parar, como sacando hilo de un reel cargado de palabras.

— ¿Quién es Miguelez?

El viejo me interrumpió, frenándome en seco, haciéndome tomar conciencia de que me había metido en un torbellino verborrágico. Respiré hondo, me serené para contestar.

—Un amigo que al terminar el colegio estudió medicina, se recibió y una vez que trajo el título a su casa lo metió en un cajón. Se dedicó a pescar y puso un negocio de venta de artículos de pesca.

—Ajá. Qué bien. O sea que cumplió con la familia pero al final hizo lo que quiso. De paso no se hizo pelota el estómago.

Lo miré, para confirmar que me estaba cargando. Pero no, había sido una reflexión genuina, con una ironía casual, no buscada. De todos modos ya era suficiente. Agarré mis cosas y las acomodé en el jeep. Antes de irme le pregunté si tenía novedades de la herencia.

— ¿Cuál herencia? —dijo, en tono grave—. Mire, aquella es mi herencia. Mi hija Daniela.

Señaló hacia el Boliche. En la terraza, una muchacha tomaba sol, recostada en una reposera.

—No me dijo que tenía una hija.

—No me lo preguntó... No quiero ser cargoso. Las cosas suceden a su debido tiempo o no suceden nunca, me dijo hace un rato, así deberá ser, nomás.

—De verdad le digo, amigo, que debería revisar la cuestión de la herencia —dije—. Ahora, sabiendo que tiene una hija, le digo que en realidad es una obligación. ¿Ella vive acá?

— Va y viene. Tiene una casita en Villa Idaho, y un trabajo en la Capital.

Nos despedimos con un apretón de manos. Al arrancar y poner primera sentí una puntada en el estómago, un ardor como si me hubiera tragado una brasa. El viejo se acercó, preocupado.

—No es nada, no se preocupe. El cuerpo me habla.

— ¿No habrá tomado mate, no?

Me bajé y tomé dos pastillas. Respiré hondo.

—No, no tomé. Cada tanto me agarra, aparece por sorpresa.

En pocos minutos me repuse. Antes de irme miré hacia el balcón. La chica ya no estaba.

—Mire amigo, si de verdad le interesa el tema, y quiere ir a revisar los papeles, vaya. Yo no puedo hacer nada, pero le pido a mi hija que lo acompañe, por lo menos es de la familia.

Dos días fuimos a Los Venados, sede de los tribunales. La casa de Daniela estaba en el sector sur del pueblo, cerca de la playa, y cuando llegué la encontré cerrada y silenciosa. Recién había amanecido y supuse que se había quedado dormida, pero a los pocos segundos de estacionar el auto se abrió la puerta y apareció, sigilosa, evitando hacer ruido.

—Buen día —me dijo al entrar al auto, sonriendo y con el rostro demacrado de fatiga.

—Hola —dije y me incliné para saludarla con un beso—. Me llamo Valerio.

—Sí, ya sé... Yo soy Daniela. Disculpame la facha, pero me acosté tarde, así que lo más probable es que me quede dormida mientras viajamos.

—No hay problema, yo estoy fresco como una lechuga.

—Es que tuve que organizarme para poder acompañarte. Tengo un nene.

—No sabía.

— ¡Pero este viejo...! ¿No te contó?

—No, tampoco me dijo que tenía una hija... De su familia mencionó a un hermano nomás.

—Es un caso Néstor, cuenta lo que quiere y lo demás, lo esconde.

— ¿Qué hiciste con el nene?

—Vino una amiga a dormir.

— ¿Y el padre?

—Estoy separada. Hace mucho. A poco de nacer Martín. Tuvimos diferencias... En realidad, las seguimos teniendo. ¿Vos estás casado?

—No, y ya no me acuerdo cuándo me separé la última vez —La miré y noté ternura en sus ojos. Y un cansancio que le marcaba las ojeras, y un agobio en el gesto que se parecía a una tristeza viejísima. Era bella, de rasgos marcados y armoniosos—. Dormí si querés —dije, y fue un gesto piadoso, porque ella rogaba sin decirlo cerrar los ojos y perderse en el sueño. Así fue. Pasé la rotonda de Villa Idaho y encaré hacia Invernadas. El campo fue abriendo poco a poco: primero la llanura se interrumpía con algunos bosques de pinos y acacias, luego aparecieron matas de juncos, plumerillos y totoras, y finalmente pasturas y sembrados formando un enorme mar sin límites. Daniela se acomodó a sus anchas. Con la cabeza inclinada casi en mi hombro, respiraba con profundidad y cada tanto se sacudía con un pequeño espasmo de pesadilla. ¿Qué edad tendrá su hijo? ¿Qué edad tendrá ella? Llegué

en una hora y media a los tribunales, extrañado y ansioso por volver a ese territorio que me parecía remoto, casi olvidado. La dejé durmiendo y me concentré en mi tarea. Había perdido gimnasia judicial pero entré rápidamente en calor cuando percibí el olor a encierro de las oficinas, el aire solemne y antiguo de los anaqueles que guardan los archivos de las sórdidas batallas legales... Esperé mi turno en una fila poblada de abogados, a los que no reconocí.

—Necesito el expediente 4122/87, sucesión Aguinaga.

Una mujer diminuta, con grandes anteojos dorados, me miró extrañada, entró presurosa a una oficina y volvió a los cinco minutos.

—Doctor, tiene que ir al Archivo General, aquí a la vuelta. Esta sucesión ya está terminada.

Al rato tomé vista del expediente. El trámite había sido muy veloz a partir de la intervención del Juez Octavio Salvatierra. Sobre la base de una declaración testamentaria, José María Aguinaga dejaba una propiedad a su hijo Rodrigo y no mencionaba a Néstor. Era un campo de quinientas cuarenta hectáreas, identificado como “*El Centauro*”, ubicado en una zona anegadiza. Un plano del lugar mostraba su ubicación precisa, dentro del Partido de Dorrego. Volví de los tribunales con una sensación de alivio, porque mi reincidencia en la Justicia había sido breve. Cada familia es un mundo, recordé... Daniela seguía durmiendo, aunque se había dado vuelta, y ahora su redondo y hermoso culo me miraba de frente. Frené en el bar La Ley, tomé un té y volví al auto, para iniciar el regreso. Cuando pasé por el Arroyo del Cerdo, a pocos kilómetros de Los Venados, observé a Daniela: seguía quietamente dormida. Me bajé. Pescar ahí es un juego simple: el agua corre lenta entre juncos y forma remansos donde las tarariras y los bagres llevan una vida

reposada. A veces, cuando no pican, uno supone que es por pura vagancia. Cada tanto miraba hacia el auto, para comprobar que todo estuviera bien. Noté que unos metros más adelante, en la curva del arroyo, había unos borbollones grandes. Me acerqué por la orilla, y allí tuve piques buenos, así que me concentré en la pesca durante un rato, me olvidé de Daniela, hasta que escuché sus pasos. Lenta y pesadamente venía entre los juncos, fumando.

—Hola pescador, me estaba haciendo pis. Si no fuera por eso, sigo durmiendo todo el día... No fui una compañía muy útil, perdón.

—Qué lástima, yo paré en el bar, pero no se quise despertarte.

—Ya lo resolví, fui a los yuyos, el mejor baño.

Sonrió. Su rostro estaba relajado, y algo radiante. Sus dientes blancos y bien alineados resaltaban en la piel morena.

—Me alegra que mi papá tenga un amigo —dijo, reflexiva y amable—. ¿Querés?

Me acercó un cigarrillo armado. Un brillo le encendía los ojos.

—No, gracias, no fumo nada, ni siquiera tabaco. Mi vida es la de un monje.

—Un monje pescador...

—Lo mío es devocional, me recetaron que tenía que comer liviano, por una úlcera, y uno de los mejores platos es el pescado fresco. Pero fresco de verdad, recién pescado. Así que con esa excusa volví al pueblo, y aquí estoy, pescando y comiendo sano.

—Bueno, es una cuestión de supervivencia. Mirame a mí: mi madre muerta, mi padre en el desierto, un hijo que cuidar, un ex marido patético... Te espero en el auto.

No me demoré mucho, devolví al agua las tarariras y guardé el equipo en el baúl. Ya en viaje, Daniela empezó a hablar con soltura. Para ella, su padre pertenecía al tipo de persona débil, a la que los demás humillan y engañan; un ingenuo que de tan bueno pasa a la categoría de boludo. Por otra parte, habían vivido juntos muy poco tiempo, por la temprana separación del matrimonio, y recién habían vuelto a contactarse cuando murió la madre, hacía dos años. Mantenían una relación distante pero afectuosa.

— ¿Y vos por qué estás metido en esta historia? —me disparó de golpe, acomodándose en el asiento y mirándome fijo, inquisitiva.

—No estoy metido, en realidad. Nos conocimos pescando, una vez mi perro mató a uno de los cachorritos y eso me dolió. En fin, nada especial. Una amistad de pescadores.

— ¿Por qué quisiste venir? No parece interesarte mucho el tema.

—Vine porque me lo pidió Néstor. Pero, ¿qué puedo esperar de él? Nunca me ayudó en nada, y encima ahora está rodeado de abogados... —Se hizo un silencio incómodo—. Disculpame, no quiero ofender. En realidad, estoy cagada en las patas... No me gusta este asunto de la herencia, los abogados, el apoderado de mierda ése, mi tío, que es una persona siniestra. Yo no movería el avispero...

— ¿Qué es lo que te preocupa?

—Es complicado. Lo único que te digo es que no hacer olas es lo mejor.

La miraba de reojo, intentando adivinar algo de lo que ella ocultaba. De golpe dio vuelta la cabeza.

—Mirá —señaló el bosque de acacias de Nuevo Edén: una cabellera verde, cada vez más copiosa y abigarrada, que se incrustaba en los médanos—. Ese lugar me encanta, ahí jugaba cuando era adolescente.

—No hace tanto...

—No te creas. Tengo más de lo que aparento. ¿Cuánto me das?

—Veintiocho.

—No me jodas. No me miraste bien, o estás mal de la vista. Ya pasé los treinta...

Su tono burlón me incomodó. También me perturbó estar tan desafinado como para no saber distinguir la edad de una mujer. Ella pareció entender y se quedó callada, con la mirada fija en la ruta, en una actitud que imaginé melancólica. El bosque de acacias, no el que estábamos dejando atrás, sino el que guardaba en mi memoria, se cubrió de imágenes: un torbellino en el que giraban cuerpos gráciles, besos furtivos entre flores amarillas que brillaban cargadas, encendidas de polen, como esquivas del sol. Aparecieron rostros, miradas, sonrisas ligadas a nombres que suponía olvidados. Sentí en el cuerpo el dolor primario, la excitación del deseo renacido en las entrañas. Me sentí conmovido, descolocado. Miré a Daniela. Contra la velocidad del paisaje se destacaba su perfil perfecto, sus labios pronunciados, sensuales.

—Y vos, cuando eras joven, ¿qué hacías en el bosque de acacias?

—Lo mismo que hacías vos... Éramos medio románticos... le decíamos El bosque del amor.

Se quedó callada, mirándome con picardía y enseguida se aferró al pasamanos porque ya estábamos ingresando a la playa. Llegamos al Boliche en pleno atardecer. El viejo había terminado de pintar unas sillas. Yo estaba agotado y deseoso de huir de ese cuadro en que padre, hija y una familia de perritos me lamían el alma con rumores de súplica. Le anuncié al viejo que por un tiempo no lo iba a ver, porque en pocos días empezaba el verano. Durante la temporada alta prefería buscar las playas solitarias del sur. Me limité a decir que había visto el testamento y que no había nada que hacer. Daniela se acercó y me preguntó, en tono burlón:

—¿Cosa juzgada, doctor?

—Sí, cosa juzgada —dije, asumiendo en ese instante toda la autoridad de la Justicia.

A mediados de marzo volví a las playas del norte. Estaban saturadas de huellas. La arena se había humanizado durante los cien días de la temporada de turismo y su cuerpo desnudo mostraba las marcas del uso intensivo. El mar había empezado a limpiarla con el persistente lamer de sus mil lenguas, segundo a segundo, minuto a minuto, hora tras hora. Y así seguiría durante el resto del año.

En el Boliche encontré una cuadrilla de peones. Néstor no estaba: un atardecer, mientras hacía las últimas tareas del día, un ataque de tos derivó en un diagnóstico lapidario sobre el estado de sus pulmones. Lo internaron unos días en el hospital y después se lo llevaron a un puesto de campo. Entré al Boliche y busqué algún indicio del destino del viejo. El juego de ajedrez permanecía en su lugar. Lo abrí y tomé un librito de tapa dura. Fue lo único que me llevé, sin dar explicaciones.

En los días sucesivos el Boliche del Medio fue menguando en su esplendor. Desde la playa veía salir para Villa Idaho la camioneta cargada de muebles y mercaderías. Un trabajo de hormiga que poco a poco lo reduciría a su mínima expresión: una nave anclada en la arena, con su proa mirando al mar y su esqueleto de madera expuesto al viento. Una mañana me acerqué y hablé con el patrón. Me dijo que estaban evaluando el estado de salud de Néstor. Sabían que el viejo quería volver a la playa. Mi interés lo intrigaba.

—En realidad, no tengo nada que ver con él. Lo conozco de pescar por aquí algunas tardes de invierno —dije.

La desmedida precaución me hizo sentir asco de mí mismo. Me corregí. Dije con vehemencia que a Néstor le haría muy bien volver a la playa, que era peor su situación en aquella soledad del campo, que yo estaba dispuesto a colaborar en lo que hiciera falta. El tipo sintió el impacto: alguien en el mundo se interesaba por la suerte del pobre viejo. Molesto, balbuceó algo y prometió tener en cuenta mi sugerencia. Le extendí una vieja tarjeta personal que había quedado en la caja de pesca; tenía una mancha de anchoíta, ya reseca, de modo que no tenía olor. El hombre leyó detenidamente, me miró asombrado.

— ¿Usted es el mayor de los Ramos? Jerónimo Vita, a sus órdenes —y agregó, en tono reflexivo, con leve emoción épica—. Es hermoso este lugar. ¿No es cierto? ¡No sabe lo me que cuesta sostener esto! Le confieso algo, Ramos: yo aquí estoy haciendo patria. Este negocio no es para cualquiera, no alcanza con ser comerciante: hay que ser medio aventurero, medio bohemio. ¿Entiende?

Subió a la camioneta y encendió el motor. Le extendí la mano.

—Lo felicito. Me alegro que todavía queden patriotas. Realmente construir esto aquí parece incongruente, desmesurado, no entiendo la ecuación costo-beneficio.

—Es como nuestro querido país: la aventura de algunos audaces en medio de un desierto.

—Y siempre hace falta un Aguinaga para dejar en invierno.

—Cada uno hace lo que puede, doctor, usted lo sabe. Hay gente para todo.

Sonrió complacido y se dispuso a partir. Lo tomé del brazo.

—A propósito, amigo, ¿qué cuidados le están dando al señor Aguinaga?

—Todo lo que podemos: lo internamos, en el hospital le dieron la atención correspondiente, y punto. El hombre no se cuida a sí mismo. ¿Qué más se puede hacer?

— ¿Cuál es el diagnóstico real?

—Los pulmones ya están en las últimas. Al paso que va, no va a durar mucho.

— ¿Y lo dejaron solo, en medio del campo?

—Escuche, doctor, yo no soy el papá. Estuvo aquí de cuidador, sin mucho que hacer. Recibió sueldo, techo y comida. Me hago cargo hasta donde puedo.

— ¿Hablaron con Daniela?

—Por supuesto, pero ella tiene sus propios problemas, que no son menores... Un hijo del que ocuparse, una historia complicadísima, pero no me haga hablar de más. Yo hago lo que corresponde, y que Dios los ayude.

Puso primera y salió, agitando la mano en señal de despedida. En lugar de tomar por la parte llana, decidió circular entre las dunas. La camioneta se alejaba sacudiéndose a un lado y a otro, batiendo la carga que parecía a cada momento a punto de caerse. Bajé a la playa y acomodé el jeep contra el viento. Soplaban del este: suave, pringoso, pesado. Usé la línea de un anzuelo, encarnado con calamar, bien a fondo. Una propuesta bruta, a lo que venga. Mi ánimo no estaba concentrado en la pesca y vagaba, disperso, por la atmósfera que me rodeaba. Me acomodé en la reposería y me dispuse a leer el librito de tapa dura, en cuya portada había dibujados algunos peones, la dama y el rey, resaltados sobre un tablero en perspectiva. Abrí el libro con respeto, con entusiasmo. En la primera página, sobre el ángulo superior izquierdo, podía leerse una dedicatoria breve, con una firma al pie: *José María Aguinaga*. La observé con detenimiento y desde ese momento no pude pensar en otra cosa. Me irrité, me obsesioné. Fui varias veces al Juzgado hasta que conseguí tomar vista del expediente otra vez. Al fin confirmé mi sospecha: la firma estampada al pie del testamento no era igual a la del libro.

Ahora sí estaba en la Los Venados de cuerpo entero. Una cosa es ir ocasionalmente para hacer un trámite, otra muy distinta sentarse en la confitería La Ley como un miembro más de esa familia numerosa de abogados, testigos, acusados, víctimas, condenados y jueces. Me ubiqué en una de las mesas de afuera para esperar a Lucas Romero, colega con quien habíamos tenido algún trato en el pasado. Romero se había sorprendido al escucharme en el teléfono y aceptó enseguida mi invitación, tal vez picado por la curiosidad. Por mi parte, necesitaba de alguien que conociera el ambiente, las internas políticas y legales. Había decidido avanzar en el caso sin consultar con Néstor. *Si usted quiere, averigüe*, me había dicho más de una vez. Esa frase inocente había sido una carnada eficaz. Ahí estaba yo, con el anzuelo bien clavado, trabajando otra vez en el oficio que creía haber dejado atrás para siempre. Media hora después del horario convenido, un joven prolijamente trajeado se acercó y me extendió la mano.

— ¿Dr. Valerio Ramos? Me envía el Dr. Lucas Romero. Le pide disculpas. Por compromisos de último momento no pudo venir.

— ¿Cuándo lo podré ver?

—Puede darse una vuelta por el estudio esta misma tarde. Tal vez lo encuentre allí, aunque no puedo asegurarle nada. Aquí figura la dirección.

Sonreí y agradecí, como corresponde a un buen profesional, pero mis manos comenzaron a transpirar como antes, cuando enfrentaba algún caso intrincado. Me quedé leyendo el

diario, tal vez para disimular el fracaso. Recién entonces noté que desde varias mesas, discretamente, me observaban. No les había prestado atención pero ahora que recorría esos rostros me parecieron familiares. Reconocía rasgos, gestos, miradas, pero a ninguna persona en forma completa, como si formaran parte de un sueño, como si fueran fragmentos desplazados o condensados de un todo que está en otra parte. Llamé al mozo. Cuando quise pagarle sonrió y me dijo que el café ya estaba pago, que era una invitación.

— ¿Una invitación?

— Sí, doctor. Una invitación.

— ¿Se puede saber de quién?

— Del Dr. Romero.

— Disculpe, pero yo esperaba al Dr. Romero y el Dr. Romero no vino.

Me había acalorado. Sin premeditarlo había acentuado el pronombre.

— ¿Está seguro de que no vino? Bueno, si usted lo dice, no vino. Pero dejó paga la consumición.

— ¿La pagó el muchacho?

— Disculpe, doctor. Acá es muy común que se paguen las consumiciones de este modo.

Respiré hondo, miré alrededor.

— Está bien. Romero o nadie, para el caso es lo mismo: el café está pago.

— Sí, está pago.

—Bueno, disculpe.

Quería volver ya mismo a casa, pero esperé a que pasara la hora de la siesta para ir al estudio de Romero. Caminé por la fresca vereda leyendo una por una las chapas de bronce que se sucedían de manera regular al lado de las puertas de las viejas casas, reconvertidas y modernizadas. Lucas Romero no estaba. Su secretaria me entregó una nota, de puño y letra, en la que me expresaba las disculpas del caso y me recomendaba al colega Julio Delmonte. Me quedé en silencio, disimulé el impacto. La mujer movió la puerta como para avisarme que ya había hecho su trabajo y debía seguir con sus ocupaciones. Le devolví la nota, pero no quiso recibirla.

—El doctor la dejó para usted. Por favor, llévesela.

—Está bien, no me hace falta. Necesitaba hablar con él personalmente.

—Llévela y vaya confiado. El estudio Delmonte es uno de los más prestigiosos de la ciudad.

Volví a casa cuando ya atardecía. Entré al cuarto en penumbras y abrí una hoja de la ventana. Después giré la traba de los postigones y con las dos manos empujé las alas de madera. Me llegó una ola de claridad y frío. Busqué el metro, medí el escritorio de borde a borde y anoté en el extremo derecho, con lápiz de mina gruesa: 120 cm. Del último estante de la biblioteca bajé la caja de pesca y acomodé los tomos de Clásicos Universales y los libritos del Centro Editor que la rodeaban. Despejé el escritorio y acomodé, alineándolos, los frascos con rotores, mosquetones, anzuelos, esmerillones, perlitas y plomines. En una segunda hilera ubiqué los carreteles de tanza y las boyas, agrupando las palito, las yo-yo y las chupetonas. Fui hasta la cocina, preparé té y pasé por la habitación a buscar un abrigo.

Del otro lado de la ventana había empezado a crecer el canto continuo de zorzales y músicos, a los que cada tanto cruzaba el chillido de un bicho feo o el ulular de una paloma. Cantos de intimidad, de despedida.

De pie, en medio del cuarto, sorbía el té y miraba el escritorio iluminado. Sobre la superficie lisa y uniforme resaltaban los aparejos. En primer lugar, el orden en que los había ubicado, en dos líneas paralelas; después se distinguía cada grupo de elementos por su forma y color. Los rotores aparecían primero, a la izquierda y arriba, de metal, de tipo espiral o como también se los llama, colita de choncho. Había también, mezclados con éstos, algunos de plástico del tipo barrilito. Al lado, junto a su correspondiente frasco, los mosquetones formaban un montículo de metal plateado, pero la vista enseguida avanzaba y se fijaba en el puñado de esmerillones de bronce que la luz realzaba y convertía en oro antiguo. A continuación estaban los anzuelos de punta de acero y luego los de hierro, oxidables, de condición efímera pero más efectivos. Perlitas y plomines remataban la hilera pero encerrados dentro de sus frasquitos: el de las perlitas, blanco, dejaba entrever una variedad de colores; el de los plomines era negro y estaba rotulado. Los carreteles de tanza, que se extendían en la hilera de abajo, se diferenciaban por grosor y color. Las boyas ocupaban más espacio: las palito con largos terminales saliendo de la esfera del medio; las chupetonas, asimétricas, graciosas y coloridas; las yo-yo exhibiendo la belleza de sus formas perfectas, aunque esto mismo las volvía antipáticas: había que delimitar su espacio para que no rodaran y se dispersaran. Tomé una de las boyas amarillas y la golpeé suavemente contra el vidrio de la ventana, después contra la pantalla metálica del aplique de luz. El sonido era tosco, cerrado y opaco; lo opuesto al tímido, oval y dorado de las campanitas. ¡Qué pretensión estúpida la mía!, pensé. ¡Que las boyas resuenen con música

delicada, cuando sólo les pedimos que floten, que sean visibles, que marquen bien el pique! Me senté y estiré sobre la mesa la tanza que me serviría de madre. Del cincuenta, porque la madre es el eje, el alma de la línea, la que enhebra todos los elementos. En cambio, para las brazoladas, se usa del treinta. Ante un enganche o el pique inesperado de un pez grande se pierden la brazolada y el anzuelo, pero la madre y el resto de la línea se preservan. A un metro cuarenta de distancia entre ellas ubiqué las tres boyas. Elegí las redondas rojas porque me había dicho Pablo que La Honda estaba desde hacía una semana con el agua muy quieta. Los pejerreyes picaban de un modo casi imperceptible. Revisé la línea palmo a palmo: la boyita guía de color verde, a veinte centímetros la primera boya con su correspondiente rotor, un metro cuarenta hasta la segunda, otro tanto hasta la tercera y treinta centímetros hasta el puntero blanco. La guardé en un carrete de telgopor duro, metí todo en la caja y la coloqué otra vez en el estante más alto de la biblioteca. Con un trapo limpié los restos que quedaron sobre la mesa. En la tabla rasa apoyé la agenda, busqué el número y llamé al Estudio Ramos.

Pablo vivía en el barrio de los pioneros, el más antiguo de Nuevo Edén. Se llegaba por calles sinuosas, flanqueadas por altos pinos y eucaliptos de envolvente aroma. Lo encontré trabajando en el jardín. Cuando me vio, cerró el riego y se acercó a la vereda. Notó mi preocupación.

— ¿Algún problema?

— ¿Te acordás del asunto de Aguinaga? Descubrí que falsificaron el testamento para quedarse con un campo.

— Ajá... ¿Entonces?

—Me metí a averiguar.

Movió la cabeza con un gesto de negación; se sentó en el pasto y comenzó a remover el suelo con un palito, pensativo.

— ¿No te habías retirado?

—Sí, pero no. Me da lástima el viejo. Y es todo muy obvio, muy grosero.

— ¿Qué pensás hacer?

—Llamé a mis hermanos.

—Eso está bien. Los necesitás. En Los Venados no te van a dar bola.

—De eso ya me di cuenta... ¿Y la hija, Daniela, podrá aportar algo?

—Eso que lo digan tus hermanos... Te advertí que Delmonte no es trigo limpio. Además, hay un Delmonte que es juez. ¿El caso lo manejó él?

—No, un tal Salvatierra.

—Son parientes, y socios. Te metés en un quilombo, amigo... ¡Y yo pensé que había recuperado a un pescador!

—Aquí estoy. Voy por los tiburones.

Pablo hizo un gesto de preocupación y me despidió con un abrazo. Al subir al auto lo vi agacharse para abrir otra vez el riego. Desde ahí, en cuclillas, me hizo una seña con la mano. Gritó:

—Si necesitás algo, ya sabés: contá conmigo. ¿Tenés todo para mañana?

Le hice un gesto afirmativo y salí por la calle De los Aromos hasta la rotonda de acceso. La ruta estaba despejada y calculaba llegar a la Capital al atardecer. Antes pasaría por el restaurante de Leo El Sabio, en el Cruce de los Pantanos, donde se comía el mejor pescado de la zona. El problema era llegar a salvo de los costillares que agredían con sus efluvios a los que circulaban por la ruta 24, a la altura de Manzanar Chico. La prueba de fuego me tocó justo al mediodía: escuchar los cantos de sirena de los paisanos que agitaban pañuelos y señalaban los humeantes asadores, donde la carne crucificada era puesta a punto para el banquete. Mi situación era complicada. Sólo quien ha sufrido las consecuencias de la mala digestión, el ardor de una llaga intestinal, la reiterada contracción del estómago en espasmos asfixiantes puede aceptar la renuncia a este deseo turbulento que moviliza las entrañas. Lo logré. Me concentré en los tiernos y sabrosos filetes de lisa que preparaban Leo y su mujer y superé la prueba. Al mediodía disfruté del almuerzo. Leo no estaba pero el mozo me confirmó la jornada de pesca para el día siguiente.

Unas horas más tarde entré en el laberinto de la gran ciudad. Dejé el auto en un garage, cerca del microcentro, y caminé casi media hora hasta llegar, insensible como un autómatas, a la oficina. Noté que la vereda del estudio tenía dos árboles menos. Los habían reemplazado por columnas para carteles publicitarios. Ahora, contando los de ambas aceras, quedaba nada más que cuatro en toda la cuadra... La charla con Rodrigo, mi

hermano menor y nuevo jefe del estudio, fue directa y breve. Le di el libro de ajedrez, con la firma. La observó detenidamente.

— ¿Estás seguro de que es falsa?

—Segurísimo. ¿O te olvidaste de quién fue tu maestro?

—No, no me olvido jamás —Rodrigo sonrió—. Un gran maestro, transformado en pescador, en sensei del mar.

—Algo así... ¿Qué te parece?

—Mirá, la prueba está bien. Pero esto hay que arreglarlo entre colegas. La guerra no nos sirve a nadie.

Para esta última frase mi hermano adoptó un aire de suficiencia que lo ponía por encima del común de los mortales.

— ¿Te dije que Aguinaga, el heredero, está enfermo?

—No, pero de todos modos no contábamos con él. Me dijiste que está bajoneado. Y tiene una hija, ¿cierto?

—Sí, hija única.

—Ella puede servir. ¿Es mayor de edad?

—Sí.

— ¿Dónde se la ubica?

—Tiene una casita en Villa Idaho, pero creo que viene seguido a trabajar acá.

—Bueno, cuando puedas pasame sus datos. Andá tranquilo. Creo que esto se resuelve rápido. Ahora, antes de que te vayas: ¿Te acordaste de los pejerreyes? ¿O creés que esta profesión es un servicio gratuito?

—No, no traje nada. Te los prometo para el próximo viaje.

—Hummm, eso suena a mentira de pescador. Dicen que los abogados son truchos, pero los pescadores...

—Bueno, no es para tanto. Digamos que la verdad, entre los pescadores, es más bien inestable.

—No hay verdades estables.

—Che, ¿y Bautista cómo anda?

— Bien, con poco interés en el estudio... es casi un burócrata, hace los trámites, la pasa bomba.

Me fui aliviado, sentía que algo importante se había puesto en marcha. Ahora pensaba nada más que en desplazarme hacia la laguna para probar la línea nueva de tres anzuelos, boyitas rojas y brazoladas largas. Dormí en el hotel Aljibe, me levanté temprano y a las nueve llegué al Cruce. Leo y Pablo tomaban mate en el espacio deshabitado del restaurante.

Pablo miró su reloj.

—Quedamos a las ocho y media... —dijo y señaló los equipos, agrupados en un rincón del restaurante. Por la ventana se veía la camioneta estacionada, con el bote ya enganchado.

—Soy una persona ocupada, Pablo... Pero discúlpame, voy a saludar a un pescador de raza.

Leo me tendió la mano, callosa y gorda, y una sonrisa remarcó su rostro achinado. En la cara redonda sobresalían los anteojos con lentes gruesos como lupas. A pesar de que se estaba quedando ciego, era el conductor de las jornadas de pesca en Laguna Honda. Había que atravesar zonas bajas, pantanos y luego navegar sobre la oculta trama urbana de Grito de Indio, un poblado sumergido veinte años atrás. Estaba soleado y soplabla una leve brisa del norte. Leo puso en marcha el motor y atravesó despacio los cangrejales hediondos. Media hora después divisamos un claro grande entre los juncos y enseguida el espejo de agua limpia. Ahí empezaba el juego de Leo: recorría la laguna copiando las antiguas calles, como si manejara un automóvil. Nosotros nos abandonábamos a su autoridad. Había vivido de chico en este pueblo que fue tapado por la gran inundación del 76, y transitaba con precisión la avenida de acceso que desembocaba en la plaza céntrica, en la que sobresalía la punta de la lanza del Monumento al Indio y la torre de la iglesia, con su campanario poblado de palomas.

—El Apocalipsis —murmuró Leo, sonriente.

—Una metáfora —dije.

—Ah, no sé. Eso es cosa de poetas. ¿Seguís escribiendo?

—A veces.

—Por ahí tengo tu librito. A veces mi mujer me lee algo.

—Uy, son poemas de otra época. Ahora que volví al ocio, tal vez me vuelva la inspiración. Dicen que cuando las musas te quisieron de joven, de viejo no te abandonan.

— ¿De viejo? Vos todavía sos un pibe. Viejo soy yo. Será por eso que me gusta esta laguna. Me recuerda que pronto va a terminar todo.

—El mundo que se inunda y desaparece. ¡Déjense de joder, che! —protestó Pablo.

—Vos, Pablito, estás más jodido que yo —dijo Leo—. Algún día va a crecer el mar y se va a llevar todo lo que hay en la costa.

—Viejo zorro —dijo Pablo—. Por eso te viniste al campo: para salvarte.

—No, no fue por eso. ¿Qué me importa que me tape el mar o morirme aquí en el barro? Me fui por una ley natural: no hay nada como el mar para gastar a un hombre. El mar es para cuando uno es joven. De viejo quiero estar protegido. Además tuve la grata sorpresa, aquí en el campo, de encontrar la mejor pesca que se pueda imaginar: lisas de seis kilos, pejerreyes de un kilo y medio. ¡Entre los teros y las vacas! —De un golpe de timón, Leo dirigió el bote hacia el barrio obrero, donde nos esperaban los grandes matungos—. Los dioses nos miran —dijo entonces, señalando dos caranchos posados en la rama blanquísima de un sauce muerto—. ¿Se estarán riendo de nosotros?

—No veo por qué tanto drama con el apocalipsis, si es lo que quieren los dioses —dijo Pablo, seguro de que provocaría nuestro asombro—. Dejadme proseguir —dijo afectadamente—. La guerra más antigua que conocemos la hicieron los dioses, porque había demasiada gente en el mundo. De-sa-go-tar el mundo de humanos, eso es lo que querían. Y no me digan que no es cierto porque lo explicó la profesora y no me lo olvidé

nunca. Al parecer, nunca dejaron de hacerlo. Imagínense ahora. ¿Cuántas guerras provocarían los dioses para aliviar el planeta?

—Muy bien, licenciado —dije, y aplaudí con entusiasmo.

Leo aplaudió también, y enseguida ordenó soltar el ancla. Empezamos a manipular los equipos. Yo quedé en el medio, mi ubicación natural: la peor. Por alguna ley no escrita había una jerarquía, en ese grupo, en la que yo ocupaba el tercer lugar. La pesca fue buena. Leo no fallaba nunca en esta laguna: parecía oler y oír la presencia de los cardúmenes. Yo pescaba menos, porque me costaba clavar. Miraba a mis compañeros buscando una explicación: el tamaño del anzuelo, el espacio entre brazoladas, la carnada, la distancia del tiro. Todo lo que uno trata de entender desde una situación de inferioridad, de fracaso. Cuando por tercera vez saqué los tres anzuelos pelados, suspiré y dije:

—Como dijo el General, vengo desencarnado.

—No sé lo que dijo el General, pero sin carnada no vas a sacar una mierda —se burló Pablo. Leo, en cambio, me acercó la tabla con tiritas de pejerrey, una carnada especial, impregnada de aceite de pescado.

—Probá con esto.

A veces Leo encontraba la clave del pique examinando las entrañas de los primeros pejerreyes capturados. Cualquiera reconocía el alimento a simple vista, pero algunas veces era más difícil: había que identificarlo por la textura, el color, el tiempo de digerido, un arte que él conocía a la perfección. Entonces recomendaba una u otra carnada. Por mi parte, antes de encarnar con los filetes de pejerrey, puse anzuelos más grandes. El mejor momento

de pique se dio pasadas las cuatro. Fue una hora continua de silencio y celebración, y aparecieron los matungos. Bruscamente el aire se enfrió, la luz perdió fuerza y el sol tomó cuerpo en el horizonte, volvió a su forma redondeada y adquirió un color naranja oscuro, sólido. Levantamos rápido el ancla y regresamos. Leo avanzó por el barrio norte, donde sobresalían las veletas de las antiguas casonas. Entre bandadas de gaviotas alcancé a ver un gallo con el agua al cuello, un velero con las velas quebradas, un delfín detenido en el gesto de zambullirse en el agua... Cuando llegamos al Cruce ya había oscurecido. Leo condujo hasta el final del recorrido con la misma certeza del principio. Al llegar dijo:

—Ya no me importa mucho ver o no ver. Pronto no seré más que un rumor de palabras. Así es la vejez.

Sin embargo, cuando ingresamos a la casa, el silencio de doña Rústica desmintió la última, solemne frase de su esposo. Porque a ella los años la habían convertido en una sombra callada que iba y venía por la casa, mínimo volumen sigiloso. La vejez le había sellado la boca, pero le había dejado intacto el sentido de la vista. Leo hablaba, Rústica veía. Juntos habían pasado ya las bodas de oro y mantenían en equilibrio su universo. Cuando la viejita me vio, se acercó, extendiendo sus largos brazos huesudos. Con sus dos manos me apretó suavemente las sienes: la bendición maternal de siempre.

—Rústica Gómez —dijo. Así se presentaba siempre, con nombre y apellido de soltera.

—No la convengo todavía de que use mi apellido, Kaucik —dijo Leo.

—Es horrible, y además soy de la menor de las hermanas Gómez. Nada más honorable que seguir una tradición que lleva 102 años...

Dicho esto, mostró el gastado cartel de chapa del Comedor Familiar, de Rosaura Gómez, de fines del siglo XIX... Nos sentamos a la mesa de la cocina. Rústica trajo mate y galletas. Leo le dio un beso en la frente.

—Gracias, viejita —dijo—. ¡Qué sería este mundo sin ustedes! Una laguna sin pejerreyes. Menos que eso: un mar sin peces.

La miré alejarse, pudorosa, y recordé un verso: “*el cuerpo de la mujer, más bello cuanto más viejo*”. No sé de quién (¿Whitman?), pero sólo un gran poeta pudo haberlo escrito. Ahora yo vislumbraba su paradójica, oculta certeza. Entonces Pablo habló, con una gravedad que no pudo disimular:

—Aguinaga empeoró; está otra vez internado.

Leo estaba al tanto, pero habían esperado ese momento para contármelo. El viejo había vuelto a sufrir una complicación pulmonar. Su estado era crítico.

—No sé si pasa de esta noche —agregó Pablo. Hubo un silencio incómodo—. ¿Cómo te fue con tus hermanos?

—Bien. Tengo que esperar un par de días. Aunque ahora, si el viejo se muere, todo esto no sirve para un carajo.

—Ese hombre hace tiempo que está muerto. Nació con mala estrella —dijo Leo. Pablo y yo permanecimos en silencio—. Ustedes saben que antes, en el campo, a los hijos no queridos los tiraban a los chanchos. Don Aguinaga fue uno de éstos. Sobrevivió porque la madre, arrepentida, lo rescató a tiempo. La pobre chica no tenía más de trece años.

Nos despedimos. Rústica nos hizo esperar, se metió en la casita y volvió con dos paquetes de pastelitos. Ya era noche cerrada. Leo y Rústica, tomados del brazo, nos despidieron en la puerta del restaurante. Nos alejamos y la imagen de los dos viejitos, iluminada por la luz de una lámpara, fue menguando hasta perderse, tragada por la inmensidad del campo y de la noche.

En la sala de espera del hospital flotaba una atmósfera triste. El brillo de una estufa daba un aspecto lúgubre al corredor en penumbras y su calor producía una humedad sofocante. En la guardia una mujer seria y amable se disculpó por no poder darme ninguna información sobre Néstor Aguinaga. Esperaban la llegada de algún familiar. Salí al patio externo, donde a los pocos metros se disipaban las luces artificiales y se accedía a la noche, intensa y cerrada, con olor a campo. El murmullo del viento, en unas grandes palmeras, invitaba a mirar hacia arriba. Luego de unos minutos melancólicos sentí unos pasos y la envoltura de un perfume suave. Era Daniela. Cuando me di vuelta me abrazó, apoyó su cabeza en mi pecho y aflojó todo el cuerpo. Caminamos en silencio hasta la última habitación del pasillo. El cuerpo de Néstor, en medio de la cama, estaba resumido, contraído, con el rostro hacia el techo, la garganta tensa, los ojos abiertos. Me acerqué, apoyé mis manos sobre su cara y le bajé los párpados. Entonces quedó como un niño viejo, y parecía haber salido de todos sus males. Sobre la mesita de luz había un par de anteojos nuevos, apoyados encima de una pila de libros, pequeños volúmenes que, tocados por la luz del velador, derramaban una sombra

trunca en las baldosas del piso. Con un breve saludo y gestos de circunstancia entró a la habitación Jerónimo Vita. Observó brevemente al viejo, como mirando a alguien desconocido, me tomó del brazo y me llevó al pasillo. Me entregó unos papeles.

—Dejó esto para usted —Era un testamento a favor de Daniela, y una declaración en la que me nombraba su apoderado—. No sabe lo que le costó hacer esto. Fue un impulso, una locura. Tomó un taxi y recorrió Villa Idaho, Invernadas y llegó hasta Los Venados. Consiguió un escribano y terminó el trámite en el día. Se gastó el sueldo que había cobrado esa misma mañana. Unas horas más tarde lo tuvimos que internar. Murió poco después.

— ¿Le dijo algo para mí, algún mensaje, alguna indicación?

—No. Por mi parte, acabo de cumplir mi promesa; de aquí en más no quiero tener nada que ver en esto.

—No se preocupe, supongo que ya hizo más de lo que hubiera querido hacer.

—No me juzgue mal, Ramos. Soy un hombre derecho, y nobleza obliga. También dejé en la administración del hospital unos valores para los gastos de internación. Lo demás correrá por cuenta del hermano, supongo —hizo una pausa, luego agregó—: lo único que le importaba era su hija, recuperar su cariño, ayudarla de algún modo.

—Sin embargo, cuando recién nos conocimos, el viejo me dijo que la única familia que tenía era un hermano... A la chica ni la mencionó.

—Já, tenía cosas raras, era escondedor. No mostraba todas las jugadas. No se olvide que era un ajedrecista consumado, aunque no lo pareciera.

Se encogió de hombros, volvió al cuarto, saludó a Daniela y se fue. Al filo de la madrugada llegaron Delmonte y el hermano de Néstor. Daniela recibió a desgano un sentido pésame. Yo, un saludo afectado y frío. Aproveché para irme. Estaba agotado y no quería quedarme ni un minuto más en Invernadas. Encontré a Daniela apoyada en mi auto. La vi, tocada por la luz de la luna, con la noche larga detrás. El brillo opaco la desnudaba, se veía más leve que el silencio y sin embargo emanaba de ella una decisión poderosa. Volvió a abrazarme, como haciéndose chiquita, buscando refugio.

—Acaba de morirse un pedazo de mí, tal vez algo que ya estaba muerto —murmuró—. No pensé que me iba a afectar tanto verlo así a mi viejo. Estábamos distanciados, pero yo sabía que él estaba vivo, en algún lugar del planeta, frente al mar. Esto me desorienta, es como si de golpe no tuviera claro a dónde ir.

No sabía qué decirle, no sabía cómo abrazarla...

—Todos buscamos un lugar —dije. Y la apreté contra mí.

Me empujó suavemente, me separó un instante de ella y luego se acercó y apoyó sus labios en los míos. Sentí su respiración agitada, el calor del contacto, un vago sabor agridulce, nos besamos, y nos quedamos un rato abrazados, en silencio.

Salí a la ruta. A unos metros de la rotonda me bajé del auto para respirar el aire del campo. Me incliné hacia una de las alcantarillas que cruzan el camino y distinguí con dificultad la corriente suave de agua oscura y barrosa. El olor a tierra fermentada, a pasto macerado con bosta me llegó hasta el estómago. Una contracción violenta trajo hasta mi boca un líquido ácido que brotó de la intimidad de mis tripas, salió como una ola y cayó, removiendo la quietud del agua, espantando la escondida fauna de los pastos que todavía dormía. Me tiré hacia atrás, quedé recostado mirando el cielo. El canto de las ranas empezó a llegar desde los juncuales inundados, cada vez con mayor intensidad, hasta que el concierto de mínimas gargantas flotó en el aire, envolviéndome y meciéndome como en un bote perdido en el océano cósmico. Cuando me desperté, estaba amaneciendo. Por la hondura de mi cansancio, por la pesadez que sentía, por el hambre, deduje que había dormido un día completo. No supe, no pude recordar cómo había llegado hasta mi casa. Ahí estaba, despierto sobre la cama, completamente vestido, envuelto todavía en el eco lejano del croar múltiple y potente que había sentido allí, tirado a un costado de la ruta. *Las ranas cantan hondas y a millares*, pensé o tal vez recordé, porque el verso surgió como el eco de otra voz, como palabras depuradas de la experiencia bruta. Decidí llamar a Pablo, convencido de que ya estaba enterado de la muerte de Néstor. La luz roja del contestador telefónico titilaba en la penumbra. ¿Cuándo habría sonado el teléfono? Tal vez antes de que yo llegara, tal vez mientras dormía. La voz de Daniela: *Entierro triste, solitario. Todavía estoy en Invernadas*. Y enseguida mi hermano: *Hola. Comunícate esta tarde, sin falta*. Apreté la tecla de borrar mensajes. Me di un baño, desayuné y salí con el jeep hacia la playa. Había llovido, había soplado viento norte y ahora el cielo estaba despejado. Todo había sucedido en el transcurso de esa noche. Lo que había ocurrido durante el día escapaba a mi alcance y no me interesaba averiguarlo. Ahora, desnudo por dentro, iba hacia la inmensidad del mar a

escuchar y a contemplar otra vez la serenidad infinita de la naturaleza, su distancia ecuánime, el parsimonioso transcurrir de la vida y de la muerte. Un devenir que no alteran ni los desvelos, ni los trabajos, ni los párpados cerrados de un viejo muerto, un tal Néstor Aguinaga, quién sabe si menos solitario ahora que antes, cuando sufría la abrumadora presencia del campo y de las estrellas o cuando, bajo esas mismas estrellas, lo hostigaba el ruido incesante del mar. Un hombre al que yo había empezado a querer, no sé por qué ni desde cuándo (quizá a partir de la muerte del cachorro) y que ya no estaba frente al mar sino en otras orillas, que son para los que estamos acá enigma insondable, enigma que develaremos cuando llegue el momento de decir: *así que éste era el misterio...* Voy otra vez a encontrarme con la fuerza marina, enroscado en mis pensamientos como la ola que, vuelta sobre sí misma, se recrea sin pausa. Yo mismo, solitario y continuo y sin detenerme soy empujado por la energía a explosión de mi cerebro, por el motor del jeep azul que sube lentamente. Hoy el oleaje duerme sobre la orilla, anuncia el final de su viaje oceánico con un estruendo leve que deja paso a un rumor fresco, repetido, onda expansiva que se derrama en todas direcciones. Hacia el norte el aire está limpio. Al Boliche del Medio, envuelto en la claridad de la mañana, la luz le da volumen contra el cielo y parece despegarlo de su amarre de arena. Me acerco por el pie del médano y subo, rodeando el jardín de uñas de gato. No hay movimiento, no salen perros, no hay señales de vida. Doy la vuelta y bajo hasta la orilla. La brisa llega limpia, envolvente. Voy despacio, para que el ruido del motor no tape del todo el rumor del agua.

A poco de andar encuentro un buen lugar y me detengo para ordenar el espacio. Ubico el jeep contra el viento, los dos posa-cañas a diez metros de distancia entre sí y apoyo en ellos las cañas para colocarles las líneas. Una de un solo anzuelo, bien a fondo, encarnado con

magrú. La otra con dos anzuelos para brótola, con anchoíta y tiras de calamar. De la bolsa de carnada saco una anchoa y se la doy, por cábala, a Olaf. Cumplido esto puedo empezar el trabajo de la pesca en sí, o mejor dicho, el juego. Primero lanzo la cazonera y después la doble, calculando para ésta una frecuencia de quince minutos. Cuando todo está dispuesto, abro la reposera y empujo los apoyabrazos para fijarla en la arena. Olaf me sorprende. Levanta sus grandes orejas y mira hacia el norte. Parece percibir algo, una presencia que viene desde el Boliche. Pero no veo nada, no hay nadie, sólo la imagen desnuda de la construcción. Acaricio al perro, que se da vuelta, codicioso de más carnada.

—Tranquilo —le digo—. Hoy nos vamos temprano. Tenemos cosas que hacer.

Tres

Por primera vez miré al Boliche con nostalgia. Lo tenía a quinientos metros y desde la orilla parecía flotar en la luz. Era una tarde de cañas quietas, pique nulo, cangrejos

implacables. Los anzuelos salían pelados, lustrosos, con el hilo de atar flameando al viento. Olaf dormía, entibiado por el sol. Sentía, también yo, una tenue somnolencia, un aturdimiento en el que confluían la desolada muerte de Néstor y el beso de Daniela en el patio del hospital, bajo las palmeras de la noche.

La antigua Cabaña del tío Otto apareció entonces, allí mismo, donde ahora está el Boliche del Medio. Apenas una huella, un camino de tablas semioculto en la arena llevaba hasta la entrada. Luego era la sombra, la frescura incrustada en el aire caliente del verano. El hombre alto, flaco, arrugado, aparecía de atrás de unas cortinas viejas. Las botellas frías goteaban en sus manos huesudas. Nosotros respirábamos impregnados de sol, tras el presentido espejismo de manos y miradas, apremiados por un ansia de amor. ¿Amor? Impulso de la sangre entre la emoción y la culpa. Lejos de los padres, lejos de casa. Una aventura a través de los médanos vírgenes, invitación a ir más allá, a un horizonte cargado de sensaciones nuevas, propias y ajenas como un sueño. Después fue la visión de las sudestadas y los saqueos y la cabaña abandonada: unas puntas de madera corroída, ciegas en la intemperie sin fin.

Olaf levantó la cabeza, gruñó, empezó a ladrar con la vista fija en dirección al Boliche. Desde allí, por la pendiente de la playa, alguien venía a paso lento. ¿Había, entonces, un nuevo cuidador? ¿Por qué no salió esta mañana, cuando subí con el jeep? Simultáneamente llegó desde Villa Idaho el fuerte rugido de un motor; un punto oscuro que avanzaba hacia nosotros por la arena firme de la orilla. Me levanté de la reposera y revisé las cañas. Sentí algo, unos toques dudosos. Comprendí que la falta de pesca empezaba a perturbar mi sensibilidad. Estaba en ese borde en el que uno confunde los movimientos del oleaje con la presencia de un pez. Tenía que recordar una de las verdades del pescador: un pique es

auténtico cuando no cabe ninguna duda, el resto es proyección, autoengaño, impaciencia.

Jerónimo Vita se bajó de la camioneta y se acercó.

— ¿Cómo anda, doctor? Le voy a presentar a Baldi Arriola, el nuevo cuidador. También es de Invernadas, como el finado Néstor, pobre viejo, que en paz descanse.

Lo miré y moví apenas la cabeza. Arriola se acercó. Agitado por la caminata, me miró con expresión seria, en silencio.

—A qué venía, don Arriola. ¿A pedirme carnada? —le pregunté, sin mirarlo.

El paisano no contestó. Vita lo hizo por él.

—Le pedí que se acercara a los pescadores. Un poco de control, nomás. Últimamente se ven caras raras.

Arriola se mostró complacido. Hizo un movimiento y Olaf le gruñó. Lo reté. Obediente, fue a echarse al lado de las cañas.

—No estuvo en el entierro —me preguntó Vita. Lo miré sin responder, y fui hacia la caña de variada. El doble tirón: breve el primero y el segundo largo y marcado despejaban toda duda. Volví con una corvina carbonera.

—Lo felicito —exclamó Vita.

—Escuche, amigo —respondí, mientras con el cuchillo cercenaba, desde abajo de la aleta lateral, la cabeza del pez—. Los voy a denunciar. ¿Cuento con su ayuda? Tal vez lo necesite en algún momento. Usted es un tipo importante aquí, conoce muy bien a la gente.

—Bueno, justamente por es como le dije, hasta aquí llegó mi amor, no me voy a meter en problemas por Aguinaga. Cada uno tiene lo que merece.

—Hay una heredera, Vita. Y un pibe.

—La chica es una veleta, nunca le importó lo que pasara con el padre.

—Lo que la chica sea o haya sido, me parece que no entra en discusión. ¿Con qué derecho la podemos juzgar? ¿Usted puede tirar la primera piedra?

—No me venga con sermones, doctor. Me parece que usted cayó en la trampa sentimental.

—¿Trampa? ¿Por qué trampa?

—Quise decir que eso le pasa a los solitarios.

—Cuénteme de estos tipos.

Vita no contestó; me observó mientras yo guardaba la corvina limpia y volvía a encarnar. Hice un buen tiro. Mientras dejaba la caña en su lugar, escuché que le ordenaba a Arriola que volviera al Boliche. El tipo gruñó un saludo y se fue a paso lento, medio ladeado, con pronunciada chuequera, renegando entre dientes. Vita se acercó.

—Escuche Ramos, Néstor y su hermano arreglaron la cuestión. Tendrán sus razones. Cada familia es un mundo. ¿Para qué meterse? No se lo recomiendo.

Las gaviotas chillaron a nuestro alrededor. Me distraje mirándolas. Daban vueltas, volaban en círculo y cada vez con mayor atrevimiento se acercaban a las vísceras de la corvina desparramadas por la orilla. Parecía que se daban aliento mutuamente, que se empujaban

para perder el miedo. La más arriesgada se lanzó al ataque, levantó una tripa y se la llevó por el aire.

—Vaya tranquilo, Vita. Yo no lo voy a molestar.

Cuando el motor dejó de escucharse levanté la caña, cargué todo en el jeep y fui hasta el Boliche. Arriola estaba en la terraza, subido a una pequeña escalera, frotando con un trapo un aplique de luz. Era petiso y morrudo, con panza de vino y años, curtido de intemperie, seco hasta para mirar.

—Dígame Arriola ¿Quedó algo de don Aguinaga aquí? —grité. Arriola bajó a desgano los tres peldaños de la escalerita, se apoyó en el balcón de madera, se encogió de hombros y negó con la cabeza—. Voy a subir.

Largué a Olaf para que husmeara por los alrededores y me lancé escaleras arriba. El viento soplaba fresco del sur, la luz del sol empezaba a inclinarse hacia el oeste y los ventanales que daban al mar se oscurecían. Arriola me cerró el paso.

—Necesita permiso del patrón —dijo con impostada voz de mando.

—Pero amigo, no sea ridículo. Acaba de ver el trato de confianza que el señor Vita tiene conmigo. Nada más voy a dar un vistazo.

—No puedo. Cumplo órdenes.

— ¿El patrón le ordenó que no me dejara pasar?

—Ni a usted ni a nadie, sin su expresa autorización.

Nos paralizó una ráfaga de ladridos, maullidos y corridas que llegaban de abajo. Arriola se apuró a bajar, sobresaltado. Aproveché la confusión para meterme. Atravesé el salón y por la escalera lateral trepé hasta la buhardilla que había servido de habitación a Néstor. Nunca había estado allí, pero el aire de soledad y refugio, las prendas que colgaban de un viejo perchero y el olor a cigarrillo que todavía impregnaba el lugar me recordaron al viejo. Me paré en la única silla y revisé unas cajas apiladas en un armario. Un paquete tenía escrito: Néstor A. (personal). Lo tomé y bajé corriendo. En los fondos del Boliche, el Tosco Arriola amenazaba a Olaf con un palo, mientras el gato, en una defensa desesperada, daba zarpazos al aire. Me apuré a sujetar a mi perro del collar. El tipo escupió una serie de puteadas y subió. Solté a Olaf para que trepara al jeep y rápidamente puse el motor en marcha. Aunque el gato había huido el perro se demoró, atrapado en un resto de excitación. Se demoró lo suficiente como para que Arriola tuviera tiempo de aparecer en el vano de la puerta con una escopeta. Levantó el arma y me apuntó. Lo miré un momento, calculé el peligro. Sabía que hay paisanos cabrones pero no concebía que éste estuviera tan loco como para dispararme. Puse primera y bajé despacio por el borde del médano. Contuve la respiración. Me concentré en escuchar a Olaf ladrando tras las ruedas. Entonces sentí el estruendo, su multiplicación en el espacio y enseguida un aullido ahogado flotando en la violencia de la pólvora. Me estremecí. Supe que iba a encontrarme con una escena impensable. El cuerpo proporcionado, hermoso, de Olaf, se debatía en la arena con espasmos de muerte. Salté del jeep sin poder articular mi furia en palabras. Me abracé al perro, que ya no era el mío, que ya miraba hacia un espacio sin formas. Arriola seguía apuntándome, insensible, desafiante. Arrastré a animal muerto hasta el jeep y me fui, con el deseo de viajar a ninguna parte, de borrar esos últimos momentos.

Lo sepulté en el jardín de casa, bajo las ramas protectoras de una acacia, el lugar que prefería para echarse. Ni bien la primera palada de tierra resonó en el lomo oscuro comencé a sentir su ausencia física, comprendí su gravitación durante los cinco años compartidos, su persistencia de ángel animal atento, sensitivo. Me senté en el patio. Desde la oscuridad me llegó el sonido del viento en las hojas de los álamos como una caricia musical: la agitación de miles de alas de breves pájaros atados, latido íntimo de los árboles.

Mientras me prepara la cena, me acerqué al teléfono, que titilaba incesante. Mensaje de Daniela: *Adiós, Valerio, me hubiera gustado verte. Pero tengo que volver, no puedo darme el lujo de no trabajar.* Lo escuché con ansiedad, y también con alivio. El recuerdo corporal, agradable, del abrazo y del beso perduraba en mí, y me perturbaba. ¿Por qué? ¿Acaso pretendía ser Dios? Él es el único que no necesita de nadie, el único que se basta a sí mismo. Yo no podía y además, no quería ser Dios. Aunque más de una vez, pescando en la soledad de la playa me había sentido completo, autónomo, recortado del resto de la humanidad, una atracción secreta, imperiosa, terminaba empujándome hacia los otros. Impulsivamente la llamé. *Disculpame por no llamar antes... Espero que este mensaje te llegue... Yo también quiero verte, tengo novedades para contarte, muy importantes.*

Enseguida llamé a Rodrigo. Había esperado mi comunicación durante toda la tarde, pero no estaba enojado; estaba excitado, ansioso.

—Al fin llamaste. ¿Así que el viejo palmó?

—Antenoche, en el hospital de Invernadas. ¿Cómo supiste?

—Alguien llamó y dejó un mensaje.

—Y yo estoy de doble luto. Acabo de enterrar a Olaf.

— ¿El ovejero?

—Sí. Un escopetazo.

—Concha de la lora, Valerio. ¿Cómo fue?

—Un paisano cabrón, ahí en el Boliche.

— ¿El que reemplazó a Aguinaga?

—Sí. Me metí a sacar algo del viejo, a pesar de que el tipo tenía orden de no dejar entrar a nadie. Olaf andaba husmeando por ahí, persiguió a un gato, lo acorraló, al escuchar el alboroto el tipo bajó a ver qué pasaba y yo aproveché para meterme. Me amenazó con una escopeta, cuando me estaba yendo le disparó a Olaf.

—Vos también, sos cabezón. ¿Qué carajo tenías que hacer ahí?

—Algo valioso del viejo se iba a pudrir ahí.

—Hay paisanos jodidos, si los agarrás cruzados...

—El hijo de puta me había apuntado a mí.

—Te salvaste de pedo, boludo...

—Me salvó Olafito, pobre.

— ¿El dueño del boliche te habló de la estafa?

—No, sabe pero ni quiere que le mencione el tema.

—Tenemos que hablar personalmente, mañana mismo.

Puse una rama de acacia sobre la tumba de Olaf y me acosté, agotado. Me despertaron ladridos. Recordé nítidamente el sueño: Olaf me seguía por la orilla con su correr vigoroso. Lo iba perdiendo de vista hasta que el punto oscuro desaparecía en el aire iluminado de la playa. Entonces ya estaba pescando y me acompañaba Tarzán, mi primera mascota. Lo veía salir del agua, sacudirse y correr a las gaviotas. Era un cusquito marrón y blanco de pelo duro y cola enroscada. Me lo había regalado el Padre Guillermo Dillon, un cura irlandés que me dejó, junto con el perro, una frase inolvidable: *Hay que dar hasta que duela, porque si no, no diste nada*. Tarzán era, por entonces, su única compañía.

La quietud de la noche era absoluta, pero me parecía intuir, allá afuera, la continuidad de la vida de Olaf. La verdad, la realidad era que yacía tieso en la tierra húmeda, ajeno al aire y a las estrellas. Aparecieron entonces desde un fondo secreto las oraciones de mi infancia: *Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía. Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día*. Súbitamente calmo y aniñado me dormí, pero ya con la claridad del día abrí los ojos y salí al jardín. Había oído, en la puerta, los rasguños del perro pidiéndome que lo dejara entrar. Tuve que hacer un esfuerzo para recordar los hechos del día anterior. La rama de acacia, sin flores, inclinada por el peso del rocío, señalaba la tumba. Me pegó en el rostro el aire fresco de la mañana. El jardín me pareció enorme, deshabitado y silencioso.

La confitería estaba colmada, y flotaba en ella una rutinaria agitación, murmurante y circunspecta. Me ubiqué en una mesa interior, cerca de los baños. Desde allí vería entrar a mi hermano y podía estudiar el ambiente. Me detuve en dos hombres canosos que conversaban con gestos mínimos, lentos. Uno de ellos podría ser el juez Salvatierra, el pez gordo que buscaba. Reforcé esta hipótesis cuando entró Delmonte y se sentó con ellos. Sorbí el té tratando de que no me viera. Prefería el lugar de observador. Sin embargo, la presencia de Rodrigo fue delatora. Era imposible que él pasara inadvertido en aquella sopa de notarios. Se acercó hasta mí saludando aquí y allá. Nos abrazamos.

—¿Qué tal, pescador?

—Ahí ando. Raro volver al club.

—Me imagino. Un club de provincianos.

—Estás agrandado, pendejo.

—No, para nada, lo digo en joda. Somos todos colegas —Nos miramos, sonriendo. Cuánto encierra la mirada de un hermano, pensé. Complicidades, peleas, años compartidos, un espejo donde mirarse—. Estás saludable, Valerio. Reconozco que el aire de mar te hizo muy bien.

—Y vos empezás a tener la cara de destruido que tenía yo...

—Pero no me voy a enfermar, porque me gusta lo que hago. Si lo dejo, me enfermo

—Rodrigo juntó las manos, adoptó un aire formal—. Valerio, maestro: mi consejo es que negociemos con estos muchachos y que la piba reciba algo. Es verdad que la firma es falsa, pero nos vamos a meter en un quilombo al pedo.

— ¿Te parece, che?

—Sí, de corazón te lo digo: un acuerdo rápido es lo mejor.

Miré hacia la mesa de Delmonte. Ya estaba ocupada por otros.

— ¿Cuál es el problema, hermanito? Está todo a nuestro favor.

Noté que Rodrigo se impacientaba. Me corrió un frío por la espalda. Sentí una puntada en el estómago, pero me controlé.

—Estamos en territorio ajeno, Valerio. Ya sabés que somos como los perros, que marcan su espacio con la meada. Y éstos la tienen larga, te lo aseguro. No vale la pena entrar en una guerra para defender a un viejo muerto.

—Ya que mencionás a los muertos, ¿qué pensaría el viejo de esta situación?

—El viejo la tenía clara: ante un enemigo gordo, negociaría.

—También le gustaba ir al frente, no te olvides de eso.

— Si, pero este contexto es distinto. Los tiempos cambiaron.

—Algunos principios no cambian.

—Todo cambia. Vos mismo no eras ningún santo y ahora parecés Ceferino Namuncurá.

—Yo colgué los guantes.

—Vos te borraste, Valerio. Así es fácil, el que pone la caripela soy yo. Te fuiste, te refugiaste en la pesca y de repente, hace unos días, volviste —Apoyó los codos en la mesa y se acercó para decirme con un tono íntimo, impostado—: No quiero que discutamos por este tema, pero si lo manejo yo desde el estudio, quiero seguir mi criterio. No estoy dispuesto a prenderme fuego a lo bonzo por una pelotudez como ésta.

Se levantó, se acomodó el saco y miró alrededor. Después fue hasta el teléfono público. Llamé al mozo, pagué y esperé en la puerta.

—Me voy a pescar —dije, dándole un abrazo.

—Aproveché la vista del mar para pensar, Valerio. Después llamame.

Lo miré alejarse hacia el estacionamiento. Fui hasta mi auto y esperé. Cuando lo vi salir, lo seguí a una distancia prudencial. A las pocas cuadras estacionó. Marqué el lugar y volví a las dos horas. En la siesta, la ciudad estaba desierta y muda y reinaban el asfalto y los árboles. Caminé en la soledad calurosa de la calle, a la sombra de los tilos. Mi hermano había estado en una casona antigua, remodelada, que exhibía una notable chapa de bronce: Estudio Jurídico Dr. Julio Delmonte y asoc. Volví al auto y me alejé despacio, hasta llegar a los límites del damero central de Los Venados, donde empezaba el campo. Giré y recorrí el perímetro de la ciudad. A la altura de la calle San Martín retomé para el centro. En la esquina de Sarmiento detuve el auto y bajé. El local del antiguo estudio Ramos había florecido en luces blancas, estanterías con medicamentos, exhibidores de perfumes. Sobrevivía, solamente, la inscripción en relieve de la fecha de construcción: 1900. Después de casi noventa años en el mismo sitio, el estudio se había trasladado a la Capital de la

Provincia, y se había modernizado de la mano de los jóvenes abogados Rodrigo y Bautista Ramos.

Subí al auto y arranqué rápido, pero un reventón me obligó a frenar. Una de las cubiertas traseras tenía dos miguelitos incrustados. La cambié con esfuerzo, bajo el sol opresivo. A la salida del pueblo me detuve en la gomería de Luis.

—Algún hijo de puta —comentó, mientras observaba los agujeros.

—No es nada. ¿Cómo anda la pesca?

—Para mí, muy bien —dijo, con picardía—. ¿Y en el mar?

—Tranquilo, por ahora. Con este clima inestable se complica. Estaba pensando en probar en La Salada.

—Ni se le ocurra —dijo con autoridad—. Le metieron redes por todas partes, no dejaron ni un pescado.

—¿Entonces? ¿Cómo es eso de que la pesca está bien?

—Está bien para mí, eso fue lo que dije. Para mí, no para cualquiera—. Terminó el trabajo y encendió un cigarrillo. Apoyó la mano sobre el capó del auto, miró la cubierta recién reparada y comentó—: Esto puede ser un mensaje mafioso. ¿En qué anda metido?

— ¿No será una travesura de chicos?

—Acá estas travesuras las hacen los grandes. Yo desconfiaría.

—Don Luis, lo que necesito ahora es una buena pesca. Mi dieta me exige pescado fresco. Y si lo pesco con mis propias manos, usted sabe, tiene otro sabor.

—Por supuesto. Mire, mi consejo es que pesque con los que saben.

—Eso es justamente lo que quiero.

—Entonces sígame.

Guardó rápidamente las herramientas, trabó la puerta, y puso un cartel usado, casi ilegible, con la leyenda: *Cerrado por luto*. Ante mi asombro, dijo:

—Los que me conocen saben que me fui a pescar, los que no me conocen, no se pueden enojar por encontrar cerrado por una causa de fuerza mayor.

Señaló un lugar bajo unos sauces para que estacionara el auto. Cambié zapatos por botas, me calcé el wader que siempre llevaba en el baúl, tomé mi equipo de pesca y subí a la camioneta, que ya estaba en marcha.

—Apure doctor, que no queda mucho tiempo de luz —gritó.

Antes de que cerrara la puerta ya había arrancado. Tuve que agarrarme fuerte para no salir despedido. Iba feliz por la sorpresa: el reventón, con toda su carga negativa, me daba la posibilidad de pescar en un lugar desconocido. A poco de andar por la ruta, tomó un camino secundario y se internó en el campo. El delicioso aroma de la tierra húmeda entró por las ventanillas. Avanzamos por una huella de pastos crecidos y fueron entonces oleadas

de menta, cardo, bosta, flores silvestres, carroña. El paisaje era monótono: un camino recto y angosto, dos líneas de alambrado apenas visible entre los yuyos, y el campo llano, salpicado de árboles y animales. En la primera curva, después de un monte de eucaliptos, Luis detuvo la chata. Yo no veía agua pero él dijo con seguridad:

—Es aquí.

Bajamos, cruzamos el alambrado y caminamos unos doscientos metros hasta la orilla barrota. Sin duda estamos en un brazo de La Salada, pensé, pero evité comentarlo. El bote, atado a una mata de juncos, nos esperaba, mecido por las manos del agua. Cruzados al medio, dos remos descansaban, gastados por el uso y la intemperie. A popa, un ancla oxidada y dos latas de conserva vacías completaban el equipamiento de la precaria embarcación.

—Una leyenda viviente —dijo Luis, señalando al bote—. Igual que el dueño. Remamos hasta situarnos entre las dos orillas. —Brazoladas cortas —dijo—. Acá salen arriba.

Puse la línea de tres boyas de madera balsa con las brazoladas a veinte, treinta y cuarenta centímetros de profundidad. Atendí parcialmente la recomendación de Luis. Aunque vi que sus brazoladas no superaban los veinte centímetros, no quería jugarme entero a una distancia. Así, probaba en cuál de las tres se daba el pique. Luis tenía un equipo muy baqueteado. Yo, mi reel de cien dólares, con tanza nueva, caña de grafito de cuatro metros. Pero él pescó primero y más que yo. Volvía a demostrarse que el conocimiento del lugar otorga un saber que no lo dan ni la tecnología, ni todas las teorías que uno conozca. El que juega de local adquiere una integración al medio que el foráneo desconoce y que se aprende por la piel, el oído, la vista, el olfato, la acumulación de éxitos y fracasos. Sacó dos

pejerreyes de buen tamaño. Yo esperaba en vano. Me distraje, miré alrededor. Dos vacas nos observaban impasibles; unas garzas rosadas comían en la orilla; una familia de patos circulaba sin ruido cerca del bote. Sentí la línea: la primera boya había desaparecido y el borbollón marcaba una corrida lateral. Aflojé la caña unos segundos y clavé con firmeza. El hilo se tensó y la mitad de la línea quedó sumergida. La flecha de plata salió a flor de agua y corrió de costado, después se hundió y volvió a salir cerca del bote, ladeada y sin fuerza. Era un matungo de un kilo.

— ¡Por fin! Este pejerrey compensa los malos momentos que tuve hoy. Le agradezco la invitación.

—Para mí es un honor. Aquí me trajo una vuelta su padre, hace muchos años. Me divertía con él, aunque no era buen pescador.

—No, que yo sepa. Nunca lo vi pescar. ¿Y él tenía acceso a este campo?

—Sí, por él conocí a los dueños. Después entré en confianza y me dieron permiso.

—Habrán sido clientes del estudio.

—No sé, nunca me contó. Pero le estoy agradecido de por vida. En este mismo campo, entrando del otro lado, hay un par de lagunas más chicas que ésta, donde salen lisas. Vamos a ir algún día.

—Para pescar, nada mejor que el campo. Eso dice Leo.

—Leo es de los míos. Con Leo, ahí donde le digo, hemos sacado lisas de cinco kilos. Una locura. Y un poco más allá, hacia la zona de Dorrego, salen las tarariras más grandes.

—De ésas hay en todas partes. Son una plaga.

—No, hijo, yo hablo de grandes de verdad. Ese es un lugar diferente, es la zona donde llueven sapitos. ¿Conoce?

—No sé de qué me habla, maestro.

—Le explico: al llegar al próximo cruce, hay que pasar una tranquera, medio escondida, y andar unos cien metros. Se ve una huella que sale a la derecha, bordeando el arroyo Ruvituso. Es un recorrido bonito pero complicado, porque hay partes en que la huella se pierde. No hay que desesperarse, hay que mantenerse siempre al costado del agua y perseverar. Vale la pena el esfuerzo. Se llega, después de una legua más o menos, a la Laguna de Alvarez. Un ojo de agua no muy grande, pero profundo. Bueno, la bordea, enterita, hasta llegar a los charcos que le digo. Se ven unas orillas de junco, con una islita en el medio que los paisanos llaman Buenaventura. Ahí es donde llueven unos sapos tan chiquitos que se confunden con las gotas de agua. Todos los años, sin falta, en diciembre, llueven. Por eso hay muchas tarariras. Y no le quiero mentir, pero hemos sacado algunas de ocho kilos.

— ¿Tan grandes?

— ¿No me cree?

—Le creo, cómo no le voy a creer. Si les cae la comida del cielo.

—Así es, doctor. Cosa de locos.

Salimos a tuestas. El sol había desaparecido detrás de los pastos lejanos. Nos acomodamos en la chata. Luis sacó un cigarrillo.

— ¿Qué lo trajo de vuelta por aquí, Ramos?

—Un caso.

— ¿Pero usted no se había retirado?

—Sí, pero volví. Por esta única vez.

—Le reventaron una goma. No es una linda bienvenida.

Levanté mi bolsa con pejerreyes. Había unos veinte, todos grandes.

— ¿Podemos volver una tarde de éstas?

—Por ahora no. No puedo cerrar a cada rato. Aquí no muere mucha gente.

Sonrió y me palmeó la cabeza, afectuoso.

Recién había caído el sol, de modo que mis pasos tanteaban el sendero que zigzagueaba entre los tamariscos. Era el extremo norte de la ciudad y allí había una zona de transición entre las calles y los médanos vivos que cerca del mar tomaba la forma de dunas de baja altura y espesos matorrales. Allí el frío apretaba de golpe al oscurecer pero yo mantenía el buzo sobre la espalda, porque ya me agitaba y acaloraba el andar pesado sobre la arena blanda. Iba lleno de inquietud, incómodo. Daniela me saludó agitando los brazos y corrió hacia mí. El aire salino, uniforme y húmedo, cargado del ruido del oleaje tan próximo, se

disipó con el abrazo, el contacto de su cuerpo en el mío, la vibración, el aliento. Torpemente la abracé, y ella apuró el beso, que sentí salado y sabroso... No se detuvo, sino que siguió besándome con una pasión que me halagaba y me descolocaba... Fue tal el arrebató que disfruté la delicia de su boca, que fue adquiriendo un sabor más dulce, y fue creciendo en calor, pero mi cuerpo, de los brazos para abajo, estaba inerte.

—Hermoso, Daniela, pero yo no estoy en sintonía con el amor, disculpame.

—Tranquilo, sos tal rico, no te preocupes. Guardemos este momento para siempre.

—Es común que arruine estos momentos...

Se puso de pie, se ajustó el vaquero gastado, se acomodó el pelo y me extendió la mano.

—Vení, seguime.

Sin aferrarme a ella, me levanté de un salto, ágil, con fuerza juvenil. Y entonces nos dimos la mano y avanzamos por una huella que zigzagueaba entre acacias, hasta que la oscuridad fue completa. En el silencio podíamos oír el leve crujir de las ramas y el roce de las hojas. Una luz tenue reveló el final del recorrido, y al salir nos topamos con una cabaña de madera, pequeña, sencilla y rodeada de un jardín muy cuidado. Daniela buscó la llave en el hueco de una maceta y entramos. Sirvió té y gentilmente trajo galletitas de agua con queso magro... Me guió un ojo, cómplice.

—Me siento tan a gusto con vos —dijo.

—Pero yo no te doy nada, en realidad... te traigo complicaciones, como denunciar a quienes quieren estafarte...

—Vos sos un solitario, pero no sé si conocés la soledad, como la conozco yo... A los trece me quedé sola, o sea, prácticamente sola. Mis viejos hacía dos años que se habían separado, mi mamá andaba con otro tipo. No me lo había dicho, pero yo lo sabía, me daba cuenta. Ella soñaba con otra vida, una vida que mi viejo no podía darle, y yo empecé a ser un estorbo. Muchas veces me quedaba sola en casa, y ella no volvía a dormir. Así que empecé a salir yo también, a veces con amigas, a veces sola. Y estuve mucho en la calle... no fue una linda experiencia, pero lo bueno es que apareció Martín, como de regalo, viste. Un día pum, el bombo... y eso tan irreal y loco, ese instante, se convierte en un hijo, un ser viviente, algo para toda la vida. Para mí, ahora, un regalo de Dios. Es la luz de mis ojos. Mi vida pasa por él, es lo único que me interesa: trabajo por él, peleo por él, sigo adelante por él. Con mi vieja, poco a poco, fue surgiendo otra cosa, en parte por el nene. *Me hiciste abuela*, me decía, y esto la hacía feliz. Empezamos a vernos un poco más. A su nueva pareja no lo conocí nunca, ella no quería meterlo en la familia. Era como si no quisiera contaminarlo. Se la veía contenta. ¿Qué derecho tenía yo a arruinar su felicidad? Así que me la banqué sola, y me la sigo bancando.

—Sos fuerte.

—Parezco fuerte —dijo, y se aferró a mí—. Me gustaría quedarme aquí, hacerme chiquitita.

—Bueno, vamos a algo poco romántico: tenemos que hacer la denuncia, es un crimen que pierdas ese campo.

—Si es por mí, dejamos todo como está.

— ¿Por qué? Tenés todo el derecho.

—Tu hermano vino a verme.

—¿Mi hermano?

—Sí, José. Me contó que están a cargo de la causa, y que me iban a mantener informada. Le dije que no me interesaba, que hablaran con vos.

—¿Qué dijo?

—Que con vos está todo bien, que vos les pediste que intervinieran.

—Sí, es verdad.

—No me gusta nada todo esto, Valerio. Prefiero que las cosas queden así.

—Daniela, esta es una herencia que te pertenece, y además no es tuya sola, ahora también es de tu hijo. Es tu derecho, tu oportunidad.

—Nunca conté con mi viejo, no tengo por qué contar con él ahora.

—Para él vos eras lo más importante. Quería recuperar tu amor. En serio te lo digo.

Me miró con expresión fría. Empezó a caminar hacia la cabaña. La seguí.

—Escuchame, Daniela.

—Vos no sabés, Valerio. No sabés, no podés sentir por mí, no podés estar en mi piel. No digas nada.

La abracé, me apartó y siguió caminando hacia la cabaña, hasta que se dio vuelta y corrió hacia mí.

—Perdoname —me dijo entre sollozos—. Pero tengo miedo, necesito pensar, ordenarme, esperará a que yo te llame.

—Bueno, tranquila. Nos podemos tomar el tiempo que haga falta.

—Pero ¿me vas a extrañar?

—No sé, ya ves que yo soy un pescador solitario.

—Y un desconocido. No me contaste nada de tu vida.

—No es muy interesante.

—Eso dicen los que no quieren hablar...

Bajé a la playa y caminé hacia el centro. Subí a la ciudad y caminé hasta mi casa. Un tenue bienestar recorría mi estómago, sensación casi nueva, recuerdo de lejanos años de salud. Llamé a Rodrigo. Contuve la bronca. Lo dejé hablar primero.

—Te estuve buscando. ¿Dónde te habías metido? —preguntó, con calculado enojo.

—Lo de siempre. Pesca, tranquilidad.

—¿Pensaste qué vas a hacer?

—Nada, por ahora. Me quedo en el molde.

— ¿En qué sentido?

—Literalmente. No voy a hacer nada.

—Muy bien. No es sensato enfrentar a esos tipos.

—Y esos tipos, ¿Qué dicen?

—No sé. ¿Por qué tendría que saber?

—Porque estuviste con ellos, en el estudio de Delmonte.

Sintió el impacto. Por cinco segundos se quedó mudo, lo cual era insólito en él, una señal de inseguridad y desconcierto.

— ¿Qué pensás, boludo? —reaccionó.

—No pienso nada, te vi ahí.

—Son colegas, che. Fui a tantearlos. Además, no me quedo tranquilo. Me preocupa que estés en la mira de esta gente.

—Ya te dije que me quedo quieto.

—Es lo mejor que podés hacer. Seguí con la pesca y dejá este capricho pelotudo —se hizo un silencio. Esperé, antes de despedirme—. No te olvides de los pejerreyes. Me los debés.

—Sí, los honorarios. Y vos me debés el libro de ajedrez, el de la firma.

Silencio. No recuerdo quién de los dos colgó primero. Desde el living, miré por la ventana el jeep azul. Las cañas sobresalían del techo de fibra, y un par de anzuelos colgaban, con las carnadas endurecidas. Me asombré de mí mismo, porque nunca dejaba los equipos sin

desarmar y limpiar, prolijamente. Pero ahora no quería hacerlo, ni soportaba la idea de quedarme solo en casa. Pensé en Pablo. Comí la última porción de tarta de zapallitos que guardaba en la heladera y salí para Nuevo Edén. Minutos después caminaba despacio, con una sorprendente sensación de tranquilidad, por veredas anchas, custodiadas por hileras de enormes eucaliptos. El colchón de hojas rotas, rígidas y secas crujía bajo mis pies, mientras avanzaba hacia el cerco de grategus estallado de frutos rojos. Entré como siempre, sin anunciarme. Lo encontré en el cuartito en el que se refugiaba la mayor parte del tiempo. Abundaban las cañas de pescar y, colgadas de una de las paredes, las líneas de pejerrey de boyas coloridas. Pablo estaba cargando la caja de pesca.

—Tengo novedades —dije.

Me miró, alarmado, pero siguió preparando los equipos. La muerte de Olaf lo había afectado también a él, y cualquier anuncio lo preocupaba.

—Pará, pará —dijo, molesto—. No me desconcentres. Vamos ya mismo al mar, que está la marea alta. Después me contás.

Me prestó una caña telescópica de cuatro metros, un reel frontal mediano, una línea de tres boyas con un puntero mandale. Yo conocía esta clase de punteros, pero nunca los había usado. Tienen una ranura para enrollar el chicote de la plomada. Cuando lanzamos, al tocar el agua el chicote se libera y el plomo cae a fondo. Las boyas flotan sin que la correntada o el viento las arrastren. Pablo tenía razón: estaba ideal para la pesca del pejerrey, porque el viento de tierra apaciguaba el oleaje. Hacia el norte de Nuevo Edén, cerca del Faro de los Cangrejos, Pablo había marcado una extensa canaleta que con marea alta llegaba a dos metros de profundidad. Allí nos detuvimos, a media mañana. La luz del sol resplandecía

sobre el agua plumiza. Las boyas color naranja eran perfectamente visibles. Las tenía frente a mí, alineadas, cabalgando sobre las ondas, y esperaba, paciente e inquieto, que alguna de las tres se hundiera y se desplazara de costado. Ese es el modo habitual del pique de pejerrey, pero a veces es un toque mínimo, o un desplazamiento apenas perceptible. Se trata, siempre, de un efecto visual. Requiere buena vista, concentración, sobre todo experiencia para saber entender lo que indican los movimientos. Allí abajo el pez se acerca a la carnada y la toma. En el momento preciso el pescador tira de la caña y clava el anzuelo. Parece simple pero es un arte complejo, aunque ese día pescaba cualquiera porque el pique abundaba; quiero decir que era fácil pescar: los pejerreyes comían con voracidad y si uno no los clavaba a tiempo, se tragaban el anzuelo hasta las tripas.

Cuando volvimos limpiamos los pejerreyes, los fileteamos y separamos algunos para la cena. Pablo colocó el resto en bandejas, con cuatro filetes en cada una, los envolvió con nylon y los guardó en el freezer. Después fuimos hasta la casa. Estaba oscura y silenciosa. Había algo denso en esa quietud, una vibración triste. Pablo preparó mate y se olvidó del té para mí. Me inquietó este detalle, porque era un anfitrión cuidadoso. Acepté los mates de buena gana, porque mi estómago me enviaba señales de salud. Si no abusaba no me iban a caer mal.

— ¿Úrsula?

—En Alemania, con Karen —respondió secamente—. Después viaja a Estados Unidos para ver a Dante, y vuelve. Dos meses en total —Me extendió una galleta casera, me miró expectante—. A ver, doctor, cuáles son las novedades.

—Estuve con mi hermano. Me planteó que quiere negociar con Delmonte y su banda. Ya estuvo reunido con ellos.

Pablo tomó la pava y cebó, dejando caer un hilito de agua, parejo y humeante, desde una altura exagerada, ridícula.

—¿Qué mirás? ¿Nunca aprendiste a cebar mate?

—Sí, pero lo tuyo es acrobacia.

—El agua tiene que caer pareja, y en el borde de la bombilla. Así evitás que se lave la yerba enseguida. Tomá, tomá y aprendé.

Sorbí. La verdad es que estaba buenísimo.

—Bastante bien —dije.

—Escuchame, Valerio, que dos abogados se reúnan no es nada raro. Yo creo que tu hermano, después de la primera reacción, lo pensó mejor. Olvidate de todo. El viejo ya está muerto.

—Ya sé que está muerto, pero ¿sabés que pasa? Una cosa es abandonar la profesión y otra mirar para otro lado ante algo tan evidente.

—Hijo de puta, no te resignás. Como cuando eras pendejo, querés ser un héroe a toda costa. Hay delitos evidentes por todas partes, no me jodas.

—Pero no todas se te cruzan en el camino... Además, está la chica.

— ¿Te importa tanto la chica?

—Es la primera vez que siento algo parecido a lo que sentía por Laura. Mirá que pasaron veinte años...

Pablo se levantó de golpe, salió al patio, y se perdió de vista camino al laboratorio. Volvió enseguida, con una linterna en la mano, y me indicó que lo siguiera. Subimos por una escalera caracol que salía del living y daba a una buhardilla. En uno de los ángulos, simulada en la pared de madera, una puerta conducía a un depósito. Era un espacio ordenado, pulcro. Había que agacharse, y en esa posición, acceder a dos estanterías empotradas. Los lomos de unas carpetas indicaban fechas, períodos semestrales o anuales. Pablo sacó una.

—Son archivos de mi suegro —dijo, mientras pasaba hojas escritas a mano o a máquina, algunas fotografías y recortes de diarios—. Hay una carpeta completa dedicada al cisma, con documentos, cartas entre pioneros italianos y alemanes, notas de puño y letra del fundador, otras de mi suegro. Y, oh milagro, entre todo esto aparecieron unos papeles muy interesantes. Me alcanzó una carpeta negra, alta y angosta.

—Fijate. El campo de la viuda de Arzábal, hace doce años. Maniobra de Delmonte y Salvatierra, con un sobrino de la vieja. Ahí está la estancia Las Moras, la que termina en el paraje Tío Domingo. Acá tenés otro, de esa misma época: un campo más chico, del loco Getthe, que vivía solo y no dejó herederos. Apareció un supuesto pariente lejano, un invento. Otra vez Delmonte, Salvatierra y el finado Aystán.

Tomé la carpeta y revisé las hojas. No eran, en realidad, documentos, sino escritos informales.

—Qué bueno, Pablo, que te hayas preocupado. Me sorprendiste.

—Soy casi un ser humano, después de todo.

—Te agradezco, en serio. Ahora bien, con los años que tienen estos papeles, ya no van a servir.

Pablo se ofuscó. Me sacó la carpeta, volvió a ponerla en su sitio. Me miró, irritado.

—Escuchame. ¿Qué carajo estás esperando, que yo te ayude a pelear contra esta mafia de cuarta, y ponga en riesgo mi nombre, el de mi familia, que me maten a los perros a mí también, por un viejo choto, por una mina que recién conocés?

—Escuchame vos, pelotudo. No te pedí nada. Hacé de cuenta que nunca hablamos del tema.

—Salgamos de aquí —dijo, perturbado, con voz temblorosa. Bajamos al comedor. Al pasar por el living, sobre la mesa, pude ver las fotos familiares, de muchos años atrás. Nos sentamos y Pablo me sirvió un té—. Disculpame.

—No pasa nada.

—No estaba en mis planes jugar al poliladron —dijo, y sonrió.

—Te estoy invitando a pescar tiburones grandes —dije.

—Claro, qué linda propuesta. Así nos hundimos juntos. Mirá que no estamos en el mar.

—Ya estoy jugado.

—No va a resultar fácil. Sin tus hermanos, menos.

Pablo se quedó unos momentos en silencio, reflexionando.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Escuchame: vos no estuviste por mucho tiempo en el pueblo, pero yo sí; yo conozco a estos tipos. Quiero que me escuches bien, aunque no te voy a decir nada nuevo. Mis abuelos son pioneros de Villa Idaho, mis viejos nacieron aquí, yo nací aquí, mi suegro fue uno de los fundadores de Nuevo Edén, estuvo en todas las comisiones de todas las instituciones, fue intendente de facto, intendente democrático, trató con los milicos, con los peronistas, con los radicales. Yo sé lo que pasó y lo que pasa en esta zona. Yo sé en la que te estás metiendo.

—Entonces.

—Entonces, cabeza dura, quiero que, antes de tirarte a la pileta, me dejes hacer algo. Y que me prometas que si salís de ésta, o mejor dicho, si salimos de ésta, cuelgues de verdad el título que tenés. ¿Okey?

—No puedo, Pablito, meterte en esto a ciegas. Soy el abogado, tengo que saber qué vas a hacer.

—¿Desconfiás?

—No, pongo las manos en el fuego por vos, pero tenemos que trabajar con un plan coherente.

—Está bien, pensemos un poco. Pero ahora vamos a darle a los pejerreyes. Y nada de mariconear: filetes al disco, con roquefort. Si vos querés ponele yogurt, pero te quiero ver tomando al menos una copa de chablis.

Comimos en el quincho. De los doce filetes, Pablo se hizo cargo de ocho. Yo disimulé ingerir el roquefort, pero lo fui raleando del plato. Lo mismo con el vino: tomé unos sorbos nomás, y le dejé el resto a él. Luego nos tiramos en las reposeras. El cielo estaba limpio, sin luna, abundante de estrellas.

—Extrañaba este cielo. No sabés cuánto.

—Yo extraño otra cosa, Valerio: la vida que ya no tengo —Ver a un tipo duro fisurado es una experiencia perturbadora. Sentí que Pablo era mi amigo, el de siempre, pero también un desconocido—. Ursula, en realidad, está muy poco aquí. Se convirtió en una madre itinerante. Cuando no está en la casa de Karen, está con Dante. Yo, salvo alguna ocasión especial, no me muevo de aquí. ¿Quién se ocupa, sino, de todo esto? Departamentos, casas, todo a mi cargo. Además yo creo que cuando los hijos se van, la vida no termina, la pareja tampoco... Pero ella no puede, parece que no le alcanzo —Se levantó y trajo whisky. Me sirvió. Me mojé los labios, dejé el vaso en la mesa. Pablo sorbió, largó un suspiro de satisfacción. Se levantó, se acercó hasta quedar al lado mío—. Bueno, Valerio. No hablo más. Ya me fui al carajo.

—No seas boludo, Pablo. ¿Para qué están los amigos?

—Lo que pasa es que ésta es mi hora jodida... —Se sirvió otro whisky, lo sorbió de un trago—. No hay dudas de que Daniela se parece a Laura. ¿Te diste cuenta ahora?

— ¿Qué decís? Yo dije que era la primera vez que sentía por una mujer algo parecido a lo me pasaba con Laura, no dije que se parecen...

—Te digo que sí. Se parecen físicamente. Ahora no tanto, pero hace algunos años, cuando Daniela era más joven, se parecían mucho... Pero vamos al punto, amigo: lo que propongo es muy simple. Mi suegro cuando era intendente de los milicos, ocultó unos cadáveres que aparecieron aquí en la playa. Para dejar la cosa ordenada, le hizo firmar al médico policial de entonces, y a Salvatierra, que era un juez joven y ambicioso, para enterrarlos como NN y no investigar el caso ni difundirlo. Quedaron como supuestos náufragos de algún barco extranjero o cualquier otra fantasía. Yo creo que si lo apretamos con revelar esto, el juez recula de aquí a la China.

—Pero tu suegro estaba involucrado. ¿Qué pasa si la cuestión sale a la luz?

—Mi suegro está muerto.

—Pero su memoria no, ni el nombre de su familia, que también es la tuya.

—Bueno, eso es problema mío.

—Mirá, vamos a unificar la estrategia. Por ahora, quedate en el molde, porque me parece que no hay que apretar a nadie, no hay que sacar los pies del plato de la ley. Tengo elementos para hacer una denuncia penal, me falta husmear un poco más, y sobre todo, tengo que ver dónde denuncio, quién es el fiscal, un par de cuestiones de forma. A mi hermano, a Vita, a quien sea, les digo que me voy a quedar en el molde, porque ya no confío en ellos. Así que dejame hacer y de acuerdo a los resultados, analizamos alternativas. ¿Estamos?

Cuando volví a casa busqué el paquete de Néstor y corté el hilo sisal reseco y polvoriento. Era una caja negra de cartón, envuelta en páginas del viejo periódico El Heraldito. Encontré un atado de fotos. En la primera, Néstor y su esposa, de pie frente al altar, recibían la bendición del cura. Ella, de rasgos finos y piel muy blanca. Él, con la misma expresión profunda, melancólica y vivaz que tenía de viejo. En otras imágenes aparecía con Daniela, siempre una sonrisa completa, sin fisuras, que le iluminaba el rostro. Luego había fotos sueltas: lotes sembrados de trigo, girasol, maíz, peones a caballo, un casco de estancia de construcción sencilla, sin ornamentos, un parque con canchales de flores y un cerco de siempre verdes prolijamente cortado. Aparte, en un sobre grande, atado con una cinta, Néstor guardaba una serie de dibujos infantiles, firmados con un garabato que significaba “Daniela”. Encontré también recortes del diario de Invernadas, con crónicas de competencias de ajedrez. Néstor figuraba en los primeros puestos. Me detuve en un recuadro titulado “*Un arma letal*”, en el que destacaban que Aguinaga era “*un especialista en gambitos*”. En esa misma página, había una foto grande. Néstor había ganado un torneo y estaba recibiendo el trofeo de manos del Intendente, junto a otras tres personas. No las nombraba el epígrafe, pero una de ellas era mi padre. Busqué su nombre en la nota, tampoco aparecía. Quién sabe qué función estaba cumpliendo entonces. Tal vez integraba alguna comisión, no sé. Pero la imagen resonó en mi memoria y me remitió a escenas

borrosas, de pronto nítidas, como retazos de viejas películas. Néstor y mi padre aparecían confusamente en ellas. Eran momentos, cruces en el frente del estudio o en las oficinas. Busqué entre los recortes y las fotos algún indicio de esta relación pero no lo encontré. Ajedrez y familia, familia y ajedrez, eso era todo. Sin embargo, en el fondo de la caja, envuelto en una bolsa de nylon, descubrí una carpeta con el rótulo: “*Expediente Filiación Néstor Aguinaga. Estudio Jurídico Ramos*”. Un único folio indicaba que se declaraba a Néstor Aguinaga hijo legítimo de don José María Aguinaga, nacido en el Paraje Tío Domingo el 20 de febrero de 1891, y doña Luisa Guidice, nacida en Invernadas el 16 de marzo de 1910. Y ahí estaba: una firma completa, prolija, impecable, auténtica, del padre de Néstor. Guardé todo en la caja, y fui a la cocina. Entonces, como una oleada en la sangre, me llegó el recuerdo de Daniela. Me sentí súbitamente fuerte y saludable. Envuelto en un entusiasmo vital cumplí los ritos cotidianos, acomodé tres filetes de pejerrey en la asadera y guardé el resto en el congelador. Al agacharme para encender el horno me fijé en las baldosas descoloridas del piso, que vagamente conservaban sus dibujos geométricos. Aunque hacía meses que caminaba por ellas todos los días, fue como descubrirlas tal como las veía en mi infancia, cuando me levantaba para ir al colegio. Ya entonces me subyugaba el enigma de estas figuras que se combinan formando vórtices profundos, a partir de los cuales las líneas salen otra vez hacia los bordes para volver a combinarse en una secuencia que parece infinita. Era un leve vértigo cotidiano, especialmente a esa hora, con todo el sueño encima.

Recordé la mañana que vi por primera vez al padre Dillon sentado en el comedor. Estaba tan concentrado que no me escuchó entrar haciendo equilibrio con la taza de café con leche en mis manos. Pude observar por unos momentos el pelo rojizo revuelto alrededor de un

círculo de calvicie, el libro en la mano temblorosa, la taza de té subiendo y bajando hacia los labios. Cuando se dio vuelta, arrugó la nariz y miró por encima de los anteojos mal montados. Se turbó, y con exceso de amabilidad, torpemente, se levantó para presentarse. *Padre Guillermo, amigo de la casa.* Mi madre le había dado una llave para que pudiera entrar y salir a gusto y el cura empezó a usar esa invitación cuando volvía de algún viaje. En lugar de caminar veinte cuadras hasta la parroquia, pasaba por nuestra casa, lavaba primero la cocina y preparaba una tetera hasta el tope, que luego vaciaba deleitosamente. Para saludarlo, apoyé la taza de café con leche sobre la mesa. Yo estaba re dormido, preparándome para el martirio cotidiano de la escuela, pero respondí con amabilidad sus dos o tres preguntas.

Enseguida se levantó mi madre y le reprochó que hubiera limpiado los platos. Guillermo balbuceó algo y la saludó con un beso en la mejilla y le preguntó enseguida por papá, que ya para entonces estaba delicado y andaba en silla de ruedas. El cura y mi viejo eran buenos amigos, pero a papá no le gustaban los curas: *no es bueno que el hombre esté solo*, decía. Mi madre me contó una vez que le impresionaba el modo de besar del cura, *ni siquiera sabe dar un beso en la mejilla, de tan torpe*, decía. Y enseguida, resignada: *Los caminos de Dios son insondables, de todos modos y si la iglesia no admite que los curas se casen, por algo será.* En esto era ortodoxa pero la experiencia concreta con este hombre demostraba un desamparo por momentos cruel. Su compañía más constante era Tarzán, un perrito de porte valiente que lo acompañaba a todas partes. Ya desde bien temprano, antes de que amaneciera, iban juntos hasta la orilla del mar. Cuando el sol salía sobre el horizonte encontraba al cura rezando, de rodillas en la arena, como ante su dios repentinamente convertido en agua. La intemperie daba otras sensaciones que no se podían percibir en el

interior de la iglesia y en especial en esos momentos en que algo nacía y algo moría. Yo conocía ese tránsito en que la oscuridad se retiraba ante el paulatino avance de la luz. Además del perrito, esto fue lo que más me ligó al cura: que rezara frente al mar, al amanecer. Aunque no sabía qué sentía ni con qué palabras oraba, de algún modo lo comprendía, me sentía como él. Para mí eran sensaciones sin palabras, sin rezos. Ese verano salíamos con mi tío con los equipos de pesca y caminábamos por la orilla hacia las playas solitarias del norte. Teníamos calculada la relación tiempo—espacio. La caminata empezaba en plena oscuridad y marchábamos callados, en parte porque recién nos habíamos levantado y perduraba el sabor del sueño, en parte porque todo lo que sucedía alrededor merecía nuestro silencio. Tal vez era nuestro modo de rezar. Cuando el sol terminaba de salir nos deteníamos y preparábamos las cañas para iniciar la pesca. Confieso que sentía una emoción sublime cuando veía la arena sembrada de almejas. Me parecía recibir entonces las riquezas del mar con tal generosidad, que ni siquiera requería de parte nuestra un arte de pesca, porque no podría llamarse arte levantarlas del suelo o a lo sumo meter la mano en la arena unos pocos centímetros para capturarlas.

El cura empezó a venir a casa acompañado por el perro. Poco tiempo después Tarzán demostró que él también quería calor de hogar, y cuando el cura se iba tardaba en acompañarlo, lo seguía cada vez con mayor desgano. A mí me gustaba esa disposición hacia nosotros y en particular hacia mí, porque mientras los mayores charlaban me lo llevaba y disfrutaba de ese poder que te hacen sentir los perros. Lo llamaba y venía, se dejaba acariciar, corría conmigo. Con él descubrí el gusto por explorar la zona de médanos que se extendía hacia Nuevo Edén como un desierto junto al mar. La ciudad quedaba olvidada y podíamos encontrar raros tesoros. El perro siguió yéndose con el cura hasta que

un día, mientras tomábamos el té todos juntos, le pedí que me lo regalara. No me contestó enseguida porque mi madre interpuso una protesta vehemente por mi atrevimiento, pero él se quedó rumiando algo en su alma de sacerdote. Yo me callé la boca y esperé. Tenía la certeza de que la bondad de Guillermo Dillon o sus obligaciones espirituales iban a decidir a mi favor. Pocos días después se fue sin llamar a Tarzán y el perrito se quedó desde entonces conmigo.

Cuando me fui esa mañana a la escuela dejé a mi madre con el cura. Ella protestó otra vez porque él había lavado los platos, pero era una protesta formal; en realidad no le molestaba que el cura expresara de ese modo su humildad, su respeto, su agradecimiento. Noté que ella lo trataba con amabilidad y cierta melancolía, como si estuviera frente a otro hijo más grande, y debiera amarlo y atenderlo a su pesar o con un sentimiento complejo de gusto y obligación. En cambio el cura expresaba una vibración de felicidad evidente. Mi madre era entonces una mujer joven y vital, y estar con ella sería para Guillermo una fiesta, no del todo propia, pero más dulce que sus horas solitarias. Busqué mis útiles y atravesé la cocina que ya estaba iluminada por la luz que entraba por la ventana. La pileta estaba limpia, el escurridor repleto de platos y cubiertos, el trapo de rejilla abierto y colgado de la canilla como nunca nadie lo dejaba en mi casa. Ahora la mesada, las canillas, la cocina, la heladera, los muebles son otros. Quedó solamente el piso de baldosas, saturado de pisadas, con sus líneas gastadas por el tiempo. Acomodé la asadera, prendí el horno y me senté a esperar que el fuego hiciera su trabajo.

Cuatro

Esa noche rescaté, del estante más alto del placard, la caja donde guardaba mis últimos poemas, reunidos en un cuaderno de tapa dura. Leí y escuché mi voz, aquella voz, y no me resultó la de un desconocido. Reconstruí cada poema como si estuviera viviendo otra vez el momento en que los había escrito, los reviví uno por uno con emoción creciente, palpé los versos como si fueran mis manos, mis piernas, el pelo de mi cuerpo, mi boca, mis ojos. Sentí un agradecimiento general, a todo, a nada, a la vida misma... Por la ventana abierta llegaba la brisa del mar, lenta y fría, con un rumor de voces apenas audible, empujada por la rompiente de olas. Recordé a mi viejo, lo vi nítidamente en las escenas de mi memoria, en una sucesión de imágenes mudas que circulaban de la playa a la casa, del auto a la oficina, de un almuerzo familiar a los juegos en el jardín. Esa noche volvía también él, de la mano ausente y misteriosa de Néstor Aguinaga. ¿Por qué el viejo me ocultó su relación con mi padre? ¿Sabía, cuando lo encontré aquella vez en la playa, que yo era el hijo de Ricardo Ramos, y fingió no conocerme? ¿Me dejó comer la carnada, hábilmente, o entregó una pieza, como en los gambitos, para desplegar su estrategia?

Me levanté casi al mediodía y caminé hasta el centro. Algunos pinos arrogantes, duros, permanecían indiferentes al otoño, y contrastaban con los celestiales álamos que empezaban a perder las hojas. El sol, alto en el cielo despejado, era una caricia olorosa. En la puerta de "*La Balandra*" me sorprendió Jerónimo Vita.

—Lo estaba esperando —dijo con voz grave.

Una buena señal, pensé. Me interesaba hablar con él, y él había venido a mí. Simulé estar molesto, incómodo por el encuentro.

— ¿Cómo supo que venía a este lugar?

—Los sábados le preparan filetes de lenguado —dijo, con forzada simpatía—. En el pueblo estas cosas se saben.

—Eso lo saben los chismosos.

—Mire, doctor. Vine para presentarle mis disculpas por el accidente con su perro.

—No fue un accidente.

—No, sí, ya sé... Le quiero informar que el señor Arriola ya fue despedido.

—Me podría haber matado a mí.

—Es verdad que tenía una orden y se extralimitó. Usted sabe cómo son estos gauchos. Es muy difícil en este país encontrar gente idónea para trabajar.

—La cuestión es que mi perro está bajo tierra.

—Lamentablemente. Le pido disculpas otra vez. Pero además quiero ofrecerle un cachorro. Un dogo de cuarenta y cinco días. Una joyita. Me lo acaban de traer del campo.

—No, por ahora no. Prefiero esperar un tiempo.

—No se va a arrepentir. Es de pura raza.

—Ahora estoy complicado para un cachorro.

—Doctor, por lo menos acepte una invitación a almorzar.

Respiré hondo y recordé que tenía una estrategia, que había vuelto a ser un profesional.

Sonreí, amable.

—Bueno, después de todo, estas cosas suceden. Yo sé que usted no es el culpable.

—No, imagínese, para nosotros también fue un disgusto.

Mientras comíamos, cuando llegó el momento oportuno, le dije:

—Quiero darle una noticia importante: me voy a apartar de la causa de Néstor Aguinaga.

Vita sonrió, complacido.

—Lo felicito. Veo que analizó la situación con la cabeza fría. A mí también me da pena el viejo Néstor, pero ya está, qué se le va a hacer.

—Los muertos están muertos.

—Esa es la pura verdad. Yo creo que, al final, el pobre viejo quiso arreglar las cosas pidiéndole a usted que se hiciera cargo. Pero no vale la pena.

Levanté la copa de vino y dije:

—Mi estimado Vita, vuelvo a ser un simple pescador.

Como si esta decisión me hubiera limpiado una mancha, se mostró inmediatamente amistoso, y me propuso una jornada de pesca nocturna, frente al Boliche. Le seguí el juego, y antes de la medianoche ya estábamos instalados, con las líneas lanzadas. Vita se acomodó en la reposera y dejó que la pesca se hiciera sola. Lo calé enseguida: era un pescador social, de esos que relegan el arte de la pesca a un segundo plano y cada tanto, cuando toman conciencia de que los anzuelos están en el agua, levantan las cañas para curiosear si algún pez mordió la carnada. Además, era charlatán y tendía al monólogo. Yo lo dejaba hablar porque buscaba información, atento a cualquier dato que pudiera servirme, pero él insistía

en contar la epopeya de sus padres, pioneros de Villa Idaho. Escuché el clásico relato del inmigrante que logra, con mucho sacrificio, *hacer la América* y completa su sueño cuando el hijo obtiene el título de doctor. El apéndice fallido de este proceso era él mismo: su padre le había pagado largos años de estudio en distintas universidades, sin éxito. Jerónimo se dedicó a los negocios, en una villa turística que creció de golpe, y se había enriquecido rápidamente. Sin embargo, un dejo de culpa e inconfesable rencor resonaba detrás del repetido elogio a su padre. En un momento de su relato, mi cabeza se puso brumosa y pesada. El cielo reconcentrado, difuso de fulgores y parpadeos de cristales, la empujaba hacia abajo con su fuerza insensible. La humedad se desprendía del mar en pequeños botes de bruma, flotaba sobre nosotros dejando una estela de agua y sal, sabrosa y fría. Llegaban, en las gotas oscuras, aromas de naufragios, de peces, de bandadas lejanas, y en oleadas fuertes, a veces nauseabundas, intensos olores de cardúmenes sangrientos, carne mordida, descompuesta, triturada por el molino incesante del mar.

— ¿Lo conoció? —La pregunta de Vita puso una pausa en su rumiante monólogo y en mi desvarío. Me concentré en recordar la última parte de su relato. Desde el desembarco de su padre había llegado ya a variadas historias del pueblo. Había hablado del *alemán Otto*, había hablado del *cura irlandés*. Contesté afirmativamente, aunque sin saber a cuál de ellos se refería—. La culpa, si vamos a la verdad, fue de ese cura comunista.

— ¿Comunista, el padre Dillon?

— ¿No lo sabe? ¿No sabe por qué Otto cerró la cabaña? Por un problema político. Y el cura estaba metido.

—Para mí era un cura con sentimiento. Durante las misas se emocionaba como un pibe.

—Era sentimental cuando le convenía. En el pueblo no cayó bien. ¿Se acuerda de la escuela scout? ¿La que Otto organizó junto al Párroco Ángel Santos? La gente se entusiasmó, todo el mundo estaba encantado con los uniformes, la disciplina, los pibes iban a la iglesia. Hasta que Santos un buen día se fue a España y no volvió más. Parece que lo nombraron obispo, otros dicen que allá se casó, nunca se supo qué fue de él. Por eso vino el padre Dillon, un cura informal, bohemio, ni siquiera usaba sotana. Con Otto fue odio a primera vista. El grupo scout se fue de la iglesia, pero la presión contra el cura fue tan grande que lograron que lo trasladaran a un barrio de la Capital. La Iglesia quedó molesta por esta situación y el nuevo intendente, en un gesto de reparación y equilibrio, le suspendió la concesión a Otto. La cosa fue a juicio y recién hace unos años pudimos conseguir que se destrabe. Claro que hubo que poner plata, y construir un boliche nuevo.

—Así que Otto resultó un jodido.

—Un vulgar nazi; y el cura, un zurdo.

—¿En qué sentido?

—Usted sabe, Ramos. Acuérdesese de aquella época. Los curas del tercer mundo, la moda del socialismo.

—Mire, yo lo conocí bien, fue amigo de mi familia, y le aseguro que no era comunista. En todo caso, un cura que se dedicó a los pobres.

—Y así terminó. Asesinado en una villa miseria.

—Como un mártir...—mi respuesta había sido un murmullo, casi una respuesta destinada a mí mismo. La charla se empantanó. Era inútil discutir por causas perdidas, y sobre todo con

un tipo como él. Además, no podía sacarlo de su autismo discursivo. Fiel representante de su raza, Vita era un comerciante en todo momento: imponía el tema, amaba escucharse a sí mismo, y parecía estar siempre vendiéndote algo. Hice un intento por sacarle información.

—El otro día volví a Los Venados. Fue cuando tuve el primer impulso por seguir la causa de Aguinaga. Me costó reconocer a la gente. ¡Cómo se pierde la gimnasia! —Escuché que Vita daba una chupada a la botella de ginebra—. Los jueces son los únicos que no cambiaron, ¿cierto? Quise contactarme con alguno joven, pero no encontré ninguno.

—¡Ah, los jueces! —dijo, suspirando—. No me hable de los jueces. Son todos corruptos, igual que los políticos. Querían la democracia, ahí tienen la democracia. Libertinaje, puro libertinaje.

— ¿Conoce a Salvatierra?

—Un señor, Salvatierra; un señor. Tendrá sus cosas, pero es de los buenos. Un tipo con experiencia.

Hasta ahí llegué. Permanecimos en silencio hasta que a las tres de la madrugada, como si hubiera una secreta programación, tuvimos una hora de buen pique. Fue un alivio. El mar entregó brótolas, corvinas y una borriqueta, que tuve el privilegio de pescar. Después la noche entró en un letargo y nos adormecimos, hasta que la primera claridad nos acarició desde el mar. Subimos hasta el Boliche antes de que el sol comenzara a cegarnos. Yo estaba extenuado, y no tenía ganas de manejar hasta el pueblo. Vita me ofreció un camastro a un costado del salón, cubierto por unas cortinas que me preservaban de la claridad perturbadora. Le pregunté, antes de hundirme en el sueño, si sabía de una antigua causa judicial en la que mi padre había defendido a Néstor Aguinaga. Me dijo que no, que Néstor

no le había contado nunca nada al respecto. Tal vez sabía y se hizo el boludo, pero me prometió revisar unos papeles que tenía en su casa. Antes de irse, como quien tiene algo guardado y espera a último momento para largarlo, me dijo:

—Mire, Ramos, hay alguien que quiere verlo. Me llamó un par de veces, me pidió que lo ubicara. Yo me limité darle su teléfono.

—Yo no recibí ningún llamado.

—Es Lucio Aguinaga, el hermano de Néstor. Pasado mañana va a almorzar al restaurante del hotel Poseidón. Me pidió que le avisara. A él le puede preguntar si hubo algo entre su padre y el viejo.

—Bueno, ahora déjeme dormir, Vita. Después decido si voy a verlo.

—Está bien. A Lucio le va a gustar que se haya apartado de la causa. Le va a dar una buena noticia —Se dio vuelta para irse. Recorrió otra vez el salón, pausadamente revisó sillas, mesas, botellas a medio consumir, la vajilla, inventarió cada cosa como el pastor que revisa su rebaño antes de cerrar el corral. Al fin fue hacia la puerta. Desde allí, se dio vuelta y me preguntó—:

— ¿En serio que no quiere el perro? Mire que es un dogo hermoso, único.

—No, de verdad que por ahora no.

Mi cabeza ya rodaba en los umbrales del sueño. Sentí que Vita se alejaba, pero todavía habló, asomado a la puerta. Su cuerpo a contraluz era una mancha sin rostro.

—Claro que el dogo no comerá pescado como el suyo. Eso sí que era raro. Un perro comiéndose la carnada —y aunque ya había salido al exterior, agregó, gritando casi:

—Dígame, doctor. ¿Es verdad que Olaf comía pescado? ¿Nunca le llevó una corvina?

—No, Vita. Le gustaban las anchoítas podridas —dije, alzando la voz, un esfuerzo final.

—Qué asco. Bueno, que duerma bien.

Me dormí de inmediato. Me desperté sofocado y me costó reconocer el lugar. Las mesas amontonadas en un rincón, con las sillas arriba, acumulaban polvo y anchas telas de araña en los vértices. Por las ventanas de vidrio repartido se veía el mar. En la orilla, gaviotas y ostreros se disputaban un alimento invisible. Todo el espacio parecía acostumbrado a la innecesaria presencia humana. Yo mismo estaba allí como un extraño. Y encima pesaba en el aire el hastío divino del domingo a la tarde: el momento en que el movimiento se detiene, y la rueda cósmica dejar de girar. Decidí irme. No pensaba quedarme allí hasta el atardecer, no quería hundirme con la luz despedazada, en fuga hacia el otro lado del planeta. Me levanté, pero escuché pasos en la escalera y me puse en alerta. Como un aparecido surgió un paisano alto, de mirada asustadiza. Caminaba lento y llevaba una boina negra, ladeada. Me apuré a explicarle la situación.

—Soy amigo de Vita. Me estaba yendo —dije.

El hombre de rostro curtido tardó en reaccionar. Me miró largamente con ojos inexpresivos. Se sacó la boina, se rascó la cabeza, se la volvió a acomodar y dijo con voz arrastrada:

—Vaya tranquilo. Yo me encierro enseguida. Se viene la noche y le tengo miedo al mar.

Recién entonces encontré sobre la mesa una nota de Vita, avisándome que a la tardecita llegaría el Tobías Leiva, el nuevo empleado.

Lucio Aguinaga estaba haciendo guardia en la puerta de mi casa, como si hubiera intuido que yo estaba saliendo hacia la Fiscalía con el texto de la denuncia penal. Me pidió unos minutos para charlar. Cuando estuvimos cara a cara le noté algún parecido con Néstor: un fondo de tristeza en la mirada, el pelo escaso repartido con ecuanimidad hacia ambos costados de la cabeza, los labios finos y rectos. Estaba ansioso por hablar.

—Escuche, Dr. Ramos. No me interesa que esto pase a mayores. No es conveniente para nadie.

El comienzo era prometedor: el discurso de un rival consciente de la debilidad de su posición. Me agrandé.

—Explíquese mejor —dije—. Es evidente que acá se cometió un delito.

—Mire, no sé por qué se involucra en esto, no sabe nada de mi familia, no entiende el trasfondo de lo que pasa y no tengo por qué explicárselo. Me alcanza con decirle que hay razones más que justificadas para que yo haya hecho lo que hice. Y Néstor las conocía bien. Es una lástima que no esté vivo para decírselo.

—Sospecho que, a su modo, Néstor me dijo que se estaba por cometer un despojo.

—Pero no le dijo la verdad de esta historia. Hace mucho que ellos dejaron de pertenecer a nuestra familia.

—Me plantea una serie de enigmas del pasado para encubrir una estafa... Es mejor que cada uno siga su camino.

El tipo se ofuscó. Corrió a un lado el pocillo de café y con las manos temblorosas, aferradas a la mesa, dijo, conteniendo la bronca:

—Estoy tomando lo que me pertenece. Entre Néstor y mi viejo hicieron un mar de cagadas que tuve que soportar desde que era muy chico. Me robaron, o casi me roban la vida... Salvatierra y Delmonte saben lo que hacen. Se llevan su parte, eso está claro, pero a su manera están haciendo justicia.

—Muy a su manera.

—Es lo que hacen los abogados, en general. ¿Conoce el Estudio Ramos? ¿Sabe por qué creció tanto en los últimos años? Ellos lo saben. Es un verdadero milagro económico lo de sus hermanos. Tenemos un informe muy completo sobre ese milagro. Pero somos caballeros, no tenemos animosidad ni deseos de pelear. Salvo que nos obliguen. Piense, Dr. Ramos, piense mucho antes de hacer una denuncia.

—Ya pensé, la decisión está tomada—, dije, pero la verdad es que la denuncia sumaba obstáculos: al miedo de Daniela, esta amenaza...

Busque a Pablo, pero no lo encontré en su casa. Las huellas frescas de su camioneta daban a la callecita que atravesaba el bosque y desembocaba en la playa. Había ido hacia el sur. Lo seguí. Por el borde del mar llegué al Boliche, que presentaba un aspecto insólito para esa época del año: rodeado de vehículos, poblado de clientes. Un cartel anunciaba: 5° Safari del Atlántico. Encontré a Pablo parado en la barra, tomando una ginebra. Jerónimo Vita estaba en plena agitación. Llevaba y traía pedidos, con ayuda de un muchacho. Los saludé y pedí un té. Vita se acercó, exultante.

—Esta competencia es un vaso de agua fresca en el desierto —dijo, moviendo los ojos en dirección a la clientela—. Alto nivel —agregó, frotándose el índice y el pulgar de la mano derecha—. Y nosotros estamos para recibirlos y atenderlos. ¿Se dan cuenta, muchachos? Esto es simple: comprar, vender, dar un buen servicio... El comercio es la mejor profesión, salvo que uno pueda vivir de rentas, como Pablito, que se casó bien. Mientras hablaba no dejaba de prestar atención a lo que ocurría en el salón.

—¡Chist! Allá, la mesa del fondo —le indicó al mozo. Enseguida corrió hacia una mesa para levantar una servilleta que se le había caído a un cliente. Volvió, sonriendo—. ¿Es qué estaba? Ah, el comercio... Tomá, dame. Aquí no hay política, no hay discriminación, ni un carajo. Es lo que mi finado padre nunca quiso entender. Cuchara, mezcla, ladrillos. Ese era su mundo.

— ¡Me acuerdo! —intervino Pablo—. ¡Trescientas casas levanté! ¡Trescientas! Gran labrador, don Carmelo.

—Fue otra época —comenté—. Cuando la ciudad creció Jerónimo le encontró la vuelta, en un momento clave.

—Muchachos, no jodamos —dijo Jerónimo, ya muy agrandado—. Fue un desafío que se nos vino encima. Cuando aquí empezaron a caer turistas no tenían dónde dormir, dónde comer, dónde divertirse. Fue una invasión que nadie esperaba. Ni siquiera el fundador, que era un visionario, se imaginó que vendría tanta gente de golpe.

— ¿Sabías que don Carmelo Vita fue uno de los primeros recolectores de arena? —me dijo Pablo, en voz baja, mientras Jerónimo se alejaba hacia una mesa.

—No, ni idea.

—Trajo el primer camión canadiense para cargar arena de la playa.

— ¡Ah, esos camiones! Había unos cuantos.

Jerónimo volvió con una cerveza y tres vasos. No le hice asco. La ocasión lo ameritaba.

— ¿En qué andan? —preguntó, como en éxtasis—. ¿Siempre ociosos mientras otros laburan? ¡Salud!

La gente se iba retirando, el mozo empezaba a acomodar el salón.

—Queremos felicitarte —dijo Pablo—. Sos un hombre productivo, útil a la sociedad. Con este servicio le estás devolviendo todo lo que este pueblo te brindó. ¿No es cierto? —Vita lo miró, extrañado—. Sabés una cosa —continuó Pablo, mirándome—. Este hombre creció alimentado con almejas. Cuando extraían arena, de paso las juntaban. Una parte la comían, el resto lo vendían. Fue un buen negocio. ¿No es cierto?

—No empecemos con esa historia de las almejas. Nosotros sacamos, es verdad. Pero todos sacaban. Un día se terminaron.

—Pero la gente normal sacaba una bolsita, a lo sumo un balde. Ustedes usaban palas y camiones. Y las vendían.

—Ya te expliqué más de una vez: había que sobrevivir. Los primeros tiempos fueron duros.

—Todos los tiempos son duros, salvo para mí, que me casé bien... Un buen partido, como dicen —remató Pablo, con sarcasmo —Vita se levantó, ofuscado, y fue a reunirse con el mozo. Le indicó algo. Nos acercamos para despedirnos—. Mañana temprano vamos a estar pescando aquí cerca, quinientos metros hacia Nuevo Edén. Si querés, acercate —le dijo Pablo.

Fuimos con los vehículos a verificar el lugar elegido: una olla que se metía bien adentro, y parecía profunda. Pablo sonreía, para sí mismo, como si gozara de algo que pronto me iba a comunicar.

—Felicitame —dijo, con la sonrisa pícaro, de suficiencia, que tanto le conocía. La misma de su juventud, la que provocó el rechazo de los compañeros de escuela que lo consideraban un fanfarrón, un agrandado insufrible. Tenían razón. Había que conocerlo bien para descubrir sus virtudes y quererlo. Lo miré, intrigado—. Funcionó, Valerio, mi plan funcionó. Fui derecho al viejo. Bastó con que enunciara el tema de los NN para que no me dejara seguir adelante. Colgado del labio quedó, boqueando. Ahí tenés el pez gordo. Te lo regalo.

Me había puesto frío, me sudaban las manos... El estupor se me habría notado en la mirada, porque Pablo se asustó.

— ¿Qué pasa, che?

—Te agradezco el gesto, Pablo, pero ¿en qué habíamos quedado? A ver, hacé memoria: ¿qué te dije yo? ¿No te pedí que te quedaras en el molde, que yo me iba a mandar por la vía legal?

—Sí, me lo dijiste; pero la vía legal es un bluff —Pablo se quedó cortado, serio. Se acercó—. ¿Qué pasa, Valerio? La movida salió perfecta.

—Daniela me rogó que no avanzara con la causa. Tiene miedo, está preocupada.

—Vos no te preocupes por Daniela.

—Te pasaste de rosca, Pablo. Además, el hermano de Néstor amenazó con difundir truchadas de mis hermanos. ¿Te das cuenta, boludo? No me quedo tranquilo un carajo.

Pablo no me contestó. Fue hasta la camioneta, como para irse. Volvió, agitado.

—La concha de tu madre, Valerio. Yo era el cobarde, vos el valiente. ¿Te acordás? La militancia, el compromiso con los pobres. Yo era el individualista, el burgués, el vendido a las comodidades, a la guita. ¿No te parece valiente lo que hice? ¿Poner en riesgo el nombre de mi suegro, el de toda la familia? ¿Ahora hay que hacer todo por la vía legal, con cuidado, sin ofender a nadie, cuidar la imagen del estudio?

—No seas forro, Pablo. ¿Quién te dijo que te metieras? ¿Yo te pedí que seas el héroe de esta historia? ¿Qué tiene que ver la militancia con esto? Pasaron veinte años, boludo. Valentía, cobardía, ¿qué carajo significan ahora?

—Lo mismo que significaba antes: nada. Escuchame, pendejo. Mataste un cana, ¿te acordás? Y te secuestraron, junto con Laura. ¿Sabés quién se movió, además de tu viejo? Mi suegro. Un suegro nuevito, al que le pedí por ustedes. Por los dos, te aclaro, pero ella no volvió nunca...

—No hace falta que me lo recuerdes... —Pablo retrocedió hasta la camioneta. Ahí trae un fierro y me lo parte, pensé. Estábamos a un paso de agarrarnos a trompadas. Por suerte encendió el motor y se fue.

Me quedé frente al mar, reflexivo y pasmado. Cuando tomé rumbo a Villa Idaho, el sol ya estaba hundido en el oeste, y un brillo agónico, violeta, asomaba por los contornos de los médanos. Antes de subir a la ciudad, volví la mirada hacia el norte. En la cerrada oscuridad vi unos soplos de fuego surgiendo de las entrañas del Boliche. Y en pocos segundos, rápidas llamaradas que lo fueron envolviendo. Pegué la vuelta y puse el jeep a fondo. Cuando llegué, el fuego abrasaba toda la estructura. Era inútil intentar algo. Me replegué hacia la orilla. Enseguida vi llegar, a los tumbos, la camioneta de Jerónimo Vita, y a los pocos minutos, los bomberos de Villa Idaho. Los violentos chorros de agua sólo pudieron

levantar explosiones de humo y terminar de romper los maderos fragilizados por el fuego. Todo se caía rápidamente a pedazos. Me acerque a Vita, que estaba fuera de control. Ni siquiera registró que yo estaba ahí. Corría de un lado a otro, daba indicaciones a los bomberos, pero todo era en vano.

Esa noche dormí a los saltos, mezclando la pelea con Pablo con las imágenes cegadoras del incendio. Ni bien amaneció bajé otra vez a la playa. La imagen confirmaba que no había sido una pesadilla: el Boliche había desaparecido en pocos minutos y ahora solo había restos carbonizados, brasas, cenizas, y una lenta humareda ascendiendo pacíficamente al cielo. Cuando llegué a las ruinas me contaron que Vita había estado en vela padeciendo su infierno de llamas hasta que, extenuado, había vuelto a su casa a descansar después de tomar pastillas para los nervios. Pablo recorría los humeantes maderos con el rostro demudado. No había una explicación certera de las causas. Desde un cortocircuito hasta un atentado, todo formaba parte del misterio oculto bajo las cenizas ardientes. Bajamos a la orilla con los vehículos, sintiendo detrás la presencia envolvente de la catástrofe, y seguimos con nuestro plan de pescar.

—Para mí que este lugar está maldito desde que lo ocupó el viejo Otto —dijo Pablo.

—Supersticiones, Pablo.

—Lo que decían de Otto era cierto: un jerarca nazi con la identidad cambiada.

—¿No querrás desenterrar el tesoro?

—Vos reíte, pero es muy probable que haya algo. Lo que pasa es que tu profesión te convirtió en un escéptico.

Me di vuelta y miré los restos de humo que flotaban sobre los médanos. La imagen invitaba al escepticismo, pero también era un símbolo de la rueda de la vida. Algo fatal sucedía, y tal vez, en la lógica mercantilista de Vita, una especie de transacción: compro a tanto, vendo a tanto; un día ganamos, otro perdemos. Por eso hay que acumular para formar el colchón que permita afrontar las vacas flacas. Lo dice la Biblia. Años de vacas gordas se compensan con años de malaria. Lógica fenicia, toma y daca, destrucción y construcción. La Cabaña del Tío Otto y encima el Boliche del Medio. Luego vendrá otro boliche, con distinto nombre o con el mismo, y así sucesivamente... Lanzamos nuestras líneas, y al rato el viento viró al sudoeste y empezaron a llegarnos oleadas de humo y ceniza. Quedamos en una posición incómoda pero justo en ese momento tuvimos pique. Sacamos dos bagres, lo cual ratificaba el estado de revolución interior del mar, el mejor ambiente para los bigotudos de color plumizo, cabeza chata y ojos separados. Pablo se acercó y me tomó del brazo.

—Disculpame, Valerio, por la calentura de ayer —dijo, y señaló el Boliche—. Nosotros peleamos como pendejos y todo se incendia.

—Y ahora estamos en el horno. Miráte...

Nos reímos. Estábamos totalmente bañados de ceniza. Pablo no quería irse, en cambio yo ya estaba cumplido con mi bagre azul. Tuve que darle duro contra el paragolpes del jeep para que terminara de moverse, para dejarlo al menos en una apariencia de muerte (es muy difícil certificar la defunción de estos peces). Pablo seguía concentrado. Levanté mis cosas y lo saludé, pero no me dio pelota. Estaba metido con el agua hasta la cintura. Ahí mismo encarnaba con trozos de calamar y agregaba un tentáculo que colgaba libre. Había

encontrado el cardumen, atrás de la rompiente. Puse en marcha el jeep y encaré para la ciudad. Cuando llegué frente al Boliche subí hasta la anteduna. Desde allí miré los despojos. Me pareció que entre ellos corrían los perritos de Néstor huyendo del nido incendiado. Pablo, cubierto por oleadas de humo, ya estaba fuera de mi vista. En contraste, la visión de Villa Idaho era nítida. Sobresalían sus edificios y entre ellos los árboles, como blandas manchas verdes. Algo se acercaba desde allá. No podía ser otro que Vita, por el modo nervioso que tenía de conducir. La camioneta saltaba y se sacudía y amagaba con desarmarse en cualquier momento. Bajé a la orilla y me deslicé con sigilo para que no me viera. Observé las ruinas polvorientas del Boliche. ¿Lo habrá incendiado Vita, a propósito, para cobrar el seguro? Aunque era comerciante de alma, no parecía un rufián. Me arrepentí de haberlo evitado. Después de todo, se había portado bien conmigo y hasta me había ofrecido un cachorro; estaba pasando un mal momento y seguramente necesitaba compañía y consuelo. Pegué la vuelta, subí hasta la zona de arena blanda y puse el jeep a fondo rumbo a la construcción carbonizada. Vita contemplaba el panorama con tristeza. Me acerqué y murmuré una especie de pésame que él agradeció de inmediato.

—Parece que fue un cortocircuito —dijo—. Esto de abrir el negocio estacionalmente es un problema. Los artefactos se humedecen, se corren estos riesgos.

—¿Los bomberos confirmaron que fue un problema eléctrico?

—No, todavía no. Es lo que yo presumo. Para colmo anoche le di franco al ciudador, porque había trabajado mucho todo el fin de semana. El lugar quedó solo.

—¿Tiene seguro?

—Por supuesto. Pero quién sabe qué voy a hacer en el futuro. Tal vez una construcción más chica. Ya veremos —caminó unos pasos, se metió entre los restos de maderas, levantó un objeto y lo llevó al camión. Se quedó apoyado sobre el vehículo. Estaba conmovido. Me acerqué—. Tanto trabajo. ¡Mire lo que es esto!

Por todas partes la arena sudaba humo.

—Escuche, Jerónimo, ¿por qué no almorzamos juntos? No le sirve de nada seguir mirando este desastre. Esta vez invito yo.

Vita volvió a meterse entre las maderas calcinadas, sin responderme, como si mi sugerencia lo importunara y a la vez lo tentara. Pegó algunas patadas a una estructura que todavía se mantenía en pie. La golpeó cada vez con mayor violencia hasta que cayó sin ruido sobre la arena, dispersando nubes de cenizas. Se dio vuelta y gritó:

—Tiene razón, Ramos. Si le parece nos encontramos en una hora en el restaurante del Poseidón.

Pedí un buen vino. Había que beber sobre la destrucción, seguir viviendo. Jerónimo estaba aturdido y lúcido a la vez, como en trance.

—Amigo Valerio, ¿puedo llamarlo amigo?, yo trabajé mucho en ese boliche, cómo no me va a doler que se haya desvanecido en una noche. ¡Lo que costó construirlo! Llevar los

materiales, aguantar el viento, la arena, conseguir albañil, electricista, plomero. Al principio fue imposible, hasta que me apiolé. ¿Sabe que hice? Busqué entre los pescadores. Fui al muelle y ahí recolecté todos los oficios, con una carnada infalible: los dejaba pasar un par de noches allá. Para ellos era una novedad dormir entre los médanos, mirar el cielo allí... ah, usted sabe, es otro cielo, parece que tuviera más estrellas, y que estuvieran cerca. Y le digo algo, el viejo Néstor estaba contento ahí. Si se le quejó, es de bicho que era nomás, o para pedirle algo, o con alguna intención medio secreta. Era pícaro el viejo, un sobreviviente, se acomodaba a lo que fuera... También, con los problemas que tuvo. ¿Sabe que cuando nació lo tiraron al chiquero? Pero ese no fue el peor problema que tuvo con su familia, como dicen algunos, no. Ese fue un pecado original que pronto pasó al olvido —Tomó aire y cortó una puntita del churrasco; masticó sin ganas. Yo iba a decir que conocía el problema, que había sido un arriendo no cobrado, pero me contuve—. Una tarde, en el campo, Néstor estaba a cargo de la tolva y por ahí andaba su hermanita, la más chica de la familia. La nena se trepó y se cayó adentro, se hundió en el maíz y se ahogó —Vita hizo una mueca como para llorar, tosió, sorbió vino—. Así que imagínese el drama. A partir de ahí le hicieron la cruz, yo creo que la madre directamente lamentó haberlo salvado... Ojo, Néstor no hablaba nunca del tema, pero yo creo que jamás lo superó. El culpable era él y punto. El culpable de todo, y estaba más que demostrado, era indiscutible. No lo querían al nacer, lo salvaron y se mandó la peor de las cagadas. Ya está. Punto final para el tipo. Habrá pensado que no valía la pena vivir, o que hubiera sido mejor que se lo comieran los chanchos. Póngase en su lugar. Muchas veces me pregunté: ¿y este viejo cómo sigue viviendo? Para mí el ajedrez lo ayudó a controlarse, y para mí, ojo que esto nunca me lo dijo, la hija fue un motivo para no matarse. No decía nada, pero se le notaba cuando hablaba de ella, los ojitos le brillaban.

Tomó a fondo blanco. Parecía estar borracho, pero en realidad estaba inspirado. El incendio, los medicamentos, el cansancio, lo habían puesto en estado de gracia. Sobreimpreso a su rígida, previsible y tonta apariencia habitual, había surgido otro Jerónimo, blando y frágil, de voz quebrada y emoción a flor de piel. Se frotaba los ojos repetidamente. Después sacaba el pañuelo y se lo pasaba por los párpados cerrados, para recoger embriones de lágrimas que enseguida, apartando el pañuelo y abriéndolo, miraba con extrañeza y cariño. Entusiasmado y dolorido, volvió a hacerme la reseña de su historia familiar, y elevó, como en una oración, su amoroso y áspero elogio del padre, más confuso que el primero que le había escuchado, allá en la playa.

—Su padre fue un gran trabajador, Jerónimo.

—Sí, claro. Y era bueno, aunque un poco bruto, pobre, un pan de dios, pero a veces muy duro, no entendió lo que pasaba, los cambios que se venían, estudiar no servía para nada, y a mí nunca me gustaron los libros, estaba enojado conmigo, aunque me quería, de verdad me quería, aquí trabajó mucho, hay unos cuantos que deberían sacarse el sombrero, no le llegan ni a los tobillos, y encima hablan, hablan, hablan...

De pronto su semblante cambió. Su mirada, por primera vez en el transcurso del almuerzo, se detuvo en mí, como si yo recién hubiera llegado, como si recién me hubiera visto. Con expresión grave y desafiante dijo:

—¿Y por casa cómo andamos?

Dejó colgada la pregunta mientras empujaba otro vaso de vino. Yo no sabía qué responder. Vita estaba envuelto en su monólogo y de pronto pretendía que yo instalé allí mis cuitas. El problema era él, no yo. Yo estaba ahí para consolarlo, para acompañarlo. No le contesté.

Ante mi silencio siguió hablando, pero ahora tomando a su cargo mi propia historia. Escuché vagamente su relato sobre el expediente de la filiación, y me dio a entender que mi viejo había recurrido a malas artes para lograr que el padre de Néstor reconociera la paternidad.

— ¿Qué malas artes? —pregunté yo, o acaso me lo preguntaba a mí mismo, sin expresarlo en voz alta, porque él no quiso agregar más que esa sugerencia inquietante y por fin dijo que después de todo mi padre era un abogado y aquella era una causa justa, porque realmente Néstor era hijo de Aguinaga. Se sirvió vino y se frotó nuevamente los ojos con el pañuelo. Después su mirada se perdió en un punto lejano.

— ¿Y ahora qué voy a hacer, con el Boliche hecho cenizas? —dijo, y volvió a mirarme, con ojos vidriosos—. ¿Alguna idea para sugerirme?

—Hágalo de nuevo, tal como era: una construcción maravillosa, única, un barco en el desierto, deseoso de lanzarse a la mar —dije, con leve euforia. Yo también estaba entonado.

—Al mar, querrá decir. Tomé bastante pero todavía escucho bien.

—Es un modo poético de llamarlo. Así dicen los españoles.

—Mi niña se fue a la mar, a buscar unas corvinas, pero se encontró de pronto, con una ola de cenizas. ¡Olé! Ni el genio de Lorca se hubiera imaginado algo así, un Boliche ardiendo frente al mar, rodeado de médanos. Como ve, soy medio artista yo también.

—Vuelva a construirlo, Jerónimo. Tiene la guita del seguro.

—Sabe una cosa, mi estimado doctor—pescador, esto no se arregla solamente con plata. Hay que tener ganas.

—Le pedimos a Pablo que le dé una mano. Yo también lo ayudo. Y después fundamos un club de pesca, que tenga sede en el Boliche.

—Me está cargando.

—Me pidió una idea, acabo de darle una. Ya tengo el nombre: Refugio Caupolicán.

—Está bien, pero con una condición: necesitamos que el club tenga laguna propia. De eso se va a encargar usted —Vita sonrió, levantó el vaso y me invitó a brindar. El brindis fue brusco y derramamos un poco de vino sobre la mesa—. Ahora, Dr. Ramos, ya que estamos en confianza, completo la información que me pidió, porque no se crea que estoy en pedo. Estoy lúcido, totalmente lúcido, no me pida que haga equilibrio en una pierna, porque el cuerpo no me va a responder, pero mi cabeza está clarita como el agua pura, mi cabeza es una computadora, no se nubla jamás. Le explico: hubo una causa judicial por la filiación de Néstor Aguinaga llevada a buen puerto por un pícaro abogado Ricardo Ramos, hijo de Basilio Ramos, amigo de quinieleros truchos y comisarios corruptos, nieto de Cristóbal Ramos, puntero político del viejo caudillo Aparicio Reinaga.

—No me cuenta nada nuevo, Vita, pero compruebo que conoce bien mis antecedentes.

—En el pueblo somos pocos y nos conocemos mucho.

—Yo de usted no sé nada.

—Porque se fue del pueblo cuando era joven. Es diferente.

—Ahora sé que se comió las almejas, Vita. Me enteré el otro día.

—Sí, sí, Pablo jode con eso. ¿Y él? Diga que no quiero pelear, menos con Pablo que es medio loquito cuando te metés con la familia. Pero los hermanos Casaroli le tienen que besar la mano a mi viejo, que les dio laburo cuando llegaron con una mano atrás y otra adelante. Después se olvidaron, como siempre pasa. Hicieron fortuna. Eran jóvenes, pintones, simpáticos. Y además se metieron al fundador en el bolsillo. No sé cuántas obras les dio. El fundador era una mina de oro. Le hubiera dicho a Pablo que no se haga el santito y diga cuánta guita le sacaron al fundador del pueblo.

— ¿Los está tratando de ladrones?

—Nooooo, tampoco exageremos. Hay una frontera muy frágil entre la picardía y el delito.

—Acá vinieron mucho pícaros. Refugiados, y pícaros. Y tras cartón, los comerciantes. Los peores de todos.

—No me joda, doctor. Somos gente de trabajo. Cuando hable de los comerciantes límpiense la boca.

—Por usted, Vita, lo haría. Pero ahora lo que tiene que hacer es cerrar la boca: deje de chupar porque de aquí vamos a sacarlo en ambulancia, o nos vamos a ir juntos al infierno.

—Qué buena idea. Nos quemamos como el Boliche —Dejó el vaso y me pareció que iba a largarse a llorar. Estaba cansado, dolido. Pagué y me levanté para irme. Me agarró del brazo, con solemnidad—. Dígame, Valerio, con una mano en el corazón. ¿De verdad se dejó de joder con la herencia del viejo? ¿No siguió adelante con la causa penal?

— ¿Acaso no le dije que me había olvidado del tema?

—Sí, pero este incendio me resulta sospechoso. No me cierra la historia del corto circuito.

¿No será una venganza, una represalia?

— ¿Por qué no me cree?

—La verdad es que no le creo una palabra. Su padre era pícaro, pero usted tiene un pasado de tira bombas. Y cuando se metió con el viejo Aguinaga, tuve mucho miedo, me preocupó que se mandara una cagada de aquellas.

—No sé, Vita. Me parece que está fantaseando. Yo fui joven hace muchos años, y no fui tira bombas, fui un militante. Eso ya pasó.

—Para usted habrá pasado, pero el pueblo tiene memoria. Sin ir más lejos, su amigo Pablo no se olvidó de algunas cosas, como de la chica desaparecida, de Laura. No sabe cuántas veces me habla de ella, es como un fantasma que lo persigue. Pobre Pablito, y vieras la esposa que tiene: una belleza de mujer.

Se fue, caminando en zigzag, tambaleándose, pero sin perder completamente el control.

Me resultó insólito que fuera Bautista y no Rodrigo el que me citara en el bar La Ley. Llegué en punto y ya estaba esperándome, impecablemente trajeado de azul. Se lo veía reluciente con su pelo corto, bien afeitado, marcando territorio con un fuerte perfume.

— ¡Qué pintusa, macho! Sólo te falta la flor en el ojal.

—Represento al Estudio Ramos. Debo estar a la altura de las circunstancias.

— ¿Y Rodrigo?

— ¿Cómo? ¿No estás enterado? Le ofrecieron la candidatura a diputado, en tercer lugar, o sea que entra seguro. Ya está hecho.

—Y hubo que mover el banco de suplentes.

—Bueno, no sé si ya soy titular del Estudio Ramos, pero por ahora estoy a cargo. Y en tal condición te quiero dar la gran noticia: el Juez Salvatierra reabrió el expediente e incorporó a Daniela Aguinaga a la herencia.

— ¿Cómo fue?

—Ni idea. Rodrigo debe saber algo más. Por lo pronto, tenés una gran oportunidad: el juez quiere verte. Te espera a las once y media, aquí a la vuelta, en el Juzgado N° 1.

La media hora que faltaba para la cita con Salvatierra se fue rápido, entre anécdotas de infancia, historias de amor de José, y los detalles de la candidatura a diputado de Rodrigo. Ni él ni yo hicimos alusión alguna a los supuestos manejos turbios del Estudios Ramos... Salvatierra me miró desde su escritorio, con gesto cordial, y de inmediato comentó que conocía a mi padre y a mi abuelo, *la notable estirpe de los Ramos*. Le pregunté si habían descubierto la falsificación de la firma, la maniobra para quedarse con la herencia de Aguinaga. Me escuchó con el rostro sereno, encendió una pipa y dijo:

—No tengo idea de qué me está hablando. Apareció una heredera legítima, eso es todo. Pero venga, quiero mostrarle algo —Sacó del escritorio una foto, en la que se mostraba con un gran pejerrey—. A ver, usted que sabe. ¿Cuánto pesó este ejemplar?

—Un kilo y medio.

—Kilo ochocientos, amigo. Récord de la Laguna Honda. Año 1971.

— ¿Me citó para hablar de pesca?

—No quiera saber las horas que le robo a la justicia para poder pescar. Tal vez ése sea un pecado de corrupción —Se rió, tosió ahogadamente, se repuso—. Disculpe, hijo. Son los años. Eso sí que es una injusticia mayor, que el tiempo pase sin que nos demos cuenta. ¿Conoce Laguna Honda?

—Fui un par de veces, con el viejo Leo.

—Claro, claro. Gran pescador. Leo la conoce mejor que nadie.

—Es que nació ahí abajo.

—Yo también conocí ese pueblo. Tuvo su época de florecimiento hasta que lo tapó el agua. Si quiere, un día vamos a pescar juntos. Le avisamos a Leo. En una de ésas me superan el récord.

—Siempre vamos con Pablo. Ya somos tres en el bote.

—Pablito Casaroli. Ese muchacho es un pescador de raza. ¿Se acuerda del tiburón de ciento veinte kilos que sacó en el Faro?

—Sí, por supuesto.

—Hay gente que, aun viendo la foto, no le cree. Dicen que no pesó más de cien.

—Es la envidia. Además Pablo es experto en tiburones grandes. Difícil que se le escape uno.

Se quedó mirando la foto.

—Con ese comentario me hizo acordar a su padre. En la universidad le decíamos el Zorro Ramos.

Me levanté de la silla y le extendí la mano.

—Encantado —dije.

Cuando me estaba yendo me llamó. Me acerqué y me mostró otra foto, con el mismo pejerrey. Pero en ésta, atrás, se lo veía a Leo, ya con anteojos, pero mucho más joven.

—Si lo conoceré a Leo —dijo el juez, con voz nostálgica. Después sonrió—. ¿Nota la cara de culo que tiene en esta foto? ¿Sabe por qué? Con este ejemplar le gané el concurso, él salió segundo. Y si algo le molestaba era perder en su pueblo natal —Ensayó una sonrisa, mientras yo me fui alejando hacia la puerta—. Espere, Ramos. Hay algo más que quería preguntarle, pero ahora se me escapó. Carajo... Bueno, disculpe, será en otra ocasión.

Me fui. Salvatierra se quedó contemplando la foto, concentrado. Bautista estaba esperándome en la confitería.

—Hablamos de pesca —dije.

— ¿De pesca? Jajajaja, lo sabía.

—El tema legal no le interesó.

—Obvio, imagínate, está harto de los temas legales y es fanático de la pesca... Entonces solo queda festejar. Tenemos tres motivos: la resolución del caso Aguinaga, la carrera política del enano, y mi ascensión en el estudio. ¿Qué tal si almorzamos?

—Dale. Verte así es un milagro, Pepe. De punta en blanco, como un profesional responsable, queriendo estar al frente del estudio.

—En realidad siempre lo quise, pero estaba en la cola. Tarde o temprano me iba a tocar. Cuando vos te fuiste, me di cuenta de que faltaba poco, porque Rodrigo es culo inquieto y quiere ir siempre más arriba.

—Ese va a llegar lejos.

—Y vos, después de estos años, ¿estás contento con haber dejado el Estudio?

—Sí. Mientras laburé con papá, lo llevaba bien, pero cuando el viejo murió no me gustó un carajo asumir toda la responsabilidad. Justo al revés de lo que te pasa a vos.

— ¿Por qué no te fuiste antes?

—No sé. Por cumplir con él, supongo. Después de todo me salvó la vida.

—No recordemos malos tiempos, hermano. Ahora estamos para celebrar —Sorbí un trago. El vino estaba buenísimo—. Qué nivel, José. Un vinazo.

—Hay tintos que no te joden el estómago: te lo curan.

— ¿Y el estudio cómo va?

—Se hace lo que se puede.

Enseguida me entregó una tarjeta del estudio, flamante.

—¿Nada turbio? Escuche comentarios.

—No. Alguna que otra travesura, pero todo dentro de la ley. Y lo que está fuera de la ley, no existe —Se rió. Le devolví la tarjeta—. Tenéla, che. Por ahí la necesitás.

—No, no me hace falta.

—No me hagas esto, Valerio. Quiero que la tengas... Fijate lo que dice: Estudio Ramos, fundado en 1900. Ahí está toda nuestra historia. La tuya también —Me la guardé—. ¿Qué pasa, viejo? Tranquilo, que está todo bien con nosotros. ¿Creés que somos principiantes, que estamos haciendo cagadas? Estamos de este lado de la ley, hermano, a veces en el borde, pero de este lado. Seguimos la tradición familiar.

Nos despedimos con un abrazo.

Una corvina negra de diez kilos ocupaba toda la parrilla. Pablo la asaba lentamente, con la escamas hacia las brasas, bien untada con manteca, sal y pimienta. Cada diez minutos pintaba la carne blanca con limón, orégano y hojitas de romero. Le conté el encuentro con Salvatierra. Sonrió y me extendió un vaso con vino casero, rojo y espeso.

—No me sorprende. ¿Por qué te crees que lleva tantos años en el cargo? Acordate que lo nombraron durante la dictadura y no lo movieron más —dijo—. Actúa con la serenidad de los que tienen la manija. Hace y deshace y siempre tiene el poder. Así estamos.

Levantó con una mano la parrilla y con la otra tomó una pala y agregó brasas.

—Bueno, tengo que felicitarte nomás...

—Soy un pescador de mente fría, Valerio. Y ese no es tu fuerte. Lo tuyo es la intuición, no el cálculo.

—No me fue tan mal.

—Pero corrés un riesgo grande: ser el pescado, en lugar del pescador. A mí, en cambio, no me hacen morder el anzuelo así nomás.

—Dejarse pescar tiene su encanto.

Pablo contempló la corvina con satisfacción.

—Para morder un anzuelo, hay que ver qué carnada te ofrecen. No es cuestión de tragarse cualquier cosa.

—Es verdad, la carnada es importante.

—La carnada es fundamental. Fijate esta corvina. Si encarnás el cangrejo atravesándolo por el medio del caparazón, como hace la mayoría, no pica. La única forma efectiva es engarzarlo por el costado para que se mantenga vivo. La vez pasada unos tipos pescaban cerca de donde estaba yo. ¡No sacaron ni una corvina en toda la tarde! No saben que el misterio está en este mínimo cambio de posición de la carnada.

—Seguro que te acercaste a explicarles lo que tenían que hacer.

— ¡Imaginate! Cada vez me alejaba más para que no me vieran encarnar. ¡No sabés como cogoteaban!

—Salvatierra me mostró una foto de Laguna Honda. Dice que pescó un pejerrey de un kilo ochocientos.

—Puede ser. En eso el viejo no miente.

— ¿Lo viste a Delmonte?

—No. Parece que quedó malparado con la decisión de Salvatierra.

—En estas cosas, algunos heridos siempre quedan...

—Que se cague, por hijo de puta.

—Me alegra, de verdad, que el tema se haya resuelto, pero no me gusta que te hayas cortado solo...

— ¡Estás celoso!

—No, no estoy del todo tranquilo! Pero debe ser mi paranoia sin fin...

Llegaron unos vecinos: un matrimonio con una nena de unos diez años, y un nene más chico. El almuerzo fue como en sordina, porque comimos al aire libre, al lado de la parrilla, sin formalismos, en un continuo movimiento en el que Pablo reponía la carne blanca que desaparecía una y otra vez de los platos. En un momento, mientras esperábamos el postre, Pablo, muy entonado, me llevó del brazo hasta el antiguo garage. Abrió las puertas, quitó una lona verde y dejó ver el viejo Hurricane amarillo. Impecable, estaba ahí desde la

muerte de su padre. Pablo lo mantenía como una reliquia, y un par de veces al año lo sacaba unos días, para recordar su infancia, la pesca entre todos, las largas y felices jornadas en la playa sin gente.

Nos despedimos y, montado en mi jeep azul, atravesé la anteduna por una huella que los vecinos de Nuevo Edén mantenían abierta todo el año. Cuando gané la playa firme me deslicé hacia el sur, con la visión de Villa Idaho, brumosa y lejana, en el horizonte. El mar áspero rumiaba un monólogo intraducible. Preferí cerrar la ventanilla y abstraerme del implacable océano que llegaba con un oleaje fuerte. Mientras dejaba atrás los bosques, vislumbré la mancha oscura de maderas quemadas del Boliche, que se confundía con los montículos de arena empenachados de juncos. Iba despacio por el borde del agua, observando el oleaje. Como su ímpetu era desparejo, a veces la espuma que lo coronaba envolvía las ruedas del jeep y las marcaba con una fugaz línea blanca. En las ruinas del Boliche encontré a Leiva. Con una pala removía la arena y separaba los objetos que se habían salvado del fuego. Me saludó amistosamente y aprovechó para hacer un alto. Se quitó la boina, se limpió el sudor con el antebrazo y volvió a colocarla en su sitio, algo ladeada hacia la derecha.

—El patrón se fue al pueblo con el otro vehículo —dijo.

— ¿Tardará mucho en volver?

—No creo, salió hace una hora y media.

— ¿Quiere que le cebe unos mates?

—Si gusta. Ahí están los elementos, al lado de aquel tamarisco.

Mientras se calentaba el agua caminé hasta el campamento. Bajo una sombrilla, en una caja de madera, dos cachorros blancos dormían plácidamente. Los miré respirar, encimados, lejanos en la dicha del sueño. Eran dogos y parecían de buena cuna, aunque comparados con la belleza natural de los ovejeros eran decididamente feos: cabeza demasiado grande, líneas rojas en los ojos, pelo escaso apretado al cuero. Cuando empezaron a moverse, alertados por mi proximidad, mi opinión cambió. De inmediato se pararon y buscaron mi afecto. Los levanté y comprobé que eran dos hembras. Una gorda y lenta; la otra flaca y nerviosa. Me llamó la atención que no ladraran. Se limitaban a emitir mínimos gemidos de dicha o súplica. Los volví a su lugar, le cebé los primeros mates a Leiva.

— ¿Le gustaron los cachorros?

—Simpáticos —dije, con sinceridad.

—Me dijo don Jerónimo que uno es para usted.

—Sí, ya me lo ofreció, pero le dije que no, por el momento.

—Son los últimos. Me dijo que iba a esperar a que usted se decida. Apúrese porque yo le tengo pedido uno.

—Son hembras.

—Mejor todavía. Se reproducen.

—Justamente, ése es el problema.

— ¿Problema? Don Jerónimo tiene todo arreglado. Él aporta el macho y vende las crías. No hay de qué preocuparse.

—Un buen negocio.

— ¡Apenas! El año pasado ubicó diez. Y no le saca menos de cien dólares a cada uno.

— ¿Está bueno el mate?

—Sí, pero traiga azúcar, si es tan amable.

Volví con la azucarera, después de darle un golpe de fuego a la pava. Se escuchó un motor. Por el sur se dibujó la camioneta de Vita. Un punto blanco que crecía rápidamente.

— ¿Camioneta nueva? —pregunté.

—Así parece. Ha de ser a cuenta de la plata del seguro —dijo el paisano.

Vita se alegró al verme y lo primero que hizo fue buscar los cachorros y exhibirlos delante mío, como preciosa mercancía viviente. Elegí la gordita y la acomodé en el jeep. Enseguida se durmió.

—Guardé todo en el vehículo, Leiva. Ya nos vamos —Luego miró hacia el oeste—. Aquí derecho, un par de leguas, está el campito que va a heredar su amiga Daniela, la hija de Néstor.

— ¿Cómo sabe, Jerónimo?

—Las noticias vuelan, amigo.

—Ya veo.

—Tiene una laguna es chica, pero preciosa... pareja y profunda —agregó.

—Buena noticia para pescadores.

—Lo que quiero decirle es que sé dónde conseguir alevinos de pejerrey. Entonces armamos el club, con Pablo, como me propuso el otro día.

Vita parecía rejuvenecido. Como si, con el correr de las horas, la destrucción del Boliche le hubiera inyectado sangre nueva, estímulo para nuevos proyectos. Me extendió la mano para despedirse. De pronto acordó de algo y fue hasta la camioneta. Trajo el juego de ajedrez de Néstor y me lo entregó.

—Gracias —dije—. Es un honor.

—Y yo pienso que Néstor se va a poner contento, allá arriba.

—Eso espero.

— ¿Sabe una cosa? —Vita adoptó un tono reflexivo—. Para mí que don Aguinaga hizo todo a propósito.

— ¿A qué se refiere?

—La forma en que ustedes se conocieron, ese encuentro en la playa... Le voy a confesar algo. El viejo no caminaba nunca. Siempre me pedía que lo llevara y lo trajera, y se movía muy poco del Boliche. Pero esos días, de repente, decidió caminar.

—Yo nunca llevaba a nadie. ¿Cómo pudo suponer que lo iba a llevar justamente a él?

—Tal vez tuvo una corazonada o hizo un cálculo de probabilidades. No se olvide de que era ajedrecista. Y de los buenos, esos que pueden anticipar las jugadas.

Vita abrió la caja y me mostró una frase que estaba escrita en el dorso de la tapa.

— ¿Leyó esto? —Leí: “*En el ajedrez, como en la vida, hay que conocer la psicología del adversario*” —. Yo creo que esta frase no es de ningún gran maestro, sino del propio Aguinaga.

—Especialista en gambitos.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Lo leí en un diario viejo.

—Era su preferida. Una estrategia de ataque. Sacrificar un peón, a veces dos, o un caballo, para ganar tiempo y espacio para atacar. Es para los que gustan del riesgo, o para los que no tienen más remedio que ir al ataque. Como esos animalitos acorralados, a los que lo único que les queda es ir al frente...

Enseguida subió a la camioneta y la puso en marcha.

—Si de mí depende, cuente con la laguna —le grité—. Pero por el momento no tengo poder de decisión en ese tema.

No sé si alcanzó a escucharme, porque ya los vehículos andaban a los tumbos, en dirección a Villa Idaho.

Cuando se apagó, tragado por la distancia, el ruido de los motores, creció la música que llegaba desde la orilla. El mar enhebraba un continuo rumor lento y largo que anticipaba la

intimidad de la noche. Desde el campo lejano, el malón del viento se detuvo de repente, dando tiempo y espacio al avance unánime de las sombras. Y además estaba el cielo, salpicado de nubes otoñales que se apretaban, como un rebaño en fuga, en los portales del oeste. De otro modo, a intervalos, chispazos o rápidos estallidos, repicaban las voces de los animales terrestres, los pájaros en retorno a sus nidos y las lechuzas que amanecían a su jornada de tinieblas. Muy cerca de mí unos leves, agudos silbidos se articulaban en los pastos: era el roce de las largas hojas filosas de las cortaderas. Sobre ellas había un enjambre de manchitas negras. Me acerqué. Eran tábanos. Mi presencia no les produjo el mínimo temor. Me ignoraban, aunque casi podía tocarlos. En un firme equilibrio, sacudidos por los vaivenes del follaje, se apareaban sobre el borde cortante de las hojas. Eran cientos, quietos y ceremoniales en el rito de amor que se desplegaba inmutable. Me subí al jeep y ordené una agenda inmediata que se reducía a dos puntos. El primero, hablar con mis hermanos para apurar los trámites legales de la herencia; el segundo, coordinar el próximo encuentro con Daniela, para hacer juntos una visita al campo. Atardecía, pero el jeep me resguardaba del frío. También a la cachorrita, que dormía quieta sobre el asiento. Me perturbó verla tan inmóvil. Asustado, estiré la mano y sentí su calor. Respiraba.

Cinco

En lugar de volver a Villa Idaho, me interné en los médanos. Siguiendo el rastro violeta del sol dejé atrás las ruinas del Boliche, la promesa de reconstrucción del Boliche, y por los bajos, por los valles de juncos y totoras, evitando los montículos, las piedras, cualquier brusquedad que despertara a la perrita, fui entrando en los senderos del bosque de acacias y tamariscos hasta llegar al claro donde instalábamos el campamento. Bajé del jeep y busqué nuestra marca en la cueva profunda, más profunda ahora por el notable crecimiento de la vegetación. Ahí estaban las iniciales de nuestros nombres: L.P.V. La marca de un amor florecido en la amistad, la libertad, las ilusiones tempranas. Toqué con las yemas de mis dedos los contornos casi borrados de las letras; cicatrices dentro de un corazón, del contorno de un corazón marcado por Laura, y tallado por nosotros, a cuchillo.

Ya me rodeaba la oscuridad. Decidí pasar la noche allí, con lo que tenía a disposición: fruta, pan, agua, lonas, suficiente para la perrita y para mí. Ella y yo entre las plantas, la arena y el cielo. Acerqué el jeep lo más posible a la boca de la cueva y armé el techo con una lona amarrada a las acacias y al capot, un piso con la lona más gruesa, y usé otra para taparme, para soportar el doble frío, de abajo y de arriba. *“Duermo en el nido de un escarabajo/ sumergido en la tibia cueva de arena/ oigo corridas de liebres veloces/ y pisadas leves de lagartijas”*. Mis versos también volvían... Dormí profundamente hasta que me desperté sobresaltado, con las imágenes todavía nítidas de nosotros tres corriendo por la orilla del mar, excitados. Antes que la tenue luz del alba llegó el canto de los zorzales, como cascadas decrecientes de sonidos que vibraban en el aire y se perdían lejos. Cuando la luz del sol hizo visible todo el entorno, me levanté, cargué rápidamente el jeep y emprendí el regreso.

Llegué a mi casa y noté que la cortina de la puerta de entrada estaba corrida. En ese claro del vidrio apareció el rostro sonriente de Daniela. Me acerqué, contento de verla, intrigado. Nos abrazamos. La miré, le aparté el pelo de la frente y descubrí una mancha violácea.

—Me levantaron en la puerta del departamento, dos tipos en un taxi. Me dijeron: *ese campo te va a salir muy caro*. El de adelante me golpeó con el puño, o un palo, una goma, no pude verlo. Después me tiraron a la calle.

Auto, secuestro, golpes... Un antiguo terror volvió a correr por mi sangre.

—Hijos de puta, no entiendo nada. El juez me aseguró que estaba todo resuelto—. La abracé. Me miró a los ojos—. Podés quedarte aquí... ¿Y Martín?

—Duerme. Está bien, le dije que me caí —Bruscamente se separó de mí y fue a la cocina. Preparó té. Volvió con las tazas y me miró con fijeza—. Hay otro problema: ese mismo día vino a verme Ernesto, el papá de Martín. Me puteó, estaba sacado.

— ¿Por qué? ¿Está loco?

—No, loco no es. Es un perdido, empezó drogándose, terminó adicto, dealer, chorro, cada tanto cae en cana... En realidad no es un mal tipo, y aunque lo ve poco, a Martín lo adora.

— ¿Entonces?

Daniela se llevó las manos a la cabeza, se estiró el pelo, se frotó los ojos.

—Me dijo que hicimos una tremenda cagada. Que vos, *ese abogado amigo tuyo*, dijo, *metió las narices donde no debía, y ahora todos estamos en peligro, incluso Martín*. Y eso lo enfurece.

Le toqué el moretón con la yema de los dedos.

— ¿Duele?

—Un poquito... Y vos, ¿dónde pasaste la noche? Estás lleno de arena... —Me revolvió el pelo, me acarició los ojos, las mejillas, me abrazó y me besó con suavidad—. Sos un tierno, vení, necesitás una ducha.

Me llevó al baño y empezó a desvestirme, mientras me besaba con ternura y pasión creciente. Yo me esforzaba por relajarme y sentir, me dejaba envolver por sus gemidos, el calor de sus manos y su lengua, su cuerpo pequeño que quería treparse en el mío. Las yemas de mis dedos despertaban, pero más abajo, mi cintura, mi sexo, mis testículos, permanecían insensibles.

—Disculpame, Daniela. Sos hermosa, dulce, amorosa, pero yo por ahora no puedo, mi cuerpo no puede.

—No te preocupes, precioso, estas cosas pasan y sos tan tierno, tan divino, ¿quién podría reprocharte algo?

Salió del baño, dejándome en el cuerpo sensaciones mezcladas de placer y frustración, de poder y vergüenza... Me duché rápido. Cuando volví Daniela y Martín dormían, y la perrita en medio de ellos.

Pasado el mediodía, luego de un almuerzo frugal de pejerreyes y puré, fuimos a la casa de Pablo. Estaba en la puerta, esperándonos. Me bajé rápido. Me recibió con un bulto en la mano, envuelto en una franela: un revolver. Lo miré, indeciso. Insistió.

—No sé exactamente qué está pasando, pero mi olfato me indica que vamos a necesitar esto en cualquier momento.

Tomé el arma.

—¿Salvatierra me habrá mentido?

—No creo. Acá hay algo raro. Voy a rastrear a Delmonte. Lo que sepa, me lo va a decir.

Miré hacia el auto. Daniela, por la ventanilla abierta, sostenía con una mano a la cachorra y con la otra le señalaba a Martín una bandada de torcazas posadas en el portón de entrada.

—Me preocupan ellos. No están seguros en mi casa.

—Vamos al Stella Maris. Los instalamos en un departamento hasta que pase todo.

Corrí al auto y lo puse en marcha. Daniela mantuvo la vista fija en mi amigo. A los pocos minutos estacionamos frente al edificio, ubicado a metros del mar, en la mejor zona turística de Villa Idaho. Daniela y Pablo subieron al departamento mientras yo corría el auto a una calle lateral, medida precautoria tal vez exagerada, pero que yo acaté por respeto a Pablo: como siempre, en las aventuras de riesgo le gustaba asumir el mando. Ya desde chico necesitaba ser jefe, y se vestía de guarda parques, de pescador profesional, de leñador, de cazador experto, de cualquiera de las variantes de esa raza seudo militar, pintoresca y pacífica, que parece mostrar con esa indumentaria su apego a la naturaleza en un doble sentido: mimetizarse con ella, y dominarla. Ser el jefe de esta anómala célula en

fuga le cuadraba bien, mejor que a mí. Subí y encontré a Pablo dándole algunas instrucciones domésticas a Daniela, mientras Martín recorría el departamento con curiosidad y se asomaba al balcón para ver el paisaje: el mar al frente, y al sur el largo espinazo de los edificios cercanos a la costa. Pablo bajó. Me despedí de Daniela, que estaba aturdida pero con buen temple. Sonrió y me besó, espiando a Martín, que seguía mirando desde el balcón la extensa piel oscura del mar. Daniela fue hasta la habitación y volvió con un libro.

—Mirá —me dijo.

— ¿De dónde lo sacaste?

—Para cualquier mujer, una mañana es suficiente para recorrer una casa. La tuya ya no tiene secretos para mí.

—Vas a encontrarte con versos muy viejos —protesté—. Ya no sé cuánto hay de mí en ese libro, de hace tantos años.

—Ahora ya lo tengo, tal vez te encuentre también aquí. O encuentre al que fuiste.

Daniela apoyó su nariz en la mía, me clavó su mirada, sus pupilas se agrandaron y oscurecieron, con una vivacidad anhelante.

— ¿Esto durará mucho?

—No, espero que no. Quedate tranquila.

Me sorprendió no encontrar a Pablo abajo, esperándome. Recordé su apuro por rastrear a Delmonte. También yo estaba muy seguro de lo que tenía que hacer.

Los Venados, cerca del atardecer, parecía un cementerio. Ya había cesado todo el movimiento habitual, y una tenue luminosidad rojiza se alejaba de la tierra, oeste abajo. Las casas bajas y el puñado de edificios céntricos iban quedando desnudos, fríos como tumbas o nichos o bóvedas silenciosas. Fui a la gomería y encontré a Luis en el momento nostálgico del cierre. Me miró con desconfianza hasta que me reconoció. Entonces se acercó, entusiasmado.

—Doctor, qué gusto verlo. Todavía recuerdo la pesca de la vez pasada. La última que hice.

— ¿La última? Con el privilegio que tiene de entrar a ese campo, yo iría más seguido.

—Los privilegios se terminan, mi amigo, hasta para un pionero como yo.

— ¿Se complicó?

— ¡Apenas! Están comprando campos para hacer barrios privados. Ya hay un par de proyectos en danza. Y justo en el campo de mi laguna, la puta que los parió.

— ¿Conoce el campito de un tal Aguinaga?

—El finado Aguinaga tenía un lote ahí nomás, cerca de donde pescamos, hacia el lado de Dorrego. Tiene una linda laguna, profunda, pero eso hace mucho que está en sucesión.

—En ese tema anda Salvatierra.

—Puede ser. Salvatierra anda en varios temas.

El gomero dijo esto casi en un murmullo. Y siguió guardando las herramientas para cerrar.

— ¿Y usted, doctor, en qué anda?

—Justamente buscando a Salvatierra.

—Es como buscar un fantasma. Al atardecer, desaparece. Por lo menos, en su casa no lo va a encontrar.

—Okey. Lo dejo que cierre tranquilo. ¿Así que se acabó la pesca?

— ¡No, eso sí que no! Usted no me conoce, esto no va a terminar aquí. La voy a pelear hasta el final.

—Avise, entonces, cuando pueda entrar otra vez.

—Pierda cuidado, ya tengo su teléfono.

Recorrí el centro y la zona de tribunales; pasé por el frente del estudio de Delmonte; por la confitería La Ley, que ya estaba cerrada; me perdí en el mejor barrio del pueblo buscando la casa de Salvatierra, que no pude encontrar, y recién entonces me resigné a volver. Pero cuando llegué al cruce de rutas, un impulso me llevó al campo. Seguí el recorrido que hicimos con Luis aquella tarde de pesca. Las huellas empezaban a fundirse en una penumbra húmeda, entre juncos que silbaban tímidamente y flores de cardo que iban replegando su perfume y sus colores en la intimidad de los pétalos. Llegué, casi adivinando el rumbo, hasta el bosque de eucaliptos. Desde allí, avancé un kilómetro y doblé por el camino que llevaba a Dorrego. Unos doscientos metros más adelante me topé con el cartel

de “*El Centauro*”. Me metí, decidido y pensando nada más que en avanzar hasta obtener alguna certeza. Salté la tranquera. Al fondo de la huella, un resplandor lejano me cegaba; sentía en mi rostro la resistencia leve de la humedad que se desprendía del cielo, de los árboles, y quedaba flotando en la brisa inmóvil que yo atravesaba, quebrándola, cristal de aire. Reinó el silencio hasta que, a medida que crecía mi soledad, escuché un rumor de pájaros secretos, negros entre los pastos, y otro, más fuerte, de ranas y de insectos. Respirando exaltación y miedo llegué hasta la puerta. No había rastros de gente, ni autos, ni caballos. Moví el picaporte, la puerta cedió y entré en una cerrada atmósfera con olor a humo viejo, a tierra largamente adherida a las paredes y a los muebles. Encendí la luz. Sobre una antigua y ancha mesa de madera rústica, había un mapa rural, y al lado, un plano, un esquema de plano con un loteo, celdillas rectangulares con indicaciones de superficie, precios y en algunos, la palabra *Reservado*. Fui hacia un escritorio y abrí los cajones. Estaban vacíos. Pasé a la habitación contigua. Una pequeña biblioteca guardaba algunos libros. Entre ellos, un manojito de hojas manuscritas. Las saqué y volví al living iluminado. Eran viejas facturas de forrajería, anotaciones de gastos, folletos de maquinarias y herramientas, algunas cartas sujetas con un clip oxidado. Miré alrededor, agucé el oído: nada, nadie. Revisé las cartas. El primer sobre que abrí contenía una esquela:

“Querido hijo: Desde que caí enfermo, en marzo pasado, quiero comunicarme y no logro. Voy por la tercera carta, sin respuestas. Estoy débil por demás, y tenemos que ver nuestras diferencias, no te busco porque estoy postrado, yo espero que vengas. Tu padre”.

Me guardé la carta y seguí abriendo los sobres, con creciente ansiedad. Uno de los ellos tenía impreso el membrete del Estudio Ramos (con la dirección de la antigua sede, en Los Venados). Estaba vacío. Los demás sobres contenían fotos del campo, viejos retratos de

familia. Volví a poner todo en su lugar. Salí del living y me asusté de mis propios pasos, de mi respiración. A medida que me sumía en el silencio, los objetos comenzaban a cobrar vida, a emitir mínimos sonidos, a mirarme. Me intimidaban. Despejé los miedos y seguí recorriendo la casa. Pasé a otro espacio, palpé la pared hasta encontrar el botón de la luz, que titiló unos momentos hasta quedar encendida: estaba en el comedor diario. No había señales de uso reciente: la mesada vacía y polvorienta, la piletta con marcas viejas de suciedad, una caja de fósforos imperturbable sobre una de las hornallas de la cocina. Por la ventana entreabierta entró un golpe de viento. Miré hacia fuera, cegado ahora por la cerrada oscuridad, y me pareció ver una sombra aún más oscura que la noche, un espectro silueteado. Me apuré y apagué la luz. Me moví con sigilo hacia el living y busqué la puerta de salida. No vi nada más. Recuerdo un fuerte dolor, el estallido de cristales sobre mi cabeza.

Gaviotas hambrientas merodeaban mi frente, intentaban picotearla, pero no la alcanzaban porque yo estaba sumergido. Vislumbraba la luz de la superficie, el brillo del sol sobre el agua, pero permanecía debajo, a salvo de la agresión de la bandada furiosa. Estable, sin asfixiarme, sin morirme, angustiado por la certeza de que alguna vez este equilibrio se iba a romper: o sería desollado por las aves, o terminaría por respirar agua salada. Una sombra entonces apareció en el cielo, lentamente convirtiéndose en un rostro, en las partes de un rostro: pelo, ojos, boca. *Valerio, soy yo, Pablo, ¿estás vivo?* me pareció escuchar. Y vi otra

luz, una luz intensa que desplazó al sueño, y sentí el aire pleno en mis pulmones, y percibí mi propia respiración agitada.

—Despertate, Sherlock Holmes—Pablo me miraba, impaciente, sentado en el borde de la cama, como un adulto que mira a un niño: enojado, pero con ternura en la dureza de su expresión—. ¿Cómo te sentís?

—Un poco aturdido... ¿Dónde estamos?

—En el hospital de Invernadas.

— ¿Cómo llegué acá?

—Si no lo sabés vos...

— ¿Y Daniela?

—Se fue hace un rato. Se cansó de esperar que el bello durmiente despertara.

Pude moverme sin dificultad. Sentía un leve mareo, pero no me dolía nada.

— ¿Sabés donde estuve? —Miré alrededor, para cerciorarme de que no hubiera nadie. Pablo me miraba intrigado—. En el Centauro, el campo de Aguinaga.

—Te recibieron muy bien...

—No seas boludo, che.

— ¿Y allá fuiste a buscar a Salvatierra?

—El campito está cerca de donde me llevó a pescar Luis. Me dijo que estaban loteando los campos. Yo que sé, tuve un impulso y fui, a ver qué carajo había. ¿Y a que no sabés qué encontré? Una carta del padre de Néstor, algo notable. Parece que no se llevaban tan mal...

—¿Justo ahí encontraste una carta del padre del viejo? No te creo...

—Fijate en el bolsillo de mi campera.

Pablo buscó en el perchero, hurgó los bolsillos.

—Acá no hay nada.

—Hijos de puta, me la habrán sacado.

—O fue tu imaginación, Valerio.

—También encontré un plano con la subdivisión del campo, en parcelas, ya asignadas a sus compradores. Lo del loteo es cierto, les cagamos un negocio gordo.

—Eso sí te lo creo, porque lo confirmé con Delmonte.

—¿Qué te dijo?

—Que dieron marcha atrás, pero que hay gente de afuera que se quedó con la sangre en el ojo. Yo no le creo ni una palabra. Esto es obra de Salvatierra.

—Qué cagada te mandaste con apretarlo...

—Mejor, Valerio. Que sepa que no puede llevarse el mundo por delante.

—De hecho lo hace, y no le va mal.

—Hasta acá llegó.

—¿Pero qué decís, boludo? Actuás como un pendejo, che. Si contrata unos sicarios, ¿cómo vamos a defendernos?

Pablo se acercó a la ventana, miró hacia afuera.

—Esto se pone bueno de verdad, amigo. Y no me culpes de nada: vos la empezaste. Alguien tiene que pelear contra los malos de la película, ¿cierto? No vas a arrugar ahora.

—Me cago en tu heroísmo pendejo.

—Ahora vamos a lo concreto: esto es obra de Salvatierra, con su habitual cinismo. Te sonríe, te da unas palmadas, y cuando te das vuelta te clava el cuchillo. Sí, estoy convencido, es una maniobra suya, lo que significa el siguiente modus operandi: le dan un tiempo de zona liberada, manda ex presos o tipos con causas pendientes, que están jugados, no le importa quién sos vos, quien soy yo, son capaces de matar a la madre.

— Mierda, Pablo. ¿Y tus contactos, tus amigos?

— ¿Por qué creés que sé todo esto? La verdad es que jamás me imaginé que Salvatierra se iba a meter conmigo.

—Él habrá pensado lo mismo. O sea que estoy en medio de dos intocables. O ex intocables.

Se abrió la puerta de la habitación y entró una enfermera. Cuando lo vio a Pablo, sonrió.

— ¡Hola Señor Casaroli, qué sorpresa!

Se acercó; le dio un beso. Era una flaca de pelo castaño, tez morena, ojos verdes, rasgos aindiados.

—Hola María. Aquí me ves, cuidando a mi amigo.

La chica me miró como a un niño.

— ¿Y usted cómo se siente? A ver, déme la manito —Me tomó el pulso, controlando mis latidos con su reloj pulsera. El delantal ajustado caía sobre los muslos resaltando la sensualidad de sus piernas. Pablo también miraba sus curvas con detenimiento. María mantuvo el control del pulso un rato largo, más de lo necesario—. Está todo bien. Si el médico lo revisa ahora, seguro que le da el alta. Ya me avisó que el golpe no fue importante.

—Gracias, me tratan muy bien aquí.

Se quedó mirándonos, en silencio, con su sonrisa desplegada.

— ¿Quieren un café, o un té?

Nos miramos.

—No, sí —dijimos al unísono.

—Un té —dije.

—Yo paso, gracias —dijo Pablo.

Se fue. La seguimos con la mirada hasta que desapareció.

—Gracias Pablito, por cuidarme. ¿Hace cuánto que estoy acá?

—Alguien te trajo cerca de la medianoche. Y ya son las cinco de la tarde.

—Qué lo parió, che. ¿Y Daniela?

—Ya te dije que estuvo hasta hace un rato.

— ¿Todo bien en el bulín?

—Me ocupé de que no le faltara nada. Almorzamos juntos.

— No pude enganchar a Salvatierra.

—Olvidate de Salvatierra. Ya sabemos lo que hay que saber: nos quiere hacer mierda. No la podés dejar en banda a Daniela.

— ¿Te dijo algo? ¿Está molesta conmigo?

—No, para nada. Se preocupó cuando te vio acá adentro, hasta que le dijeron que estabas bien —Se levantó y fue hacia la puerta. Desde allí, con la mano apoyada en el picaporte, me miró, de un modo raro en él, digamos que luminoso, intenso, sin el sarcasmo habitual

— ¿Te diste cuenta ahora? Son muy parecidas. Mirá una foto de Laura y compará. Tienen los mismos rasgos.

—No tengo fotos de Laura, no me hacen falta, la tengo grabada en la cabeza.

Antes del mediodía llegué al Stella Maris, subí a zancadas las escaleras y llamé a la puerta, ansioso. Nadie respondió. Esperé unos minutos largos. No había ningún rumor de vida detrás de la puerta. Volví a golpear, esperé un rato más: nada. Espié por el ojo de la cerradura: hasta donde se alcanzaba a ver, parecía un departamento deshabitado. Bajé hasta

la calle, miré para todas partes, intentando descubrir algún indicio de lo que pudiera haber ocurrido. En la esquina, un parquero cortaba el pasto del Marinas II. Un poco más lejos se divisaba la línea azul brillante del mar. Subí al auto y recorrí lentamente las calles hasta el centro de Villa Idaho, luego tome la ruta a Nuevo Edén. Me alivió ver la camioneta de Pablo en la puerta de su casa. Cuando me vio llegar, salió rápidamente y me atajó en el umbral.

—Vengo del departamento. ¿Qué pasó?

—Apareció Ernesto, el padre de Martín, y se lo llevó.

—¿Daniela está bien?

—Sí, está bien, durmiendo ahí en la cabañita. —Pablo estaba contrariado. No me miraba a los ojos—. Pero la situación se complicó.

—Los tipos están al acecho.

—¿Sabés quiénes son?

—Estoy en eso... Ahora que viniste, aprovecho para salir. Por ahora quedate aquí y cuidá a tu amiga.

Abrí la puerta de la cabaña y la luz cortó la oscuridad como un rayo, de arriba abajo. Daniela no estaba. Desde el pasillo me llegó el ruido del agua de la ducha cayendo. Me recosté sobre la cama revuelta, sentí un rico olor femenino, el olor de Daniela, que ya reconocía. Recordé las palabras de Pablo: *Se parece a Laura*. Pablo sueña, delira. Yo

también: imagino a Laura, la veo llegar a mi casa, con cara de dormida, los ojos hinchados, el pelo revuelto. Me saluda con un beso mientras tomo el café con leche, después salimos al fresco de la mañana y en lugar de ir a la escuela nos desviamos a la playa. Caminamos hacia el norte. Una hora más tarde sentimos un calor intenso en el cuerpo, nos desvestimos y entramos al mar. Yo había llevado unas bermudas de jean, ella una bikini amarilla. Nadamos en la primera canaleta, únicos bañistas del mar solitario. Cuando el agua nos llegó al cuello, Laura me tomó la mano y subimos juntos al banco de arena. Desde allí nos zambullimos una y otra vez, hasta que la brisa fresca nos decidió a permanecer en el agua haciendo la plancha. Nos dejamos llevar por la suave deriva, hacia el sur, con el rostro hacia el calor del sol, cada vez más intenso. Sentí que nos habíamos distanciado, que su respiración no me llegaba y al buscarla, ya estaba a unos veinte metros de distancia. Despreocupada, acunada por el suave rumor del agua, había entrado en el chupón sin darse cuenta. La llamé, con naturalidad, para que no se asustara, pero cuando intentó hacer pie y sintió la correntada en todo el cuerpo, gritó. Nadé con todas mis fuerzas, y empujado por la velocidad de la corriente, llegué hasta ella. La abracé y le dije que se calmara, que teníamos que dejarnos llevar más allá de la rompiente, que no correríamos peligro mientras mantuviéramos la calma. Por momentos hacíamos pie, pero era imposible salir nadando contra la corriente. Ella se calmó a medias. Estaba pálida, había tragado agua pero el problema mayor eran los nervios y el susto. Miré hacia la orilla: no había nadie, como era previsible en noviembre y a esa distancia del pueblo. Nos deslizamos rápidamente mar adentro; había que aguantar el temor de estar cada vez más lejos de la orilla. Las olas rompían a derecha e izquierda, a unos treinta metros de distancia. Calculé si convenía hacer el esfuerzo de subir al banco, por cualquiera de los dos costados, pero preferí la maniobra clásica: esperar el final de la correntada, nadar lateralmente y salir, lejos del chupón. Laura,

gracias a Dios, no hablaba. Creo que tenía trabada la lengua de frío y miedo. Yo le murmuraba: *Tranquila, Lau, tranquila... no pasa nada, preciosa mía, estamos en el mar, el mar es bueno, el mar nos quiere, no nos va a pasar nada mientras estemos tranquilos.* Al fin la correntada cesó, pero yo sentía los músculos de los brazos muy doloridos. Llevaba a Laura prácticamente colgada del brazo derecho, y temía en cualquier momento sufrir un calambre. Además, mi cuerpo empezaba a abarrotarse de frío. Calculaba que ya llevábamos una hora en el agua y a fines de noviembre el mar todavía no había recuperado suficiente calor. Tuve en la boca la sensación del agua salada, y no puede evitar que el oleaje empezara a meterse sutilmente en mi nariz, al punto de hacerme toser peligrosamente. Intenté convencer a Laura de que hiciera la plancha, como ella bien sabía, para descansar, pero estaba tiesa, le costaba reaccionar. Miré hacia la costa. Ya estábamos en posición de empezar a salir, ya habíamos dejado lejos la correntada del chupón, pero el esfuerzo iba a ser enorme. Noté un brillo que se deslizaba en la orilla, que llegaba desde el pueblo: el Hurricane amarillo. Sentí una emoción fuerte en el pecho, me aferré a ese sentimiento para sacar fuerzas y sostener a Laura, que ya no podía mantenerse a flote por sí misma. Pablo llegó rápido y cargó con ella. Yo pude avanzar, ya despreocupado y libre, aunque con mucho cansancio encima, nadando un crawl suave.

En la orilla, Laura recobró enseguida el color y la sonrisa, mezclada con llantos y mocos. Nos abrazamos los tres, y así quedamos un rato, riéndonos y gritando, sacudiéndonos el susto y los nervios. Después nos tiramos en la arena tibia. Sentí la fuerza del sol en el cuerpo, un calor que progresivamente me devolvía la vida, la circulación de la sangre, los sabores de la boca, la tibieza del aire en la nariz, la sensibilidad a mis oídos. Escuché el rumor de unos pasos. Aureolado por el sol vertical, vi a Pablo sonriendo con sarcasmo.

Esperé una cargada, muy merecida, pero mi amigo se limitó a preguntarme: *¿Cómo no viste semejante chupón, boludo? ¡No lo puedo creer!* Y yo: *Nos metimos como a cien metros al norte, pero no me di cuenta, jugando con Laura te olvidás de todo.* Y Pablo: *Si, ya lo sé. Pero estuviste al borde de perderla, de regalársela al mar.* Y yo: *No jodas, Pablito. Gracias que apareciste, salvador.* Me dio un suave pisotón en el muslo y se fue. Me incliné un poco para ver el Hurricane alejándose, y a Laura estaqueada en la arena gozando del sol, con una expresión de beatitud, completamente relajada. Quise incorporarme para ir hasta ella, pero no pude. El sol me retuvo, el cansancio. *La concha de la lora*, pensé, *casi nos quedamos allá adentro.* La angustia me oprimió el pecho, pero enseguida me invadió una fuerza tremenda, escuché el golpeteo regular del oleaje, entre el calor del sol y la tierna caricia de la arena, como el susurro de una abuela que me acunara para hacerme dormir. Me despertó la sombra de Laura, su cuerpo erguido frente a mí, con una pierna a cada lado, rozándome los muslos. Desde allí empezó a bajar lentamente. Al instante mi pija presionó con fuerza el calzoncillo tibio y seco. Laura se apoyó suavemente y en cuclillas, me rozó, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Levanté un brazo y le corrí el corpiño. Toda la teta, redonda y firme, áspera de sal y tibia de sol, quedó en mi mano. Me saqué el calzoncillo y ella corrió la bombacha, dejándose penetrar poco a poco, hasta apoyarse por completo, y moverse, jadear, cada vez a mayor velocidad, convulsivamente, riéndose y gimiendo.

Tan absorto estaba que no había visto entrar a Daniela. Me miraba, con el mate en la mano. Lo llevó a la boca y sorbió, con ruido. Al cebarme uno y extenderlo hacia mí, dejó caer el toallón blanco que la cubría.

— ¿Querés?

Me senté en la cama, tomé el mate redondo y caliente, y chupé sin dejar de mirarla. Dejé el mate en el suelo y le tendí la mano. Se montó sobre mí, a horcajadas, nalgas y piernas todavía cálidas y húmedas. Un temblor empezó en mis pies, una vibración interna que subió como un oleaje por la columna vertebral hasta la nuca y las orejas. Había despertado. Sentía en los huevos una energía cosquilleante, coronada por una vigorosa erección.

Miraba por la ventana mientras Pablo preparaba algo de comer. El otoño había desnudado la hilera de los altísimos álamos piramidales que marcaban el límite del parque. Al soplo de la brisa marina, todavía caían algunas hojas lentas, balanceándose hasta posarse en el césped. La estela de Daniela seguía en mí, y el abrazo de despedida, a la que se sumó Pablo. Un abrazo de tres. “Pendejos”, nos había dicho. “En qué lío se metieron por mí”. Y luego de agradecerle a Pablo por sus cuidados, se fue a buscar protección a otro lado, a casa de alguna amiga anónima, donde nadie sepa de ella por un tiempo.

—Estuvo bien en irse, ni siquiera nosotros estamos seguros aquí —dijo Pablo, mientras servía el vino. Me acercó una copa, sentí el olor fuerte de un tinto corpulento, espeso—. Bueno, brindemos.

—Dale, por nosotros y por ellas.

Pablo tomó a fondo blanco, se sirvió otra vez hasta el borde.

—¿Ellas?

—Si, por Daniela y por Laura.

Me acerqué a Pablo, que mantenía la vista en el suelo. Estaba tenso. Chocamos las copas.

—Al final coincidís conmigo en que se parecen.

—No sé, pero está claro que se nos confunden.

—Daniela es buena mina, algo atorranta.

—Son un tano prejuicioso, siempre lo fuiste.

—A Laura la quise de verdad. Si se hubiera quedado en el pueblo, la historia hubiera sido distinta. Y no se quedó por vos, y por ese cura delirante... Ustedes la metieron en ese delirio político, no me digas que no.

—Yo no la metí, Pablo, decir eso es desmerecerla. Laura estaba convencida, se entregó de pies a cabeza; ella me empujaba a mí, en realidad.

—Cualquier tipo sensato se hubiera dado cuenta de que eso iba a terminar como el orto.

—Vos te dabas cuenta, porque ya eras sensato a los veinte años... Y así es tu vida: ordenada, abundante, segura, casi perfecta.

—Perfecta las pelotas... Vení, sentate, voy a buscar la comida —Se perdió en el corredor. La casa estaba tan silenciosa que abrumaba. Trajo una fuente con spaghetti, y una olla con la salsa—. —Fijate, Valerio, si te va esta salsa. Es liviana, no tiene picante.

—Espectacular.

—Estoy cabrón, sabés. Me cuesta estar solo. Y ahora que apareciste, se me revolvió todo aquello... Puto cabrón soy, esa es la verdad. Todavía no puedo creer lo que pasó con Laura. Si se hubiera quedado en el pueblo estaría viva, ¿entendés? No tenía, como vos, un papito abogado que la salvara. Yo la quise salvar con mi suegro, pero no sirvió, no alcanzó.

—No me jodas, Pablo, revolviendo esas heridas. Vos y tu suegro se pueden ir al carajo. A vos te interesaba la guita. Laura se quedó conmigo porque quiso, militó porque quiso, porque era más valiente que nosotros dos juntos, y lo que le pasó me hizo mierda, me partió en dos. ¿Quién carajo te crees?

—Bueno, bueno, calmate. Acordate lo que dijo Daniela: no seamos *pendejos*.

Nos reímos.

—Ahora que nombrás otra vez a Daniela, ¿qué significa eso que dijo? “Te agradezco, Pablo, por lo que hacés ahora y lo que hiciste antes”. ¿Antes de qué? ¿Qué es eso?

Pablo volvió a servirse spaghetti, y agregó vino a su copa. Me miró.

— ¿A calzón quitado?

—Obvio, ya no somos *pendejos*.

—Hay una pieza que falta en este rompecabezas, y es una causa por drogas que tiene Daniela. No te contó porque es una mancha que la jode, le da vergüenza, miedo, etcétera. Hace unos años, cuando nos conocimos, empezamos una relación y yo usé todos mis recursos para ayudarla. Evité que la vuelvan loca, aunque está siempre bajo amenaza, sobre todo porque este tipo, Ernesto, la tiene agarrada con eso para hacerle juegos con el pibe. Incluso amenazó con sacárselo.

—O sea que te la cogías a cambio de protección.

—No, no seas boludo, no es así de lineal la cuestión. Hubo piel, atracción, en fin.

— ¿Y ahora?

—Bueno, hace tiempo que cortamos, pero de vez en cuando la busco y hago un intento...

La verdad es que me gusta, estoy mucho solo, y no sé, tal vez se sienta presionada a responderme. Puta madre, me jode contarte esto, pero ya era hora.

— ¡Qué *pendejo*, yo, ¿cierto?, engancharme así! Entonces ella sabía todo desde el principio, Pablo. Sabía que había una estafa contra su padre.

—Tal vez. Eso no lo sé, de verdad no tengo idea.

—Más de una vez me pregunté por qué carajo me metí en esto.

— ¿No te habrá hecho acordar a Laura?

—La verdad es que me acordé de mí mismo, me hizo sentir vivo, me curó de la úlcera.

Pablo se levantó y trajo una cesta con frutas. Después abrió un mueble repleto de armas.

— ¿Te acordás lo que le dijeron a mi abuelo cuando decidió venir a Villa Idaho? “*Casaroli, usted se va al far west*”.

—Para tu abuelo era un juego de chicos. Después de haber estado en la guerra.

— ¿Te acordás de los campamentos? El otro día encontré el corazón, en la acacia grande...

— ¡Cómo no me voy a acordar! Acampé más de una vez allí, por los viejos tiempos.

— ¿Con Úrsula?

—Sí, y con los pibes. Antes de que crecieran.

—Sos un hombre de familia.

—Tradición, familia y propiedad. ¿Así era, no? ¿Y la tuya?

—Patria o muerte. Y fue muerte.

—Yo ni siquiera quería enterarme, pero lo de Laura me llenó de odio. No sé contra quién, pero desde entonces empecé a vivir en guerra, conmigo mismo, con todos, incluso con Úrsula.

—El día que te casaste noté que no estabas convencido. Contento, pero no convencido.

—Vamos a dormir un rato, Valerio. Necesito una siesta. Después te cuento el plan de lucha que armé.

—¿Plan de lucha?

—Sí, macho, y resistencia. Hasta la victoria siempre.

Encontré una nota en la mesita de luz. “*Me gustó éste: Entramados tallos, polen derramándose/ hálito sexual entre la tierra y el cielo*”. ¡Le gustó el de las acacias! Me alegré, porque era uno de los pocos que se salvaba de mi autocrítica: la celebración de las

flores amarillas, fulgurando con sus puntas cargadas de polen, como si tuvieran luz propia... También salvaba el poema de los álamos. *“El alivio del álamo en el cielo/ voz de la tierra inclinada hacia el mar/ fina seda de hojas conjurando llantos/ y un rumor de savia circulando en el viento”*. De los otros sobrevivían retazos, versos sueltos. Y algunos se los había quedado el padre Dillon, porque le gustaba la poesía y siempre me incitaba a escribir. Incluso cuando nos reencontramos en la Capital, yo había empezado a leer poesía comprometida, y él se quedó con toda esa serie de poemas. Emblemático, el verso de Tejada: *“A esta hora, exactamente, hay un niño en la calle”*. No se podía estar sin responder a esa urgencia. Por esa urgencia, Laura y yo pasábamos mucho tiempo en la Parroquia. Ella enseñaba a leer y daba apoyo escolar a los pibes del barrio. Yo me reunía con adolescentes, les daba una catequesis moderna, basada en la Biblia latinoamericana y los documentos de Medellín. Algunas tardes, el cura y yo nos quedábamos solos y teníamos un rato de intimidad. Tomábamos té y recordábamos el mar de Villa Idaho. Y yo, que lo observaba tratar con afecto a las chicas y sobre todo a las señoras que colaboraban en la Parroquia, aproveché uno de esos momentos para tirarle la lengua. *¿Nunca te enamoraste?*, me animé a preguntar. *Muchas veces*, dijo el cura, con un rictus de tristeza y emoción. *Muchas*. Entonces cantó: *When Irish eyes are smiling, all the world seems bright and gay, and when irish eyes are smiling, you can hear de angels sing*. Como antes, en las tertulias de casa, Guillermo resolvía estos momentos de incómoda emotividad cantando. Se levantó para ir al baño. Tuve el impulso de hurgar en los muebles: allí encontré, atrás de una hilera de libros, dos botellas de whisky. Y no cualquiera: Black Daniels. Cuando volví a mirarlo, mientras sorbía su taza de té, descubrí el rostro que antes no había querido ver, que me había negado a ver: un rostro intensamente rojizo, hinchado, el rostro de un alcohólico. *No es algo que corresponda, que un cura hable de sus amores*, me dijo. *Pero creo que al*

menos contesté tu pregunta. Se rió, desbordante de una amabilidad y una afectuosidad que eran sus rasgos salientes. ¿De mi madre, Guillermo? ¿Nunca te enamoraste de mi madre? Como la vez que le pedí el perrito, volví a poner a prueba su paciencia, su bondad, con mi atrevimiento. Salvo que en ese momento ya tenía veinte años y mi imprudencia era tal vez menos perdonable. Por supuesto, Valerio. ¿Cómo no iba a enamorarme de tu madre? Se puso serio, grave, pero no perdió su compostura. Siguió con el té. ¿Y en esos casos, qué se hace?, insistí. Se cumple con el mandamiento: no desearás la mujer de tu prójimo, dijo, y largó una carcajada. Me embalé. Cuando elegiste ser cura... ¿Pensabas que no te ibas a enamorar nunca? Se puso reflexivo, algo nostálgico. Ante todo, quiero decirte que entré al seminario a los doce. No sé si a esa edad uno puede elegir algo. Esto lo comprendí mucho después. Ya en el seminario mayor, tal vez mi decisión haya sido auténtica. Ser sacerdote me ha dado mucha felicidad. Salvo que nunca voy a dejar de añorar tener una familia. Esto, de verdad, ha sido una tortura para mí, pero ya es muy tarde. Sorbió té. Estaba conmovido. Yo también. No debería contarte estas cosas, murmuró. Aunque ya estás en edad de comprenderlo. Disculpame. Y yo: No, por favor, no te disculpes. Tenía muchas ganas de hacerte estas preguntas. Desde aquella vez que me regalaste el perro. Nunca me olvidé de lo que me dijiste: hay que dar hasta que duela. Sonrió, complacido. Es mi frase favorita, pero no es mío ese saber, es del maestro Jesús: El que pierda la vida, la encontrará. Cuando te das, te entregás, perdés tu vida, y eso duele, pero sucede algo misterioso: al mismo tiempo la ganás. Este es el misterio del amor de Jesús. El misterio del amor. Entonces, en tren de confesiones, le dije: Mi vieja me recriminó siempre que me haya quedado con Tarzán. Que no tenía derecho, me decía. Que era tu mascota, tu única compañía... Ahora sonrió, con una alegría interior, profunda. ¡No te digo, Valerio! Tu madre era una mujer extraordinaria. Muy buena, y también ingenua. Tarzán no era mi

única compañía. Nadie puede sobrevivir con un perrito como única compañía... Esta es una gran verdad. Todos necesitamos de los otros. Sobre todo el amor personal, íntimo... Tal vez la Iglesia alguna vez se dé cuenta de esto. Se levantó y fue hasta la puerta. Comprendí que habíamos llegado lejos en la confidencia. Nos despedimos.

La luna brillaba alta, en un claro que dejaban las copas de los pinos; su blancura rociaba el aire y vibraba con el rumor del oleaje que imaginaba en todo su esplendor espumoso, cargado de fosforescencias verdes, estallando en líneas regulares, sucesivas. Bajo esa luz fresca que apenas hacía visible los contornos, encendí el fuego, y mientras los leños se transformaban en brasas, abrí la corvina desde el lomo, sin quitarle las escamas. Admiré el cuchillo filoso de Pablo. Cualquier pescador sabe valorar la excelencia de los instrumentos, y este cuchillo carecía de espectacularidad, era de una vulgaridad notoria, y sin embargo su hoja ancha, noble, antigua, cortaba mejor que cualquiera de los más caros y novedosos del mercado. Esta hoja, rematada en una punta aguda, penetró con facilidad en la carne blanda del pez y parecía conocer el recorrido que debía realizar para desperdiciar la menor cantidad posible de carne. Luego hice el mismo trabajo del otro lado, y retiré el espinazo, sin cortar la piel del vientre, para que las dos partes quedaran unidas. Cuando la tuve desplegada le corté las espinas laterales, la apoyé en la parrilla y la condimenté con sal, pimienta y limón. Durante todo ese tiempo, desde que vi la luna en el cielo hasta que

manipulé el fuego y luego la corvina, pensé en Daniela. Y mientras apoyaba unos panes en la parrilla, seguí pensando en ella. Al irse, había dejado una estela de vértigo...

Pablo preparaba la mesita del jardín, a pocos pasos del fuego, protegida de la intemperie por una sombrilla. Bajo la luz de un farol, lo vi, reconcentrado y silencioso, ir y venir con cubiertos, bebidas, y unos objetos que no alcancé a distinguir, a los que tapó con una manta. En treinta minutos la corvina estuvo a punto: la carne blanca, temblorosa por la intensidad del fuego, se desprendía con facilidad de la carcasa de escamas. Serví, y cada uno devoró su parte con fruición. La carbonera de tres kilos que, reducida a sus partes comestibles, dejaba dos porciones de setecientos gramos. Cuando se llevó a la boca el último bocado, Pablo levantó la manta y descubrió una carabina, una escopeta recortada, una pistola, y cargadores.

—Salud, amigo. ¿Te gustaba jugar a guerrillero? Ahora vas a saber lo que son las balas.

Sentí un escalofrío. Me serví medio vaso de vino.

— ¿Qué hacés, boludo? ¿Vos creés que los tipos vienen por una venganza? Suena ridículo. Si perdieron el negocio, con esto no van a ganar nada.

Pablo se mantuvo pensativo, mientras acariciaba el mango de la escopeta.

—Es por todo eso, Valerio, y por los archivos de mi suegro. Pueden venir a buscarlos, por más que revuelvan, no los van a encontrar. Ya están en buenas manos.

La luna se había corrido, detrás del pino más alto, y quedaba de ella un brillo fragmentado y distante. El silencio de la noche crecía con la oscuridad, y el rocío dejaba sus huellas en el césped y en las flores de colores espectrales. Con un grito agudo, cruzó el cielo una

lechuza, dejando ver el fulgor blanco de sus grandes alas. Pablo, inclinado sobre la mesa, limpiaba las armas. Ya reinaba entre los dos la modorra y el deseo de dormir. Mi amigo se sirvió whisky, y cargó mi vaso. Después se levantó, acercó el brazo a la luz y miró la hora. Guardó las armas en un morral, que se colgó en bandolera.

—Vení —me dijo, y apagó el farol —En la penumbra, la luz de la luna destacaba el sendero de piedras que llevaba hasta la casa y luego se bifurcaba en una huella de arena que se internaba en el bosque. Por allí caminamos sin hacer ruido, entre pinos y acacias, y casi podía sentirse la respiración de las hojas. Las ramas vibraban o crujían, y el rumor del mar aumentaba a cada paso. En unos minutos llegamos a la anteduna, la cruzamos con esfuerzo, nos acercamos a la orilla. Hacia el sur, se veían las luces lejanas de Villa Idaho. Al norte, las casas bajas de Nuevo Edén y la luz intermitente del Faro de los Cangrejos—. Escuchame, Valerio. Si mi informante no me engañó, van a venir dos o tres matones, los sacan de la cárcel durante la madrugada, después del cambio de guardia. Cuando amanezca, nos mandamos por la playa, hacia el norte, y salimos a campo traviesa. De ahí vamos derecho a Los Venados. Ya arreglé un mecanismo de protección, hasta que estos pelotudos se dejen de joder. Ahora no nos podemos mover de acá, porque corremos peligro. Lograron zona liberada, pero por esta noche, nomás.

Pablo dejó algunas luces encendidas, cerró la casa y activó la alarma. Nos refugiamos en la cabaña ubicada al fondo del terreno. Pablo metió el morral bajo su cama, y se recostó sin

sacarse la ropa. Me tiré en un camastro, bajo la ventana. Desvelado, observé un resto de resplandor de luna en las copas de los pinos, hasta que se apagó completamente.

— ¿Dormís? —preguntó.

—No. Estaba pensando si conviene llamar a mi hermano Rodrigo.

— ¿Para qué?

—Podría ayudar.

—Olvidate. Además, el teléfono está pinchado, seguro.

—Estamos jodidos.

— ¿Te parece? Podríamos fumar un LM.

Me reí.

—O un importado —dije—. Dunhill, o Benson.

—Sí, y agarrarnos un pedo de humo, como aquella vez.

Las imágenes fragmentadas del pasado volvían, flotaban. Pablo se levantó, prendió la luz y se sentó en un banquito, a mi lado. Había traído el morral. Me miró con fijeza.

— ¿Tenés miedo?

—Mucho.

Sacó del morral un viejo revolver. Parecía una reliquia.

— ¿Eso anda? —pregunté.

—Esto es una maravilla. De la segunda guerra. Un recuerdo de Otto, regalo para mi suegro.

—Mirá vos. Simpatía por los nazis.

—Por el viejo Otto, por supuesto. Era un oficial, nunca supe de qué rango, pero importante.

—Parecía tan buenito, tan mansito.

—Era simpático, y acá no hizo nada malo. En cuanto a mi suegro, adoraba todo lo que fuera alemán. No es lo mismo que simpatizar con los nazis.

—Parecido.

—Parecido, pero no igual.

Tomé el revólver. Era sólido, pesado, contundente.

—¿Lo vas a usar? —pregunté.

—Lo tengo de reserva —Pablo sacó de uno de los bolsillos del morral un porta documentos. Lo abrió y contempló una foto. Luego me la pasó. Al lado del fuego, Laura, él y yo posábamos sonrientes. Pablo con su infaltable traje de guardaparques, con aire de militar y aventurero; yo con los vaqueros gastados, el rompevientos y un gorro de lana de pescador. Laura con la cabeza descubierta, el pelo lacio suelto y largo, con el flequillo sobre la frente, enfundada en una gruesa campera de invierno—. No sabés cuánto te odié, amigo.

Me quedé frío, pero en la intimidad de mi corazón lo sabía, alguna vez lo había sabido.

—Pasaron muchos años. Yo tampoco la olvido, Pablo, te juro que no la olvido. Pero no te odio, boludo. Nunca te odié.

Sentí el escalofrío de la emoción.

—Daniela se parece a ella. Tenés suerte.

Sonreí.

—Qué pedo tenés, Pablito.

—Será que las mujeres hermosas se parecen —reflexionó—. En nuestra fantasía, al menos.

Se levantó y abrió un ropero. Trajo un viejo wincofón, lo enchufó, y buscó un disco de vinilo. Sin levantarme de la cama, observé sus movimientos seguros, tranquilos. Se escuchó el ruido áspero de la púa. *“Era una mañana/ de octubre en la Villa/ cuando caminabas/ junto a un mar de niebla”*. Empecé a murmurar la canción de Barocela, y Pablo, con su voz desafinada, también empezó a cantarla. *“Ibas a mi lado, cintura de junco, desnuda la vida, desnuda la arena...”*

Laura corría por la orilla, con ese modo poco atlético, como desmembrado, de quien no está acostumbrado al deporte. Llegaba cansada hasta el campamento, caía de rodillas, me miraba con sus ojos rotundos, me miraba sólo a mí... Cuando desperté de un sueño que no quería dejar —me hubiera quedado para siempre en él—, ya entraba un atisbo de claridad por la ventana. Pablo sorbía té de una taza humeante.

—Dale, levántate que ya es hora.

Cerramos la cabaña, sigilosos subimos a la camioneta y salimos a la playa cruzando el bosque. El mar nos recibió con su áspera vibración de amanecer. Al ganar la orilla, vimos salir el lomo del sol, de un naranja pálido, velado por nubes que se apoyaban en el agua

distante. Viajamos rápido: había marea baja y la arena estaba firme. Pasamos Nuevo Edén y llegamos al Faro de los Cangrejos. Al encarar la salida, Pablo frenó de golpe.

—La puta que los parió —murmuró entre dientes. Lo miré asombrado, sin entender qué pasaba. Enseguida escuché un disparo y saltaron astillas del marco del parabrisas. Detrás de un tamarisco rugió el motor de una camioneta, que empezó a seguirnos. La pericia de Pablo ayudaba a mantenerlos a distancia. Al llegar a las ruinas del Boliche, estacionamos en la parte de atrás, donde todavía se mantenía en pie una de las paredes del viejo galpón. Bajamos y nos atrincheramos. Pablo sacó las armas del morral, me dio la escopeta y él tomó la carabina y la Luger, que sujetó a la cintura—. No dispaes hasta que yo te diga.

La camioneta giró y avanzó hacia nosotros. A unos treinta metros se bajó el conductor, un tipo petiso, robusto, de pelo corto. Tenía colgada en bandolera una especie de ametralladora. A una seña de éste, se bajó el otro y comenzó a seguirlo.

—Al de atrás dejámelo a mí. El de adelante es todo tuyo.

—Concha de tu madre, Pablo. Nunca le disparé a nadie.

— Si, ya sé. Lo tuyo fue siempre teórico. Ahora ponete los huevos.

Las manos me sudaban tanto, que la escopeta se me resbalaba... Esperamos demasiado. Me temblaba todo el cuerpo, chorreaba sudor, las tripas me crujían, me estaba cagando encima. El tipo de adelante se apostó en uno de los cimientos del nuevo boliche, miró al de atrás, levantó una mano. Sentí que los disparos reventaban las maderas que nos protegían, pero nos pasaron por encima, porque estábamos hundidos a un metro de profundidad, apretados contra la arena. Cesaron los disparos. Los tipos se acercaron más. Yo a duras penas ahogaba

los gemidos. Pablo se mantenía imperturbable y no daba la orden de disparar. Sentí que no tenía fuerzas ni siquiera para apretar el gatillo. Entonces escuché:

—Preparate... ¡Ahora!

Disparamos a la vez. Cuando me recuperé del estupor y el aturdimiento, vi a los dos tipos tirados en la arena. El de atrás estaba inmóvil. El otro se incorporó, gritando de dolor, y empezó a arrastrarse hacia la camioneta. Pablo había quedado al descubierto, estaba de rodillas y se tomaba el brazo derecho. Con la mano izquierda tomó la Luger, apuntó unos segundos y cuando el tipo ya estaba al pie de la camioneta, lo dejó inmóvil de un balazo. Nos acercamos. El de adelante era un morocho de cara redonda, labios gruesos, nariz chata y ancha. Tenía un agujero en medio de la frente. El otro yacía de boca hacia la arena, y tenía la espalda manchada de sangre. Pablo lo dio vuelta, lo observó un momento. Tenía abundante pelo rubio, sudado y revuelto. Los rasgos no se le veían claramente porque estaba cubierto de arena.

—Confirmado. Presos de Salvatierra —Se tomó el brazo, gimiendo de dolor—. Me parece que tengo una fractura, carajo.

— ¡Qué desastre, la puta madre!

—La sacamos barata, Valerio.

— ¿Y ahora qué hacemos?

—Está bajo control. Esto terminó acá. Salvatierra cumplió su parte, intentó liquidarnos, capítulo cerrado. Al menos eso espero.

— ¿Y qué va a pasar con éstos fiambres?

—Esto se arregla entre casa, ya debe estar llegando el Levinas.

Efectivamente, pocos minutos después llegó desde Villa Idaho un móvil policial. Se bajó un policía alto, flaco, de piel oscura, pelo corto y bigotes que bajaban en pinza hasta la pera. Miró a Pablo detenidamente. Se entendían sin decir palabra.

—Suban a estos dos —ordenó. Tres policías los cargaron en el móvil—. Escuche, don Pablo —comenzó a decir, pero se calló y me miró.

—Diga, nomás —dijo Pablo.

—Rodríguez arregló todo. En cuanto a las armas, póngalas en esta caja, y olvídense, tienen que desaparecer.

—De acuerdo, pero le pido un favor personal: guárdeme la Luger, y me la da dentro de unos meses.

Miraba la laguna de orillas barrosas y superficie limpia de juncos y gambarrusas que ocupa el treinta por ciento del campo. Daniela aceptó que la bautizara Caupolicán, aunque no le dio mucha pelota a la historia del bagre. Desde los sucesos del Boliche, se mantuvo amable pero distante. Yo era su abogado, el encargado del campito, y por ahora nada más. A mí me dolía, pero secretamente, me aliviaba. Estaba solo... Y con las manos libres, frente a esta laguna que puede abarcarse con la mirada y tiene, si uno esfuerza la imaginación, forma de

pez. Sus orillas son de junco, aunque en la costa noreste, un bosquecito de talas rompe esta monotonía. Eran las nueve de la mañana. A través del wader sentí el frescor del agua en las piernas, y, a cada paso esforzado que daba en el barro gris, el olor nauseabundo del fondo removido. Un olor a podredumbre vegetal, mineral, un olor que no asqueaba como el de las carroñas animales: un olor al que uno podía acostumbrarse, con el que se podía llegar a convivir. Cargué el bote y encaré hacia los talas. Recordé la advertencia de Pablo de no moverme mucho: encendí el motor eléctrico y lo puse al mínimo, para que anduviera suavemente y parejo. *Es un bote celoso, me había dicho, pero te va a servir cuando quieras meterte entre los juncos; andalo con cuidado.*

Miraba el agua opaca, saturada de fragmentos vegetales: un musgo apenas visible que no perjudicaba la marcha, pero que transmitía una solidez extraña, la maceración minuciosa en el tiempo de una materia densa, potente, nutricia. Respiré un aire distinto, como habitado por innumerables peces milimétricos. A centímetros de la superficie flotaba una humedad viscosa, salobre, impura, embriagadora... Placer de la brisa en la cara. Expectativa de encontrar pejerreyes de buen porte, y camarones, mojarras, morenitas, dientudos, bagres resistentes y tarariras brutales. Lo supe intuitivamente, lo confirmé con los borbotones que surgían aquí y allá. Había hecho un cuarto de recorrido. Detuve el motor y medí con el remo: un metro y medio. Bien. Muy bien. En la orilla derecha, una barranca, no muy alta, albergaba algunos loros. Raro. No los había visto en las lagunas cercanas. Recordé unos versos: *“Pongo también mi ausencia/ contra el horizonte en declive de las sierras/ puedo anidar entre loros chillones/ con palomas ululantes/ o caer en el barro”*. La ribera del río Sauce Grande, con sus acantilados bajos, barrocos, en Villa Ventana. Pensé, con entusiasmo, en el campamento que me esperaba entre los talas. Miré otra vez hacia las

barrancas: ahora no estaba seguro de que hubiera nidos de loro. Tal vez los imaginé. En la nueva perspectiva visual, las paredes de barro aparecían parejas, libres de hondonadas, quebraduras y hoyos. La luz del sol me había fatigado los ojos; los cerré y recordé las barrancas del río, la imagen de los loros alborotados, chillando agudamente... Ya estaba cerca del medio. Detuve el motor, medí: un metro sesenta. ¡Bien, bien, bien! Me entusiasmé. Profundidad óptima, regular, regalo del cielo. Acomodé los bultos y me recosté. Altísimo flotaba un solitario aguilucho; abajo, un arco de patos, y más allá, en dirección al mar lejano, gaviotas, inmóviles en la luz. Cerré los ojos y sentí en los párpados la tibieza del sol, el calor del sol que se iba concentrando en ellos. Una sensación de plenitud me recorrió, desde los pies hasta el pelo, como una corriente de agua, quizás la misma que sentía moverse, a una pulgada apenas de distancia, debajo de la cuna de madera que se mecía regularmente. Como las barrancas, ese movimiento sedante trajo palabras, un texto que se confundía con la sensación, o era la misma sensación que yo disfrutaba y asociaba a esas palabras escritas o leídas alguna vez. Un equilibrio de presiones contrarias que se reunían en mí, y me habitaban, y me adormecían, en la confianza absoluta de estar protegido por las fuerzas enormes de la naturaleza, seguro y relajado como un pez que duerme en el seno del agua, o un aguilucho que flota confiado en el fluir de la brisa.

Dormité unos minutos beatíficos, hasta que la urgencia de mear me volvió al mundo y me empujó al borde del bote para descargar sobre el agua verde. Un temblor corporal siguió a la lenta descarga, y un leve ardor de ojos, y enseguida un retorcijón de hambre en el

estómago. Encendí el motor y lo puse al máximo, decidido a cruzar el último tramo. Ya tenía un primer diagnóstico de la laguna: era magnífica. Faltaba, solamente, probar con las cañas y confirmar la presencia abundante de pejerreyes. Busqué un claro y bajé a la orilla. Unos pocos juncos resistieron la subida del bote, luego había un abra de tierra seca y polvorienta, y enseguida una elevación arenosa que terminaba en una terraza de pasto ralo y carcomido. Llevé mis cosas a la vera del más robusto de los talas y recorrí el espacio de sombra, circunscripto, limitado a una quincena de árboles, distinguidos como un oasis en la vastedad de la llanura. Busqué un lugar protegido y de suelo parejo, libre de espinas y de hojas duras, y armé la carpa. Cuando completé la colocación del sobre techo, miré alrededor y sentí que los talas no me daban la bienvenida. Permanecían en silencio, con gesto adusto: los brazos, las manos y los dedos torcidos y rígidos, estirados como amenazas espinudas, suspendidos en el aire como trampas, aquí y allá brotados de hojas pequeñas y ásperas... Salí del bosquecito y miré hacia el campo: sobre el alambrado, un zorzal me clavaba los ojos, inmóvil. Permanecimos unos segundos, observándonos, hasta que emitió un sonido agudo, brevísimo, como un curioso tanteo musical. Chisté, para devolverle el saludo, y el pájaro estiró la cabecita y la puso de costado, en expresión atenta y alerta. Me miraba con un ojo oscurísimo, como una perla dura y líquida. Luego de unos segundos de expectativa, pegó un saltito, de costado, y volvió a erguirse en la misma actitud cautelosa. Chisté otra vez. El zorzal pareció relajarse, y con un movimiento que desde el pecho subió hasta la garganta inició un largo gorjeo de sonidos sucesivos que producían el efecto de una cascada aérea, perdiéndose lejos. Un barullo de teros irrumpió entonces, como el aterrizaje de una patrulla de aviones enemigos. Me insultaban con chillidos violentos, agresivos, y un agitar de alas que semejaban armas a punto de disparar.

Volví y terminé de organizar el campamento, comí algo a mano alzada y salí a bordear la laguna, tal como lo había planeado. Caminé entre yuyos salvajes, cuisés asustadizos, levísimas liebres y la percusión del agua en la orilla barrosa. Recorrí esa geografía monótona sin descubrir variaciones importantes, confirmando la uniformidad de la laguna, observando con satisfacción restos de camarones, cabezas de tarariras y alguno que otro pejerrey disecado. Todas señales alentadoras.

La noche llegó rápido, como por asalto, y volví del recorrido con el tiempo justo para encender un fuego y preparar la frugal sopa de verduras que acompañé con sándwiches de queso. De la cerrada oscuridad brotaron innumerables ruidos, imposibles de ubicar, identificar, clasificar. Solo las ranas, en su croar solidario y múltiple, producían una música uniforme y continua. El cielo parecía más cercano que el cielo del mar (pensé que el mar, con su extensión y su densidad, intimida y aleja a las estrellas). Entré en una ensoñación temprana y desolada. Ni el ruido de un oleaje, ni la corriente de un río: el agua era pura quietud, recogimiento absoluto. Dormí o dormité, sumergido en el espacio y el tiempo inmutables de la carpa, hasta que escuché un graznido, lejano o cercano, y luego unos pasos, cercanos o lejanos, y jadeos. Sin distinguir si era yo mismo el que producía los ruidos, el roce de mi piel en la bolsa de dormir, o mi respiración, que había cobrado tal vez la capacidad de mover el universo. La carpa tembló con un golpe de viento, y un relámpago de lucidez reventó en mi frente. Apareció Laura, tras el cortinado negro de mi memoria cerrada, quemada de golpe por un haz de luz. Apareció en un esplendor nuevo, que no había recuperado antes, en ninguno de estos largos años de ausencia.

La reacción de mi cuerpo fue inmediata: un crujido en las tripas que me obligó a levantarme y a salir. ¿Qué traía Laura, esa noche? La Noche traía a Laura en sus alas

silenciosas. Sentí la conocida tormenta de la culpa: yo vivía, ella no. ¿Por qué yo vivía? ¿Quién lo había decidido? ¿El azar, el destino? ¿Qué dios se había adueñado de su vida y de la mía? ¿Quién había repartido las suertes, arbitrariamente? Otra vez quise estar muerto. Ir con ella, intercambiarle con ella... Sentí el impulso de caminar hacia el agua. La brisa con sabor a pasto, a bosta, a barro podrido, me golpeaba el rostro. A pocos metros, el agua secreta podía tragarme con su boca informe, desnudarme para siempre, cerrar la herida que no dejaba de sangrar... La cobardía, o su hermano, el apego a la vida, me hicieron volver a la carpa. La cobardía de hoy, y la de ayer. Pensé, buscando alivio: pagué, ya pagué. Asomé la memoria a la llaga de esos días atroces... Un instante, nomás. Me toqué los huevos, sentí el milagro de tenerlos todavía, después de la brutalidad indescriptible, una y otra vez sufrida en un dolor semiconsciente. Pagué, me dije, consolándome, aceptándome, justificándome: pagué una larga, infernal noche de oscuridad y terror... Y sin embargo, seguía sin saber cómo sobrellevar la carga de vivir, que era igual, que era lo mismo que la muerte de Laura... Me hundí en un letargo conocido, me cubrí con la inmovilidad, la quietud, la soledad que no era una soledad elegida, sino la existencia aislada de una máquina que daba vueltas sobre sí misma hasta agotarse, y se convertiría, mañana, en la máscara de oro del sol.

La luz de la mañana, aún con sus velos de niebla, me cautivó como un hogar al que se vuelve después de muchos años de exilio. A pocos metros del bosquecito de talas, una lengua de tierra entraba en la laguna formando un muelle natural. Preparé la caña con la

línea de tres anzuelos y paternóster, me llevé la silla y el termo con té y me dispuse a descubrir el secreto final de la laguna. El pique demoró unos minutos, pero llegó con toda la prodigalidad esperada: un matungo picó en el anzuelo del fondo. Le siguieron otros, de tamaño parejo. Se estableció entonces un circuito, una rutina: sacaba un pejerrey, lo limpiaba mientras esperaba el pique siguiente, y el único cambio visible era el ascenso del sol en el cielo, su lento trajín milenario. Después, el fuego, a pocos metros de la carpa, y el sabor de la carne blanca en la boca. Y otra vez la línea en el agua, y así hasta el expandido atardecer, y hasta la noche íntima y temible. Y al otro día, otra vez el agua densa, espejada de sol, y la mañana recubierta de una luz de oro, y a mediodía, la sensación recuperada de flotar como el aguilucho en las fuerzas contrarias de una tormenta...

El agua daba su interminable gorgoteo, su golpeteo regular en el barro, y era algo más que música: era una llamada, un eco, la ruda caricia de mil manos que me convocaban a develar el misterio de vivir. Yo estaba vivo, y el agua constante me invitaba a instalarme allí para siempre, a dejar que la máquina siguiera girando, vuelta sobre sí misma, en la pura inercia, ensoñación de una existencia cerrada, plácidamente acunada por el rumor del agua. Un rumor que empezaba a subirme por los pies, y me invadía, me tomaba, me diluía en su movimiento, en su fluir. Solo quedaba flotando en ella mi ser como una idea, libre de carne, de sangre, de uñas, de dientes, de pulmones... Me toqué los huevos. Ahí estaban: frágiles, resistentes, deseantes... La imagen de Laura era un fantasma lejano, un cuerpo en luminosa beatitud. Daniela, en cambio, estaba cerca: podía sentir su respiración, sus jadeos, su mirada viva. Abrí los ojos, y observé la caña arqueada, los sacudones que hacían evidente la nerviosa desesperación del pejerrey por zafarse del anzuelo. *Estás condenado, amigo,* pensé. *Es ley. No sé de quién, pero es ley.* En el polvo que me rodeaba, alrededor de las

matas de pasto, los insectos hacían su rutina. Un bicho bolita, lento y previsible, se ocultaba tras una hoja de hierba. Lo agarré y se ovilló, para defenderse, temeroso como Ulises ante el Cíclope. Lo abandoné en la palma de mi mano y en pocos segundos, cobró confianza, se abrió y caminó. Cuando llegó a la yema del dedo índice, lo levanté, lo acerqué, le miré los ojos: dos puntos redondos, opacos, escondían, en su diminuto milagro, el misterio del inabarcable universo...

No sentí la llegada de Pablo. Escuché el ruido de su línea al caer al agua, y lo vi sentado al lado mío, con naturalidad, como si hubiera estado todo el tiempo conmigo. Tenía el brazo derecho enyesado desde el bíceps hasta la muñeca, pero se las arreglaba bien usando la izquierda.

—Parecés un linyera —me dijo, con su habitual modo indiferente y burlón. Como diciendo: *parecés un linyera, y podés serlo, si querés, a mí que carajo me importa. Me da risa, nomás.*

—Qué querés, boludo, que ande con traje. Mirá donde estoy.

La caña de Pablo se sacudió.

—Ahora vas a conocer a los matungos.

Sacó uno grande. Podía maniobrar bien con la mano izquierda y los dedos de la derecha...

— ¿Cómo viniste? —Pablo señaló hacia los talas. Un caballo robusto comía pasto, cerca del alambrado—. Ese es Dunkel, el caballo de Úrsula. Lo traje del campo porque la viajera llega la semana que viene...

—Qué bien... ¿estás contento?

—Me cuesta admitirlo, pero sí, estoy muy contento. Te digo que me volvió el alma al cuerpo, puta madre...

Reímos, nos dimos un abrazo.

Esa noche armamos un fuego grande, y comimos los pejerreyes del modo más sabroso y primitivo: a las llamas, con limón y sal. En la orilla, la oscuridad impedía distinguir el agua del aire. En cambio, el cielo daba el tono mágico a la noche, con un velo diáfano, en el que sobresalían las estrellas brillantes y tan vivas, que parecían moverse, caer sobre nosotros. Pablo se sentó en un tronquito. Adiviné su gesto de llevarse la petaca de ginebra a la boca, escuché el chasquido de los labios, el trago bajando por la garganta.

—Valerio, dos cosas. Mañana nos vamos, ¿okey? No podés estar así, como abandonado. Daniela va a volver, de eso no te preocupes. Llevará un tiempo, está preocupada por la casusa penal, que todavía no está cerrada, aunque falta una formalidad para que eso termine.

No contesté, pensé: ¿y la otra?

—Por otra parte... —volvió a chupar, largamente, de la botella—. Por otra parte, tengo que decirte que antes del secuestro, Laura y yo nos veíamos, acá en Villa Idaho.

¿Lo sospechaba? ¿Alguna vez lo había sospechado? La revelación no me dolió, estaba como anestesiado, me quedé en silencio.

—Ella estaba allá con vos, y acá conmigo, cuando venía a visitar a su vieja. Incluso cuando ya estaba con Úrsula... Te juro, Valerio, que para mí fue difícil, por momentos, una tortura...

Me pareció que se quebraba, que gemía; me impactó, me dio lástima.

— ¡Lágrimas de ginebra! ¡Pará un poco! Mirá allá arriba: *Todo es pequeño, todo insignificante ante este cielo lejano y eterno*. Lo escribió el ruso Tolstoi, y es la perspectiva justa, la que necesitamos en este momento. Ya pasó, Pablo, ya pasó todo...

—Yo soy un bicho de la tierra, Valerio, siempre miro abajo. A lo sumo, el horizonte...

—Es que abajo, o incluso en el horizonte, vemos nuestra miseria, y nada más. ¿Sabés qué? Yo me fui a estudiar abogacía por Laura. Nada me impedía quedarme en el pueblo, dedicarme a la pesca, hacer excursiones... Es cierto que mis viejos me presionaban, y que me interesaban las ideas del cura, pero no eran impedimentos, yo hubiera podido quedarme, pero estaba Laura... Además, yo no quería ser un héroe, ni podía. Ella era la que estaba convencida de lo que hacíamos. Ella y el cura. No sabía que se veía con vos, pero la verdad es que no la sentí nunca del todo mía. Era como si se me escurriera de las manos...

—Era libre.

—Cuando las papas quemaron, me cagué en las patas. Me cagué tanto que cuando me largaron no quise saber nada de nada. Ni la busqué, ni intenté ayudarla. Fui un cobarde...

Levanté la línea y me fui a la carpa. Pablo se quedó pescando un rato más, y me dijo que dormiría al lado del fuego, con su bolsa de dormir especialmente apta para resistir la intemperie. Al rato lo observé mientras se acomodaba, prolijo y salvaje, a pocos metros de las brasas.